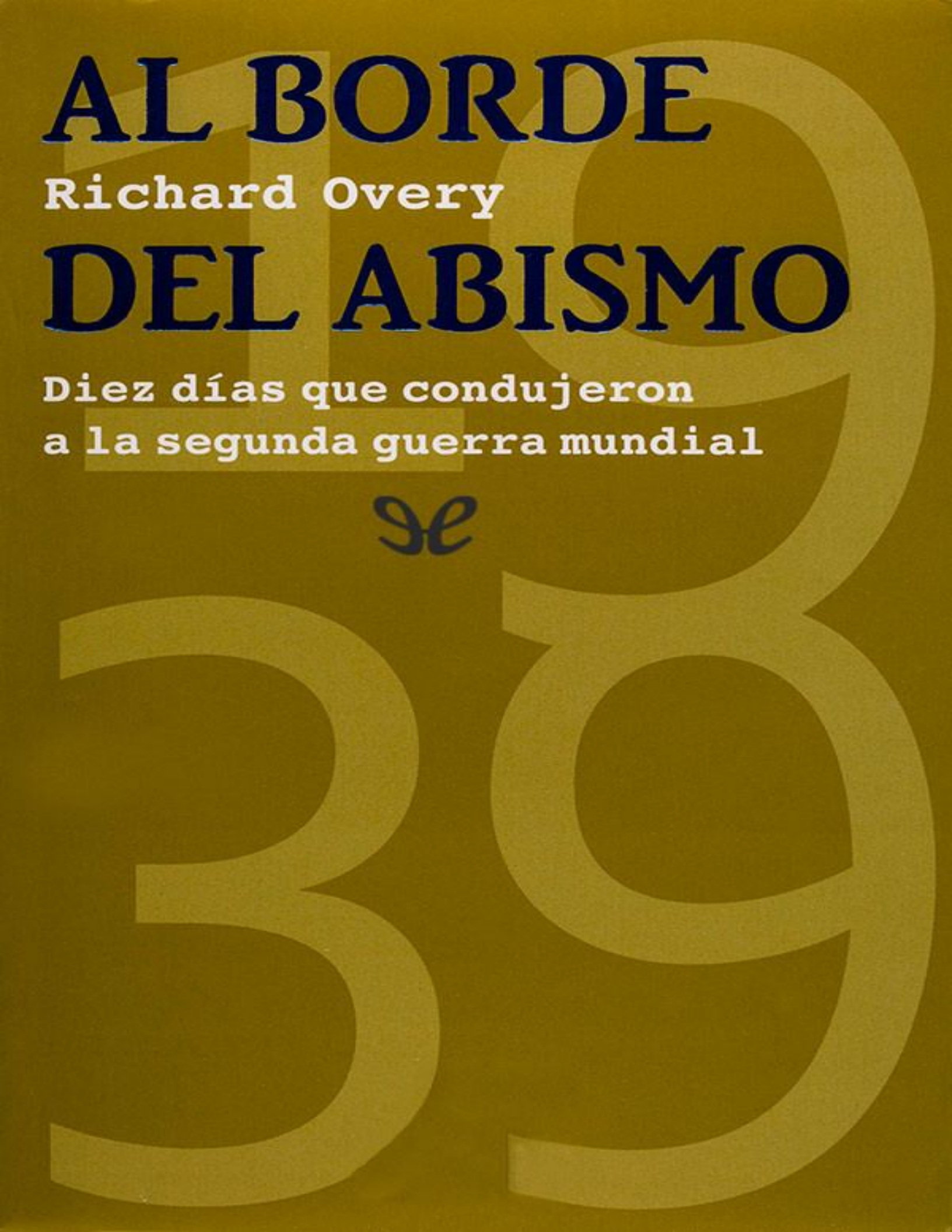
AL BORDE DEL ABISMO

Richard Overy

Diez días que condujeron
a la segunda guerra mundial



AL BORDE DEL ABISMO

Richard Overy

Diez días que condujeron
a la segunda guerra mundial

1939

Desde finales de agosto hasta comienzos de septiembre de 1939, las cancillerías y gobiernos de las potencias europeas vivieron una actividad frenética ante una guerra a todas luces inminente y cuyas consecuencias imprevisibles mantenían en vilo a Europa entera. Desde hacía tiempo, parecía evidente que Hitler quería recuperar la ciudad alemana de Danzig, declarada «ciudad libre» por el Tratado de Versalles y rodeada ahora de territorio polaco. Mientras el ejército de este país se aprestaba a una heroica defensa de sus fronteras, al dictador alemán tan sólo le detenía la aparente firmeza de británicos y franceses para cumplir sus compromisos de ayuda mutua con Polonia; pero ante la opinión pública occidental se alzaba el espectro del pacto entre Hitler y Stalin.

En esta electrizante obra, el prestigioso historiador Richard Overy reconstruye paso a paso la terrible guerra de nervios entablada en los días que precedieron al estallido del conflicto, caracterizados por las amenazas entre gobiernos, el juego estratégico de adivinar hasta dónde sería capaz de llegar el contrarío y la creciente sospecha de que el mundo, al borde del abismo, afrontaba uno de sus momentos más sombríos.

Richard J. Overy

Al borde del abismo

Diez días de 1939 que condujeron a la guerra mundial

ePub r1.1
Titivillus 20.06.2019

Título original: *1939. Countdown to war*
Richard J. Overy, 2009
Traducción: Isabel Ferrer Marrades, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi gratitud a varias personas por sus consejos y ayuda mientras escribía este libro, en especial a Claudia Baldoli, Lindsey Dodd, Andrew Knapp, Martin Thomas, Richard Toye, Marc Wiggam y Larysa Zariczniak. Mi editor, Simon Winder, parece no cansarse nunca de leer lo que escribo y siempre es generoso con su apoyo; en la publicación de este libro, mi agente Gill Coleridge ha tenido mayor responsabilidad que posiblemente en cualquiera de mis libros anteriores, y vaya a él mi agradecimiento una vez más. Lo que dice el libro es, como siempre, responsabilidad mía.

Las reproducciones textuales de Vera Brittain se han incluido con autorización de Mark Bostridge y Timothy Brittain-Catlin, albaceas literarios del Patrimonio de Vera Brittain, 1970.

Prefacio

Cada década desde el final de la Segunda Guerra Mundial ha proporcionado una oportunidad para volver a reflexionar sobre las circunstancias extraordinarias que llevaron a una guerra de una magnitud y una capacidad de destrucción tales que, en comparación, incluso los sacrificios y las pérdidas de la guerra de 1914 parecen pequeños. Ha sido tentador pensar en grandes causas para un conflicto de tales dimensiones, y cierto es que en el orden mundial de la posguerra, en el sistema capitalista o en la geografía nacional de Europa había puntos débiles sistémicos que alimentaban un conflicto futuro. En todo el continente reinaba asimismo una sensación de inminente desastre en medio de su pugna por aceptar la cruda realidad de que la región que se enorgullecía de ser el núcleo de la civilización moderna parecía a punto de hundirse en las profundidades de una nueva barbarie. Todo esto constituye el telón de fondo de este breve libro. El objetivo es presentar un sucinto pero impactante relato de lo sucedido justo al final de los veinte años de inseguridad y crisis posteriores a la guerra de 1914. Por grandes y arraigadas que fueran las fuerzas que empujaron a la guerra, hubo un momento en que los principales agentes históricos involucrados tuvieron que hacer frente a dichas fuerzas y tomar decisiones difíciles. En los sucesos de esos días dramáticos inmediatamente anteriores al estallido de la contienda, había aún muchas contingencias. Los grandes acontecimientos generan su propia dinámica y su propia historia interna. El estallido de la contienda parece ahora una consecuencia natural de la crisis internacional provocada principalmente por la Alemania de Hitler. La intención de estas páginas es demostrar que en la historia nada es inevitable. El extraño

diálogo entre el sistema y los agentes se halla en el centro del relato histórico. Los propios acontecimientos pueden ser causa y consecuencia, muy en particular los que llevaron a Europa a la guerra hace setenta años.

Richard Overy, marzo de 2009

Prólogo
Polonia, Alemania y las potencias occidentales

En 1933 el novelista inglés H. G. Wells publicó *Las cosas del futuro*, un relato ficticio de la historia mundial en los siguientes cincuenta años. Su principal predicción era el estallido en Europa de una «Última Guerra» en un futuro cercano. Como fecha, el autor eligió enero de 1940, y como causa de la nueva guerra, un incidente menor en Danzig, donde un viajante de comercio polaco de origen judío muere abatido a tiros en la estación central por un joven nacionalsocialista; el autor de los disparos ha creído ver en un gesto del polaco —el intento de ajustarse una dentadura postiza rota— una burla a un representante del Tercer Reich. En el relato de Wells, el incidente sólo es la chispa necesaria para encender el barril de pólvora de la desconfianza y las rivalidades europeas. En el plazo de dos días, la guerra engulle a toda Europa. «La tensión», afirma Wells, «había aumentado hasta tal punto que el desastre representó un alivio y Europa pudo despedazarse libremente[1]».

Algo muy parecido sucedió en otoño de 1939, unos cuatro meses antes de la fecha vaticinada por Wells. La contienda europea empezó a los tres días de que los alemanes se apoderaran de Danzig. La solicitud de devolución de esa ciudad, antes alemana, desató un conflicto iniciado con la invasión alemana de Polonia en 1939 y convertido en una guerra mundial cuando los imperios británico y francés declararon la guerra a Alemania dos días más tarde. La causa formal del conflicto enmascaró la realidad de que a

esas alturas, en 1939, el orden europeo se hallaba en un estado de tensión extraordinario, provocado por el desmoronamiento del sistema internacional establecido al concluir la guerra de 1914. El conflicto de septiembre de 1939 que dio pie a la Segunda Guerra Mundial se debió a causas de mayor magnitud que el estatuto de Danzig. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, declaró ante la Cámara de los Comunes el 24 de agosto que la guerra, en caso de producirse, no sería «por el futuro político de una ciudad lejana en una tierra extranjera», sino que se libraría para preservar los principios fundamentales del imperio de la ley internacional[2]. Adolf Hitler, durante una reunión convocada el 23 de mayo de 1939 para preparar la contienda contra Polonia, había asegurado a sus jefes militares que no era Danzig lo que estaba en juego: «Para nosotros, la cuestión es ampliar nuestro espacio vital [*Lebensraum*] en el este y asegurarnos el abastecimiento de víveres[3]».

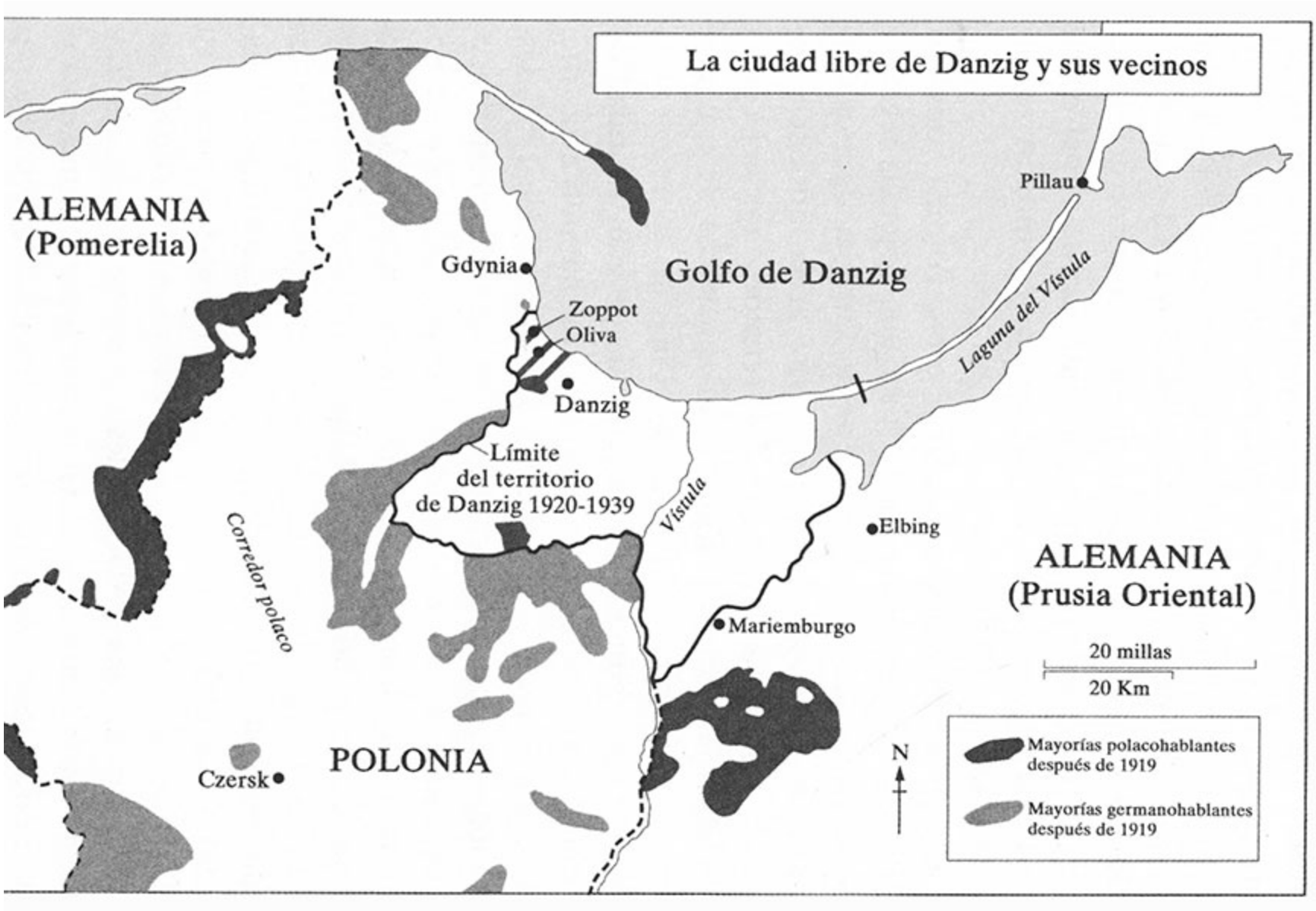
El enfrentamiento que estalló en septiembre de 1939 sólo puede explicarse debidamente en el contexto del creciente deterioro del orden europeo durante la década de 1930, cuando la crisis económica, el auge de las dictaduras autoritarias, las hondas divisiones ideológicas, las rivalidades nacionalistas y el fracaso de los esfuerzos de la Sociedad de Naciones por preservar la paz se combinaron para crear las condiciones de un gran conflicto. No obstante, fue una guerra librada aparentemente por la independencia de Polonia, y es aquí, en el enfrentamiento por el futuro de Polonia en 1939, donde encontramos las causas inmediatas. La guerra fue casi inevitable sobre todo por la intransigente negativa de Polonia a hacer la menor concesión a su poderoso vecino alemán. Polonia, escribió un funcionario británico del Foreign Office en mayo de 1939, era el único Estado europeo «capaz de ofrecer una resistencia seria a la agresión alemana y dispuesto a hacerlo[4]».

La cuestión polaca se remontaba al periodo inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando las potencias aliadas vencedoras decidieron fundar un estado polaco independiente y concederle un corredor hasta el mar a través de territorio antes alemán, con la intención de emplear la ciudad alemana de Danzig como principal puerto para el comercio de importación y exportación polaco. El puerto recibió el estatuto de Ciudad

Libre, otorgado por una comisión de la Sociedad de Naciones que nombraría un comisionado de la Sociedad para supervisar las disposiciones destinadas a proteger el comercio polaco y garantizar el principio de autogobierno a la población, que era mayoritariamente alemana[5]. Los alemanes nunca aceptaron la decisión, mientras que los dirigentes polacos eran conscientes de que tal medida acabaría provocando una crisis en el futuro. El estatuto de Ciudad Libre, observó el mariscal Józef Pilsudski, jefe de Estado de Polonia desde 1926 hasta su muerte en 1935, sería siempre el «barómetro de las relaciones entre Polonia y Alemania[6]». En mayo de 1933, poco después de que Hitler accediera al poder en Alemania, el Partido Nacionalsocialista de Danzig obtuvo 38 de los 72 escaños de la asamblea municipal y formó el Gobierno de la ciudad. Desde entonces hasta el inicio de la contienda en septiembre de 1939, Danzig fue a todos los efectos un puesto avanzado del Tercer Reich. En 1936 había en la práctica un sistema monopartidista, y en noviembre de 1938 la asamblea municipal, en claro desafío al comisionado de la Sociedad de Naciones, introdujo las tristemente famosas Leyes de Núremberg para denegar la plena ciudadanía a la población judía de Danzig[7]. La población alemana, de marcado carácter nacionalista, se sublevó en 1939 para regresar al «*Heim ins Reich*», a la patria alemana.

En la cuestión polaca intervenía algo más que Danzig. Después del Tratado de Versalles, firmado en junio de 1919, Polonia no sólo había recibido el Corredor a través del territorio de Prusia Occidental, sino también partes importantes de la región industrial de Silesia. Fuerzas de voluntarios alemanes (*Freikorps*), reclutados en 1919 entre los excombatientes de la contienda de 1914, lucharon contra las pretensiones polacas en la frontera oriental hasta que finalmente aquellas organizaciones fueron disueltas en 1922. El nuevo Estado polaco comprendía asimismo un amplio territorio que había pertenecido al antiguo imperio ruso, y en 1920 el Ejército Rojo revolucionario, recién salido de sus victorias en la guerra civil rusa, invadió Polonia en un intento de aniquilar el naciente Estado y propagar la revolución proletaria en Europa. La caballería roja llegó casi a la frontera alemana, en tanto que las tropas pobremente armadas de Mijaíl Tujachevski amenazaron con cercar Varsovia, la antigua capital de la

Polonia rusa. Pese al nulo esfuerzo por parte de Gran Bretaña y Francia para proteger aquel Estado, recién constituido por ellos, los polacos obtuvieron una notable victoria bajo el mando de Józef Piłsudski, que en 1914 había formado una legión polaca para combatir del lado de los austro-húngaros contra la Rusia zarista. La batalla por Varsovia rara vez ha recibido la atención que merece en las narraciones históricas acerca de la década de 1920, pero el hecho es que salvó al este de Europa de una cruzada comunista y preservó la independencia de Polonia ante sus dos peligrosos vecinos, Alemania y la Unión Soviética. La victoria de 1920 se convirtió también en el mito fundador del nuevo Estado polaco y desempeñó un importante papel en su posterior determinación de no someterse a ningún vecino poderoso en 1939[8].


La ciudad libre de Danzig y sus vecinos
ALEMANIA
(Pomerelia)
Gdynia
Golfo de Danzig
Pillau
Laguna del Vístula
Zoppot
Oliva
Danzig
Límite
del territorio
de Danzig 1920-1939
Vístula
Corredor polaco
Elbing
ALEMANIA
(Prusia Oriental)
Mariemburgo
20 millas
20 Km
N
POLONIA
Czersk
Mayorías polacohablantes
después de 1919
Mayorías germanohablantes
después de 1919

Durante el periodo de entreguerras, Polonia conservó su frágil independencia y pasó a ser una potencia regional digna de consideración en el este de Europa; algunos dirigentes polacos ansiaban la expansión de la influencia polaca hacia el mar Negro o en el territorio de la Ucrania soviética. En 1932, Polonia firmó un pacto de no agresión con la Unión Soviética, y en 1934, un acuerdo con la Alemania de Hitler. Polonia disponía de gran cantidad de armamento en comparación con el de las potencias menores de Europa, y a mediados de la década de 1930 destinaba al Ejército más o menos la mitad del gasto público. Los principales estados occidentales no consideraban a Polonia un aliado importante. El antisemitismo polaco y el talante autoritario del régimen no contribuyó a crear lazos con los países del oeste europeo. En el verano de 1938 los dirigentes polacos estuvieron a favor de la división del Estado checo con la esperanza de que Polonia impusiese su dominio en la Eslovaquia independiente y se convirtiese en una influencia destacada desde los estados bálticos hasta la frontera rumana. El Gobierno polaco compartió el botín del Estado checoslovaco desmembrado lanzando un eficaz ultimátum a los checoslovacos para que cedieran el territorio de Teschen a Polonia. Las potencias occidentales no se habrían sorprendido si los polacos se hubieran unido al bando alemán[9].

Sin embargo, el brusco deterioro de las relaciones entre Alemania y Polonia, hasta el punto de que Alemania le declarara la guerra en septiembre de 1939, se debió precisamente al hecho de que los dirigentes polacos no consideraban a Polonia en absoluto miembro del bando alemán. En 1938 era escasa la tensión manifiesta entre Polonia y Alemania, si bien el estatuto de Danzig y el futuro del Corredor polaco eran aún elementos de las disposiciones de posguerra que los dirigentes alemanes habrían deseado zanjar. El resurgimiento del poder alemán bajo el mandato de Hitler representaba una profunda amenaza, pero los gobernantes polacos estaban decididos, por lo que a ellos concernía, a que las disposiciones de Versalles se defendieran en su integridad y a toda costa. Aunque deseosa de aprovecharse del hundimiento de la resistencia checa en 1938, Polonia no quería que se aplicase la solución de Múnich a las minorías alemanas residentes en territorio polaco o en la Ciudad Libre. En el lado alemán, el

desmembramiento de Checoslovaquia abrió las puertas a nuevas revisiones del *statu quo* en el este de Europa. El 1 de octubre de 1938, cuando las tropas alemanas penetraron en los Sudetes alemanes cedidos en los Acuerdos de Múnich, Hitler dijo a su ayudante militar que los conflictos polacos no se habían olvidado: «En el momento debido, cuando tuvieran la guardia baja, liquidaría a los polacos[10]». Es poco probable que en esta etapa Hitler se planteara la guerra con Polonia. Su solución preferida era la conformidad de Varsovia en la revisión de las fronteras, la cesión de Danzig a Alemania y la incorporación al bloque proalemán en el este de Europa. El 24 de octubre de 1938, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, invitó al embajador polaco, Józef Lipski, a comer en el Grand Hotel de Berchtesgaden, cerca del lugar de retiro de Hitler en el Obersalzberg. Fue allí donde insinuó por primera vez que Danzig debía devolverse a Alemania y que convenía establecer un enlace por tren y carretera a través del Corredor con derechos extraterritoriales sobre esa ruta para Alemania. Polonia, dio a entender Ribbentrop, podía alinearse también con Alemania, Italia y Japón en el pacto anti-Komintern dirigido contra la Unión Soviética[11].

Lipski regresó a Varsovia y comunicó las propuestas alemanas al ministro de Asuntos Exteriores, Józef Beck, la figura dominante del Gobierno polaco, al frente de su ministerio desde 1932. Beck intuyó que los dirigentes alemanes estaban a punto de iniciar una «guerra de nervios» por Danzig. A finales de noviembre, dejó claro a Ribbentrop que Danzig no se reincorporaría a Alemania bajo ningún concepto; en lugar de eso, propuso poner fin a la comisión de la Sociedad de Naciones y establecer un acuerdo conjunto polaco-alemán, respetando los intereses de las dos poblaciones de Danzig pero conservando su estatuto independiente. El 24 de noviembre Hitler ordenó a las fuerzas armadas alemanas que preparasen un plan para la captura de Danzig por la fuerza. El 5 de enero de 1939 Beck fue invitado a Berlín, donde Hitler reiteró su opinión de que Danzig debía pertenecer a Alemania. En primavera, los alemanes adoptaron un tono más perentorio. El 20 de marzo Ribbentrop repitió a Lipski que Danzig debía devolverse a Alemania y que convenía establecer comunicaciones extraterritoriales. Insistió en que Beck viajara a Berlín para negociar[12]. Esta exigencia se

planteó durante una semana frenética, sólo seis días después de que el presidente checo se viera obligado a ir a Berlín a solicitar «protección» (tras lo cual los alemanes ocuparon las provincias checas de Bohemia y Moravia) y dos días antes de que Lituania entregara por la fuerza a la soberanía alemana otro territorio alemán, Memel. Beck extrajo la conclusión obvia y se negó a ir. Ahí se acabaron las negociaciones amistosas. El embajador Lipski no volvió a reunirse con Hitler ni con Ribbentrop hasta el 31 de agosto, el día anterior a la invasión alemana de su país. En una reunión en el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco, celebrada el 24 de marzo, Beck esbozó a su equipo las opciones polacas. Alemania, adujo, «había dejado de ser previsible». Era necesario hacer frente a Hitler con la clase de determinación que hasta entonces no había encontrado en ningún país de Europa. Polonia, prosiguió Beck, se planteaba unos mínimos de cara a la negociación y no aceptaría nada por debajo de eso. «Una cosa está clara», prosiguió: «lucharemos[13]».

Las líneas de combate se habían establecido durante la última semana de marzo de 1939. Al día siguiente de la reunión de Beck, Hitler ordenó a las Fuerzas Armadas alemanas que prepararan un plan operativo para la invasión de Polonia si era posible aislar internacionalmente a los polacos y si rehusaban aceptar las exigencias alemanas. Esa misma semana las fuerzas polacas en la frontera occidental entraron en estado de alerta. En Gran Bretaña, donde la ocupación alemana y la división de Checoslovaquia había puesto fin a cualquier ilusión de que Hitler pudiera mantenerse dentro de un marco aceptable para los intereses británicos y franceses, la anexión alemana de Memel provocó crecientes temores de que Alemania, con un golpe de mano, añadiera Danzig a sus conquistas. La información secreta enviada a Londres desde Polonia indicaba un endurecimiento de la actitud polaca. El 27 de marzo el jefe del gabinete polaco declaró que Polonia lucharía por Danzig. La opinión pública polaca, creía él, no estaba «preparada siquiera para conversaciones razonables»; el Ejército era «igual de intransigente». Fuentes secretas informaron a los británicos de que los alemanes estaban a punto de ocupar Danzig por sorpresa. Chamberlain fue informado: «Acción inminente[14]». El 31 de marzo, en la Cámara de los Comunes Chamberlain anunció una garantía de independencia polaca,

también acordada por el Gobierno francés pocos días más tarde. El golpe no se produjo, y los británicos dieron por supuesto que la movilización militar polaca y la garantía habían obligado a Hitler a dar marcha atrás, impresión que propició una mayor firmeza en la política británica durante los meses de verano. Pero ya nadie consideraba Danzig el punto en litigio. Lord Halifax, el secretario del Foreign Office, escribió un informe sobre el conflicto de Danzig para el gabinete el 5 de mayo de 1939 en el que dejaba claro que ahora el problema era, por un lado, las ambiciones alemanas de dominar Europa y, por otro, la determinación de Polonia de defender su independencia. Si bien el camino a un acuerdo sobre Danzig negociado libremente seguía abierto, en esos momentos, según Lord Halifax, cualquier concesión era ya «improbable[15]».

Todas las partes implicadas finalmente en la crisis de agosto y septiembre que condujo a la contienda mundial se trabaron en un rumbo de colisión a partir de la primavera de 1939. Polonia estaba empeñada en no ceder a las exigencias alemanas, y disponía ahora de una garantía internacional que daba fuerza a esa determinación. El 3 de abril, en respuesta a dicha garantía, Hitler había ordenado por fin los preparativos para el «Caso Blanco» (la invasión de Polonia), que debían estar listos el 1 de septiembre. Estaba decidido a conseguir que a lo largo del verano se insertara una cuña entre Polonia y los estados de la Europa occidental para asegurarse de que la contienda con Polonia no se propagase. El 23 de mayo dijo a sus jefes militares: «El objetivo es aislar Polonia. El éxito de ese aislamiento es decisivo […]. No debe llevamos a un enfrentamiento simultáneo con el oeste de Europa[16]». La convicción de que, llegados a una prueba de voluntades, las potencias occidentales cederían dominó el pensamiento de Hitler hasta el estallido del conflicto. Por su parte, los gobiernos británico y francés, aunque lejos de un acuerdo unánime respecto a la posibilidad de una guerra europea, dejaron clara su posición públicamente una y otra vez durante el verano de 1939: si Alemania actuaba unilateralmente contra Polonia, cumplirían la garantía de apoyo a Polonia. Se esperaba que las pruebas de firmeza de los países del oeste tuviesen un efecto disuasorio en Hitler, o lo obligasen a negociar sin amenazas. Esta esperanza, por tenue que parezca ahora, fue también un hilo visible a lo

largo de toda la crisis que llevó a la guerra. Ambos bandos se aferraron a informaciones que parecían apoyar la idea de que el otro, en el último momento, daría su brazo a torcer.

Aun así, en todos los estados los preparativos para una guerra se aceleraron por si ocurría lo peor. En Gran Bretaña se introdujo el reclutamiento obligatorio en abril de 1939, y en marzo los estados mayores de Francia e Inglaterra iniciaron conversaciones con vistas a librar una guerra de tres años contra Alemania. A los estados de Europa occidental no les entusiasmaba la idea de tener a Polonia como aliado, pero el verdadero objetivo de la política occidental era disuadir o frenar futuras iniciativas alemanas en cualquier parte de Europa y emplear a Polonia como límite. De las conversaciones entre Gran Bretaña y Francia finalmente salió un plan por el que una Polonia independiente sería reconstituida sólo después de prolongadas hostilidades, condenando a Polonia a una derrota temprana[17]. Cuando los dirigentes polacos acudieron a Gran Bretaña y Francia en busca de ayuda económica ante la posibilidad de un esfuerzo bélico, las súplicas cayeron en saco roto. Beck solicitó un préstamo a finales de abril para permitir a Polonia comprar materias primas y armas, y en mayo planteó una cifra de sesenta millones de libras. Se pidieron otras sumas en París, donde inicialmente se mostró un mayor interés en conceder créditos. El ministro de Economía británico, *Sir* John Simon, dijo a Chamberlain que la idea de financiar el rearme polaco era «realmente inviable», dado que la propia situación económica de Gran Bretaña se hallaba debilitada por los grandes gastos militares. El Gobierno británico estaba dispuesto a ofrecer alrededor de una décima parte de la suma solicitada, pero la concesión no se hizo hasta el 24 de julio, y sólo si los ocho millones de libras ofrecidos se gastaban en material británico[18]. Las reticencias británicas contagiaron a los franceses, quienes también se mostraron remisos con la ayuda económica. Polonia tendría que valerse por sí misma.

Si bien Hitler dudaba de la determinación de las potencias occidentales, en agosto de 1939 estaba ya claro que la cuestión polaca difícilmente se resolvería a favor de Alemania sin una crisis más profunda que la que Checoslovaquia había generado el año anterior. Para asegurar el aislamiento de Polonia, Hitler autorizó un acercamiento a la Unión Soviética, que no

había definido su postura respecto a la crisis polaca. Gran Bretaña y Francia también iniciaron conversaciones con Stalin con la esperanza de que una nueva entente entre los tres estados bastase para disuadir a Hitler de una vez por todas. Ninguno de los estados occidentales llevó a cabo un intento serio o eficaz para cimentar un acuerdo político o militar con la Unión Soviética, ni logró convencer a Polonia de que cooperase, porque el Gobierno polaco recelaba con razón de la buena voluntad soviética y se negaba a aceptar la entrada de tropas soviéticas en territorio polaco. Este fracaso se ha considerado siempre la mayor oportunidad perdida de los años anteriores a la contienda. Más tarde Georges Bonnet, el ministro de Asuntos Exteriores francés, pacifista, culpó a Beck de haber minado la posible alianza con los soviéticos por su «incomprensible, arrogante y traicionera actitud». Lord Halifax, reflexionando sobre el tema en un artículo escrito durante la guerra pero no publicado, comprendió el problema con mayor claridad: «No cabría esperar que un conejo inteligente», escribió, «viese con buenos ojos la protección de un animal diez veces más grande, a quien atribuía los hábitos de una boa constrictor[19]». Desde el punto de vista polaco, el precio de la cooperación soviética podría haber sido tan alto como el de no conseguirla.

Al final Stalin, más atraído por la neutralidad en cualquier conflicto europeo y la perspectiva de asegurarse el control soviético de territorios en el este de Europa, accedió a un pacto con la Alemania de Hitler. Aunque muchos han afirmado que ésta fue una oportunidad perdida para impedir la guerra —sobre todo los historiadores que ven la aspiración soviética a cierta forma de seguridad colectiva como un sincero deseo de cooperar con el oeste de Europa—, existen abrumadoras pruebas de que la jefatura soviética barajó la posibilidad de una alianza con los países occidentales para presionar a Alemania y empujarla a un acuerdo que proporcionara auténticas concesiones al bando soviético. Ningún Estado consideraba a Polonia un elemento político permanente. El territorio polaco había sido dividido una y otra vez entre alemanes y rusos desde el siglo XVIII, y el nuevo Estado tenía solo veinte años de antigüedad. Eliminar Polonia era una consecuencia aceptable para ambas partes. De todos es conocida la posterior historia del dramático viaje de Ribbentrop a Moscú el 22 de agosto. El pacto de no agresión resultante, firmado en la madrugada del 24

de agosto, y el protocolo secreto que dividía Polonia y los estados bálticos en áreas de influencia fueron recibidos por Hitler como un triunfo diplomático de hondo calado. Esperaba que a raíz de este hecho se produjera la inminente caída de los gobiernos francés y británico. La ausencia de una amenaza soviética reforzó su convicción de que los países de Europa occidental no irían a la guerra por Polonia. «Nuestros enemigos», dijo a sus comandantes en una reunión del 22 de agosto, «son pequeños gusanos. Los vi en Múnich[20]».

Cabe preguntar: ¿quién quería la guerra en 1939? La mayoría de los europeos no, eso desde luego. Hitler sí, con toda seguridad, porque no deseaba ofrecer la menor impresión de debilidad una vez decidido a prepararse para la invasión de Polonia. Era muy consciente de que en Múnich había visto frustrada su aspiración a una pequeña guerra con los checos; a ojos de sus jefes militares se había visto obligado a hacer concesiones. Pero él quería una guerra en sus propias condiciones, preferiblemente una guerra local contra Polonia. Ribbentrop se hizo eco de la voz de su amo, culpando a los polacos de su intransigencia y amenazando con una guerra a cualquier nivel. El 12 de junio de 1939, en una conversación con el comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig —el historiador suizo Cari Burckhardt—, Ribbentrop dijo, según cuentan, que Polonia sería derrotada en tres días; Francia, si intervenía, «quedaría reducida a la posición de una potencia de tercera categoría», y si Gran Bretaña la imitaba, «el Imperio británico acabaría aplastado», en tanto que Alemania destinaría a la lucha «hasta la última mujer y el último niño». No es fácil calibrar cómo interpretaron los dirigentes occidentales unas amenazas tan descabelladas cuando Burckhardt las comunicó unos días más tarde, que era lo que Ribbentrop esperaba que hiciese. El acta de la conversación llegó a manos de Chamberlain, quien escribió al margen del documento que le resultaba «difícil llegar a una conclusión» partiendo de semejante delirio[21].

A menudo se ha retratado a Neville Chamberlain como un hombre que buscó todas las posibilidades para eludir el conflicto en 1939, pero aunque siempre pensó que la paz era preferible a la guerra, a principios de 1939 no se hacía ya grandes ilusiones respecto a Hitler. En marzo lo describió ante

un invitado como «el diablo más negro que he conocido[22]». No quería la contienda, pero reconocía que era una posibilidad muy real y, junto con gran parte de la opinión pública británica, estaba dispuesto a aceptar que fuese necesaria si Hitler no entraba en razón. El primer ministro francés, Édouard Daladier, así como la mayor parte de la población francesa, compartía esta visión fatalista. En ningún caso puede demostrarse que contemplasen jamás la posibilidad de abandonar a Polonia si Alemania iniciaba la agresión. Pero en Polonia, donde la tensión entre polacos y alemanes étnicos se puso al rojo vivo en el verano de 1939, no pareció plantearse nunca una alternativa seria a la lucha. Cuando el general británico *Sir* Edmund Ironside visitó Polonia en julio de 1939 para inspeccionar sus planes y su capacidad de combate, informó de un liderazgo militar «muy seguro de sí mismo», fortalecido por el común recuerdo de haber derrotado al Ejército Rojo en 1920, cuando eran más jóvenes. Ironside informó de que «la nación entera ha decidido luchar», actitud que atribuyó a un «espíritu demencial de optimismo» entre el pueblo polaco[23]. El periodista estadounidense William Shirer, en una visita al puerto polaco de Gdynia en agosto de 1939, encontró a los estibadores preparados para el conflicto. «Estamos listos», le dijeron. «Lucharemos[24]».

Todo esto lleva a pensar que en septiembre el enfrentamiento bélico era inevitable, y en ese momento muchos europeos creían que así era. Sin duda había cabida para la negociación respecto al estatuto de Danzig, puerta que los polacos y sus aliados dejaban abierta siempre y cuando los dirigentes alemanes aceptaran una negociación en pie de igualdad, sin amenazas. Pero para que se evitara la contienda, debía darse una de estas tres posibilidades: Hitler tenía que volver a echarse atrás en cuanto a la contienda, como había sucedido en Múnich, y aceptar una solución acordada internacionalmente para las disputas entre Alemania y Polonia; o los dirigentes polacos debían aceptar que la guerra con Alemania era una opción irracional y acceder a revisar el estatuto de Danzig y la frontera occidental con Alemania; o los dirigentes franceses y británicos, ya fuera de común acuerdo o cada uno por su cuenta, debían abandonar la garantía y dar carta blanca a efectos prácticos a Alemania en el este de Europa. Aunque ninguna de estas opciones era probable, existían como posibilidades. La determinación de

todas las partes ante el conflicto se vio puesta a prueba de manera extrema durante los diez dramáticos días entre el pacto germano-soviético firmado la madrugada del 24 de agosto y la tarde del 3 de septiembre, cuando Francia y Gran Bretaña declararon conjuntamente la guerra a Alemania. El inicio del enfrentamiento se fraguó por decisiones tomadas bajo la inmensa tensión de saber que Europa corría peligro de sumirse una vez más en un conflicto que, como muchos temían, podía acabar con la civilización europea. Al final, la solución de la crisis recayó en las manos de un puñado de hombres obligados, les gustara o no, a representar un drama en el que estaban en juego las vidas de millones de europeos de a pie.

Se acaba el tiempo

24-26 de agosto de 1939

La guerra debería haber empezado la mañana del 26 de agosto con la invasión alemana de Polonia. Hitler había ordenado continuos preparativos para la movilización a lo largo de agosto, que debían mantenerse lo más en secreto posible. Insistió en que las medidas para la movilización civil aún no debían aplicarse, y no se declaró formalmente ningún estado legal de preparación para la contienda. El 24 de agosto, después del éxito de las negociaciones con la Unión Soviética, ordenó el inicio del ataque para la mañana del 26 de agosto. Las primeras formaciones alemanas habían empezado a desplazarse hacia la frontera polaca el 19 de agosto y cuatro días después ocupaban ya sus posiciones con la letra en clave «A». El traslado de la segunda tanda de formaciones movilizadas, con el nombre en clave de «movimiento Y», comenzó a última hora del 24 de agosto, una vez confirmada la fecha del ataque. Se introdujeron en Danzig clandestinamente armas, soldados regulares y miembros de las SS para que la ciudad pudiera ser capturada nada más iniciarse las operaciones[1]. Parte de las fuerzas alemanas se apostaron a unos kilómetros de la frontera, en tanto que otras aguardaban en acantonamientos y cuarteles con los petates listos en espera de la orden para ponerse en marcha; en total, un millón y medio de hombres. Al otro lado de la frontera entre Alemania y Polonia, la movilización también proseguía de la manera más discreta posible para evitar provocaciones innecesarias. El 23 de agosto se ordenó a todas las unidades del Ejército emplazadas en el Corredor polaco, Alta Silesia y gran

parte del oeste de Polonia el equivalente a una movilización general. También se movilizaron las fuerzas aéreas, las defensas antiaéreas y todas las unidades de los altos mandos. Pero si las fuerzas alemanas hubiesen atacado el 26 de agosto, las defensas polacas habrían estado de hecho aún menos preparadas de lo que estaban una semana después[2].

Hitler esperaba aprovechar la ocasión para lanzar la pequeña guerra de la que se había visto privado el año anterior durante la crisis checa, y que ahora, gracias al pacto germano-soviético, no era tan arriesgada. Se había instalado en Berchtesgaden en lugar de Berlín durante casi todo el verano. Goebbels comió allí con él el 24 de agosto y encontró a Hitler de excelente humor. «Uno debe renovar su admiración una y otra vez», escribió en su diario, «por la firmeza de su valor». Goebbels volvió a Berlín, adonde había llegado la noticia de que Gran Bretaña se atendría a su compromiso con Polonia. «La guerra de nervios», escribió en su diario, «alcanza ya su clímax… Noticias alarmantes llegan de todas partes». Trabajó hasta muy tarde por la noche y luego pasó unas horas insomnes en la cama[3]. Hitler regresó a Berlín esa noche para dirigir su guerra desde la capital. Al día siguiente debía dar la orden de atacar Polonia. Goebbels lo visitó de nuevo el 25 de agosto al mediodía y lo encontró «muy resuelto y entero». Hitler le encargó que preparase dos proclamas, una para el pueblo alemán y otra para el partido, y ambas debían emitirse por la radio en cuanto empezara la guerra[4]. A las 15:02 horas dio la orden de marcha; el ataque debía iniciarse a las 4:30 de la madrugada siguiente. Pero a las 19:30, cuando las formaciones militares ocupaban sus posiciones, lo suspendió repentinamente. Siguieron unas horas de desesperación mientras se transmitía la orden a toda la estructura militar para asegurarse de que a la mañana siguiente no se llevaría a cabo ninguna acción de manera accidental. El mando del Ejército alemán ya había llegado a su nuevo cuartel general, el búnker de Zossen, en el sur de Berlín, donde no encontró más que «caos»: no había comida, ni máquinas de escribir, ni teléfonos. La orden de cancelación no le llegó hasta las diez de la noche[5]. Sí se produjo un pequeño ataque de paracaidistas alemanes a la mañana siguiente en el puerto de montaña de Jablonkov, en la frontera de Polonia con Eslovaquia, pero los polacos lo consideraron una de las tantas escaramuzas fronterizas

que se habían dado esporádicamente durante las semanas anteriores, y no hicieron el menor esfuerzo por expulsar a los intrusos alemanes.

Si se hubiera producido el ataque el 26 de agosto, es difícil saber con certidumbre si al cabo de dos o tres días habría estallado una guerra general, como en efecto sucedió a primeros de septiembre. Es igual de difícil saber por qué Hitler cambió de idea. Le preocupaba la posibilidad de que se repitiese lo ocurrido el año anterior, cuando se vio obligado a abandonar su guerra y aceptar una cumbre internacional. Él era el jefe supremo de las Fuerzas Armadas, cargo asumido en febrero de 1938 con la intención de desempeñar en serio el papel de caudillo militar. En 1938, después de los Acuerdos de Múnich, la opinión generalizada era que había sufrido una humillación. Con todo, en agosto de 1939 Hitler vaciló una vez más. «Adolf se ha amilanado», comentó un joven militar alemán al conocerse la noticia de la anulación[6].

La explicación de estos repentinos titubeos de Hitler reside en el curso que tomaron los acontecimientos durante los dos días posteriores a la firma del pacto germano-soviético. Hitler había albergado la esperanza de que el pacto provocase un desmoronamiento del eje polaco-británico-francés, permitiendo a Alemania lanzar un ataque rápido, exitoso y localizado contra Polonia al que las potencias occidentales no serían capaces de responder. Sin embargo, la noticia del acercamiento germano-soviético incidió mucho menos en la opinión pública británica y francesa de lo que Hitler esperaba, aunque sí causó una honda conmoción entre los compañeros de viaje y los simpatizantes comunistas que habían depositado su fe en las declaraciones de seguridad colectiva de Stalin y de pronto se vieron en la necesidad de decidir en qué bando estaban. Para empezar, los servicios de inteligencia de Gran Bretaña y Francia ya habían alertado a ambos gobiernos de la posibilidad de un acuerdo entre los dos enemigos ideológicos, y si bien los dirigentes occidentales seguían escépticos, la alianza no los cogió totalmente desprevenidos. Se envió información detallada a París la noche del 21 de agosto, y al día siguiente la agencia de noticias soviética TASS anunció que Ribbentrop viajaría a Moscú esa noche para reunirse con dirigentes soviéticos el 23 de agosto[7]. También se conocía con cierta exactitud la fecha elegida para el ataque alemán en Polonia. Un agente

británico en Alemania, el capitán Malcolm Christie, antiguo agregado del Aire británico, enviaba informes regulares y completos a *Sir* Robert Vansittart, el subsecretario permanente jubilado del Foreign Office, quien a su vez entregaba los informes al Gobierno. Ya en junio de 1939 Christie informó de que la movilización alemana se iniciaría el 1 de agosto y se completaría antes del 27 del mismo mes; el 17 de agosto Christie, entre cuyas fuentes se encontraban oficiales alemanes de alto rango y funcionarios contrarios a Hitler, comunicó que la operación estaba prevista para algún día entre el 25 y el 28 de agosto. Esto coincidía con la información secreta francesa enviada por el agente checo «A-54», quien había notificado a los franceses que la invasión se produciría el 26 de agosto[8]. El 19 de agosto Halifax remitió la información a Chamberlain, que se había ido de pesca a Lairg, en Escocia. Al día siguiente Chamberlain regresó a Londres, sin saber todavía si reanudaría o no sus vacaciones al cabo de unos días[9].

Chamberlain no fue el único que se vio obligado a interrumpir sus vacaciones. Halifax volvió de Yorkshire el 19 de agosto, en tanto que el ministro de la Guerra británico, Leslie Hore-Belisha, volvió de Cannes el 22 de agosto. El rey Jorge VI abandonó una cacería en el castillo real de Balmoral, en Escocia, al día siguiente y se encontró con que Chamberlain ya había convocado una sesión parlamentaria para el 24 de agosto sin solicitar su consentimiento. El rey se llevó un disgusto porque una cacería excelente (su partida ya se había cobrado 1600 pares de urogallos) se vio interrumpida prematuramente. «Llevaba tiempo esperando con mucha ilusión esa semana de caza», dijo al embajador británico en Egipto unos días después. «Fue francamente deplorable que ese villano de Hitler lo alterara todo[10]». Chamberlain dijo al rey que el pacto germano-soviético había sido la causa de la repentina sesión parlamentaria pero que no «representaba cambio alguno en nuestra posición». Pidió al rey que estuviese preparado para firmar a última hora del día siguiente la Ley de Atribuciones de Emergencia (Defensa) que permitiría al Gobierno emitir la Normativa de Defensa necesaria con el peso de la ley[11]. La legislación, que Chamberlain quería arrancar al Parlamento en un solo día, suscitó una reacción contraria inmediata. A los dirigentes sindicales les preocupaba que

la ley se emplease para ilegalizar la huelga, introducir el reclutamiento industrial obligatorio y amordazar a la prensa, y el ministro del Interior tuvo que asegurarles que no sería así. El Partido Laborista deseaba que las medidas fueran sólo provisionales, y Chamberlain accedió. Los líderes del Partido Liberal se opusieron a la disposición del artículo 6, según la cual los traidores serían fusilados en lugar de ahorcados, y Chamberlain cedió en este punto con la esperanza de acabar lo antes posible[12].

Esto sólo fue uno más de los muchos preparativos para una posible guerra que se pusieron en marcha incluso antes de que se firmase el pacto germano-soviético. Chamberlain se negó a aprobar la movilización general, de la que eran partidarios el ministro de la Guerra y los jefes de las Fuerzas Armadas, por temor a que en respuesta otros estados, al igual que en 1914, la empleasen como pretexto para su propia movilización; pero en los días 22 y 23 de agosto se autorizó la primera fase del emplazamiento de «elementos clave» para asignarlos a los centros de control, los puestos de mando y las unidades antiaéreas, y el 24 de agosto se ordenó la movilización completa de todas las posiciones de defensa costera y antiaérea, que afectó a más de 120 000 hombres[13]. Se dieron los primeros pasos para preparar la composición de un gabinete de guerra, que, por consejo de Lord Hankey, el antiguo secretario del gabinete, debía incluir a Winston Churchill, en atención a las expectativas públicas, pero no a David Lloyd George, primer ministro desde 1916 hasta 1922, a quien Hankey no consideraba digno de confianza[14]. Otra medida de Chamberlain fue advertir a Hitler, incluso antes de conocerse con certeza la existencia del pacto, que éste no tendría la menor repercusión en las obligaciones de los británicos para con los polacos, con las que el Gobierno británico «estaba decidido a cumplir». Instó a Alemania para que aceptara una tregua en el enfrentamiento, así como unas conversaciones razonables entre Polonia y Alemania. Dos días más tarde, Chamberlain, en el Parlamento, ante «el inminente peligro de guerra», reiteró la promesa de que los compromisos adquiridos para la defensa de Polonia se respetarían sin reservas, «así que el Gobierno alemán no debería albergar la menor duda[15]». Dicho discurso no se consideró muy alentador («como un juez instruyendo un caso de asesinato», comentó el parlamentario Harold Nicolson), pero en la Cámara

de los Comunes, como observó otro parlamentario, los ánimos eran muy distintos de como habían sido antes de Múnich. «El miedo», afirmó, «había desaparecido», para dar paso a una atenta vigilancia a fin de descubrir «la menor señal de debilidad» en la respuesta británica[16].

En Francia, la noticia del pacto causó una honda decepción, ya que el Gobierno francés siempre había depositado más fe que el británico en la posibilidad de una alianza soviética. Pero, como en Gran Bretaña, se extendió cada vez más la sensación de que dicha alianza aumentaba las probabilidades de guerra. «Casi todos los políticos creen que habrá guerra», escribió un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores francés el 24 de agosto. «Cada vez son menos quienes creen que Hitler se echará atrás. Y los intransigentes aceptan la idea de guerra, desde luego sin satisfacción, pero sí con ira[17]». No obstante, existía mayor división en el seno del Gobierno francés que en Gran Bretaña. El ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, un intrigante ambicioso reclutado para el gabinete por Daladier en 1938 con la intención de impedirle socavar su labor de gobierno desde su escaño en la oposición, era un pacifista a ultranza. Veterano de la guerra de 1914, había resultado herido y había perdido hermanos en el conflicto. Desaprobaba la diplomacia alemana, eso por supuesto, y cuando fue necesario, reafirmó el compromiso con Polonia, pero estaba convencido de que el pacto con Polonia había impuesto a Francia una obligación imposible de cumplir y deseaba encontrar alguna manera de eludirla. Pensó que el pacto germano-soviético era la oportunidad que buscaba. En una reunión del Consejo de Defensa Nacional convocada el 23 de agosto en respuesta a la alianza, Daladier preguntó a los jefes de las tres armas si Francia podía plantearse en ese momento la posibilidad de una guerra; para obvio malestar de Bonnet, los jefes del Ejército de Tierra y la Armada afirmaron que el poderío militar francés y los preparativos estaban a la altura de una guerra. A continuación, el ministro del Aire, y no el jefe de las Fuerzas Aéreas, más pesimista, añadió que si bien la aviación francesa iba aún a la zaga de la alemana, se había avanzado lo suficiente para permitir actuar a Francia. Al día siguiente, en una reunión del gabinete, Bonnet adujo que las circunstancias habían cambiado tanto que la garantía a Polonia ya no podía respetarse, aun cuando Francia

pudiera plantearse la posibilidad de una guerra[18]. La mayor parte del gabinete se opuso a un segundo Múnich, incluido Daladier, a quien no le gustaba la guerra pero comprendía ya que probablemente era inevitable a menos que pudiera obligarse a Alemania a echarse atrás. Aun así, Bonnet siguió buscando durante la semana siguiente una manera de sabotear el compromiso occidental de combatir, en tanto que Daladier autorizó los pasos necesarios para llevar a Francia a un estado de movilización preliminar, ordenado el 24 de agosto.

La reafirmación del compromiso con Polonia necesita pocas explicaciones, pero se ha insinuado tan a menudo que Chamberlain, Halifax y Daladier propugnaban el apaciguamiento a modo de escapatoria a sus obligaciones que su renovada firmeza exige una aclaración. Podría aducirse que habían desaparecido muchos de los factores que inhibieron una respuesta firme en el caso de la crisis checa del año anterior. Tanto Gran Bretaña como Francia habían acelerado su rearme en 1939, en especial por lo que se refiere a la aviación. «Podemos hacer frente a la lucha», dijo a Daladier el general Gamelin, comandante en jefe del Ejército de Tierra francés, en agosto de 1939; «estamos en una respetable situación de igualdad en materia de equipamiento[19]». El jefe de estado mayor del Ejército de Tierra británico consignó en su diario la opinión de que a esas alturas sólo la guerra detendría a Hitler: «Debemos ir a la guerra. No la perderemos[20]». La brecha entre el poderío militar alemán y el de las potencias occidentales era mucho más estrecha de lo que suele reconocerse; en la primavera de 1940, los aliados occidentales tenían más hombres y más tanques que los alemanes y una cantidad de aviones sólo ligeramente inferior. Un segundo factor era el estado de la opinión pública, que había pasado del temor al enfrentamiento y el anhelo de paz patentes en septiembre de 1938 a una aceptación fatalista de que la guerra era ya inevitable y debía librarse cuanto antes. En Gran Bretaña y en Francia aún quedaba un estridente grupo de poder pacifista y contrario a la guerra que defendió la paz a toda costa hasta el estallido de la guerra e incluso después. El parlamentario británico Edward Spears, de vacaciones en Francia en agosto, observó que el temor a la guerra creaba todavía una profunda sensación de aprensión entre sus amigos franceses: «¿Por qué, preguntaban,

ha enloquecido el mundo? […] ¿No podía llegarse a un acuerdo para impedir la guerra?»[21]. Pero también en Francia la opinión pública se endureció lo suficiente para que Daladier se sintiera más seguro a la hora de llevar el país a la guerra si era necesario.

Ahora bien, sería un error suponer que Chamberlain, Halifax y Daladier aceptaron el riesgo de guerra sólo por la presión de la opinión pública. En el transcurso de 1939, los tres, cada uno a su manera, habían llegado a aceptar que el uso de la fuerza era necesario ante el desmoronamiento del orden europeo. En realidad, los tres habían llegado a este punto un año antes, el 28 de septiembre de 1938, cuando habría tenido que declararse la guerra si Hitler, unilateralmente, hubiera violado la soberanía checa, un elemento de la historia de Múnich que se olvida fácilmente[22]. Quizá le costara más aceptar la guerra a Chamberlain, quien, al acceder al cargo de primer ministro británico en mayo de 1937, tenía la firme convicción de que podría alcanzar un «Gran Acuerdo» en torno a los asuntos internacionales apelando a los intereses prácticos de los otros estados. No alcanzaba a entender por qué un hombre de Estado preferiría la guerra a la paz. En su política de «apaciguamiento» contó con el apoyo de gran parte de su Gobierno y de su país, y como dijo uno de sus colegas parlamentarios, la aplicó con tal «concentración de propósito y estrechez de miras» que distanció aún más a muchos de sus detractores[23]. Procedía de un entorno liberal y tradicional decimonónico y había pasado por la política municipal de Birmingham antes de convertirse primero en un exitoso ministro de Sanidad y luego, a partir de 1932, en ministro de Economía. En el número de noviembre de 1939 de una publicación estadounidense, el político conservador Alfred Duff Cooper, inflexible crítico del primer ministro, observó que Chamberlain «nunca había conocido a nadie en Birmingham que se pareciese mínimamente a Adolf Hitler […]. Nadie en Birmingham había faltado a su palabra al alcalde[24]». Lo que Cooper y otros no comprendieron fue la profunda sensación de traición personal que experimentó Chamberlain cuando finalmente Hitler incumplió su promesa al ocupar el Estado checo el 15 de marzo. A partir de marzo de 1939, Chamberlain —descrito por un colega parlamentario como «un hombre no de paja, sino de hierro»— volcó su resolución y su temperamento inflexible

en la labor de impedir cualquier otro acto de violencia contra el orden europeo[25]. Eso no excluyó la posibilidad de un acuerdo pacífico, cosa que Chamberlain habría preferido, pero exigía a los dictadores gestos de buena fe que el primer ministro británico no esperaba de ellos.

El secretario de Asuntos Exteriores de Chamberlain, Edward, Lord Halifax, ocupó el cargo en 1938 tras una distinguida trayectoria como imperialista aristocrático y, hasta 1931, virrey de la India. Era un hombre de profundas creencias religiosas que aplicó siempre sin vacilación su marcado sentido de los valores cristianos a su gestión de los asuntos exteriores. Eso lo convertía en enemigo natural de los valores de la dictadura y, como escribió su secretario parlamentario en un perfil privado de su superior, lo imbuía de «una honda fe en nuestro sistema de vida y nuestros ideales». Por consiguiente, Halifax estaba más dispuesto que Chamberlain a dejar claro que la conducta internacional de Hitler era intolerable. En las anotaciones para un discurso pronunciado en junio de 1939, observó que el tema de la guerra o la paz dominaba el debate público ese verano no por cuestiones restringidas a la política exterior, sino porque «aspectos vitales de nuestra forma de vida se están poniendo a prueba». La política británica, proseguía Halifax, consistía en «poner en la balanza todo lo que podamos del lado de la ley en contraposición a las tropelías en Europa[26]». Uno de los pares de Halifax, al escucharlo reafirmar el compromiso con Polonia en la Cámara de los Lores el 24 de agosto, consideró que planteaba «demasiados principios rimbombantes y no suficiente autoprotección y patriotismo normal y corriente», pero los principios eran un elemento central en la concepción del mundo de Halifax, y eso es algo que puso de manifiesto de manera constante a lo largo de la crisis. Como Chamberlain, no cerró la puerta a la posibilidad de acuerdos de buena fe, pero, también como Chamberlain, pensaba que en Hitler era improbable la buena fe[27].

Édouard Daladier tenía por delante una tarea más difícil que los dirigentes británicos a causa de la crisis en la política francesa de los últimos años de la década de los treinta. Antiguo profesor de historia en Provenza, Daladier llegó a la dirección del Partido Radical francés, un partido centrista pese a su nombre, que representaba a un sólido grupo de electores pequeñoburgueses formado por tenderos, profesores y

campesinos. Era un hombre de amplia experiencia ministerial, y bajo el Gobierno del Frente Popular —una alianza provisional de socialistas, radicales y comunistas que accedió al poder en mayo de 1936—, fue nombrado ministro de la Guerra con la responsabilidad de supervisar un programa cuatrienal de rearme acelerado. Se lo conocía por su gran energía, que le valió el sobrenombre de «toro de Vaucluse», pero también adolecía de una incapacidad crónica para la toma de decisiones. Sus detractores menos benévolos lo apodaron «el toro con cuernos de caracol». En abril de 1938 el Frente Popular se disgregó y Daladier formó Gobierno sin el apoyo comunista. El continuado malestar industrial y los conflictos entre la extrema derecha y la izquierda inhibieron la respuesta francesa en la crisis checa, pero Daladier, con el respaldo de las atribuciones de emergencia, recurrió a los decretos para sofocar la actividad comunista y acelerar el ritmo del rearme. En el verano de 1939, según un observador británico, poseía «atribuciones casi dictatoriales[28]». Le desagradaba la idea de la guerra, pero la consideraba casi inevitable. El ministro de la Guerra británico, después de una reunión con él el 21 de agosto, comentó que si bien Daladier veía a los polacos como «necios regidos por las desfasadas opiniones de Pilsudski», estaba convencido de que los británicos y los franceses disponían de «recursos superiores» a los de los alemanes. Esperaba que Italia también se uniera a la contienda porque, según dijo a Hore-Belisha, «eso nos daría la posibilidad de un éxito militar inicial[29]».

La reiteración pública del compromiso anglo-francés con Polonia posterior al acuerdo germano-soviético fue lo primero que Hitler tuvo que considerar al decidir si se embarcaba en una guerra como pretendía o no. La confrontación suscitó una mayor inquietud en toda Europa la mañana del 25 de agosto. Aquel día en Polonia reinaba un profundo suspense. «Vivimos en un estado de tensión anormal», escribió en su diario el médico polaco Zygmunt Klukowski. «Sé que pronto empezará la guerra. La gente está angustiada; por lo que se oye en todas partes, todo el mundo quiere que empiece ya». Se pospuso el inicio del curso escolar en Polonia y se anularon todas las vacaciones[30]. *Sir* Henry «Chips» Channon trabajó todo el día en el Foreign Office de Londres «preguntándose si habría guerra». «Cada pocos minutos», proseguía en su diario, «el barómetro subía y

bajaba[31]». Esa misma mañana Vita Sackville-West escribió a la novelista Virginia Woolf sobre su propia psicología de guerra. Pasaba cada mañana hasta el mediodía, escribió, temiendo las incursiones aéreas, el gas y las bombas, y luego volvía a ser «valiente y británica», hasta la mañana siguiente, «cuando todo empieza de nuevo en el terrible ciclo del miedo y el pavor y la cobardía inmovilizadora[32]». En Berlín el ambiente parecía más distendido. «La gente en la calle», escribió William Shirer en su diario, «todavía confía en que Hitler volverá a salirse con la suya sin necesidad de guerra[33]». Hitler seguía previendo la guerra pero tenía la esperanza de que Gran Bretaña y Francia incumpliesen sus garantías. «El Führer todavía dirige sus esfuerzos hacia una guerra local, idea que no abandonará», escribió el secretario de Estado de Ribbentrop en su diario. Hitler esperaba que el discurso de Chamberlain ante el Parlamento la tarde del 24 de agosto «llevase a la localización de la guerra». Viendo que esto no sería así, Hitler, a partir del día siguiente, concentró su energía en «dividir a ingleses y polacos antes de la invasión[34]».

La mañana del 25 de agosto Hitler siguió hablando de los preparativos para la guerra con sus ayudantes militares, que se desplazaban entre los cuarteles generales y la cancillería, donde el mando supremo del estado mayor se había instalado provisionalmente. Estaba indignado por los comentarios de la prensa británica, donde se lo acusaba de querer conquistar el mundo, y a las 12:45 emplazó a Nevile Henderson, el embajador británico, para una conversación concebida como último esfuerzo para distanciar a Gran Bretaña de su compromiso con Polonia. La reunión se prolongó durante una hora y se caracterizó por su cordialidad. «El canciller», escribió más tarde Henderson, «habló con calma y aparente sinceridad[35]». Hitler afirmó la necesidad de resolver la cuestión polaca de una vez por todas, por el bien de la estabilidad europea, pero a continuación habló de tender la mano de la amistad a Gran Bretaña, en un gesto «tan decisivo como el paso dado con respecto a Rusia», que había propiciado un pacto inesperado. Prometió garantizar la integridad del Imperio británico y acudir en su defensa. El resultado, concluyó, podría ser «una bendición para Alemania y el Imperio británico». Ésta era, señaló, «su última propuesta[36]». Dijo a Henderson que tenía un avión preparado para

trasladarlo a Londres a fin de que pudiera comunicársela directamente a su Gobierno, pero de hecho Henderson voló al día siguiente, y para entonces Hitler ya tenía previsto que las tropas alemanas combatiesen en territorio polaco, lo que plantearía al Gobierno británico, a la llegada de Henderson, una difícil decisión que Hitler esperaba que no se tomase.

En cuanto Henderson se fue, Hitler dio la orden de marcha para la mañana siguiente. Todavía esperaba respuesta de su aliado del Eje, el dictador italiano Benito Mussolini, con quien había firmado una alianza militar en mayo. Esa mañana había notificado a Mussolini que la guerra con Polonia era inminente. No está en absoluto claro que los dirigentes alemanes deseasen tener a su lado a Italia en la lucha por Polonia, pero en los cálculos de Hitler Italia era útil para añadir presión a Gran Bretaña y Francia en el Mediterráneo y reducir las probabilidades de intervención de las potencias occidentales. Para Mussolini, los pasos de Alemania en el verano de 1939 eran difíciles de aceptar. Cuando el ministro de Asuntos Exteriores italiano, el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, se reunió con Ribbentrop en Salzburgo el 12 de agosto, se le informó de que Alemania se proponía atacar Polonia en un futuro cercano, pero sería una guerra localizada. «Polonia», dijo Ribbentrop, «debe ser derrotada, aniquilada, anexionada[37]». Mussolini sabía que Italia no se hallaba en posición de arriesgarse a una guerra con los estados occidentales, no sólo por su clara inferioridad armamentística, sino también porque la opinión pública no había sido preparada para ello. Dada la situación militar y económica de Italia, la neutralidad era vital, y ésta fue la razón que Mussolini esgrimió en su respuesta a Hitler, pero a la vez los dirigentes italianos estaban alarmados por el pacto germano-soviético, que tuvo el efecto de alejar más a Italia del centro de la política europea. En la cumbre celebrada en Munich el año anterior, Mussolini había ocupado un lugar central en el escenario; la crisis polaca apartó a Italia hacia una posición periférica[38]. Eso no fue óbice para que los periódicos italianos recibieran el pacto germano-soviético como el fin del «cerco» a su aliado en el Eje; «LA RECONSTRUCCIÓN DE EUROPA», rezaba un titular, «ESTÁ EN MANOS DE LAS POTENCIAS DEL EJE[39]». Pero la toma de conciencia de que no se informaba a

Italia acerca de las intenciones alemanas incidió en la posterior respuesta de Mussolini.

Aproximadamente una hora después de dar Hitler la orden de ataque el 25 de agosto, el embajador italiano, Bernardo Attolico, antiguo comisionado de la Sociedad de Naciones en Danzig, llegó a la cancillería con la carta de Mussolini anunciando que Italia se mantendría neutral. En el vestíbulo se encontró con el secretario de Estado de Ribbentrop, Ernst von Weizsäcker, que le aconsejó que hablara claramente a Hitler sobre las intenciones italianas. Mussolini y Ciano estaban en la playa, se quejó Attolico, e inaccesibles, quedando en sus manos la desagradable misión de dar la noticia[40]. A eso de las 17:45, Attolico fue conducido al despacho de Hitler. Transmitió el mensaje y a continuación fue despedido con frialdad. Hitler y su séquito se permitieron un breve estallido de sentimiento antiitaliano, y luego se plantearon qué hacer. A las 17:30, poco antes de la visita de Attolico, el embajador francés, Robert Coulondre, había acudido también a la cancillería, y Hitler, menos sereno de lo que se había mostrado con Henderson, había reiterado su deseo de mantener las relaciones de paz con Francia. Un momento antes de la despedida Coulondre replicó apresuradamente, dando su palabra de exmilitar, que si Polonia era atacada, Francia, con sus fuerzas, se pondría del lado de Polonia. Cuando intentó proseguir, Hitler lo interrumpió: «¿Por qué darle, pues, un cheque en blanco a Polonia?»[41]. Ésas no fueron las únicas incertidumbres a las que de pronto tuvo que hacer frente Hitler esa tarde. El embajador japonés había reaccionado con frialdad ante el pacto germano-soviético, que Japón consideraba una amenaza a su seguridad en el este asiático. El pacto en sí no había sido aún ratificado por Moscú, y aunque era poco probable que Stalin cambiara de parecer, aún quedaba la duda de si el dirigente soviético permanecía atento a lo que ocurría en la crisis (el pacto no se ratificó hasta el 31 de agosto[42]). Por último, a las 18:00 horas, después de marcharse Attolico, Ribbentrop llegó con la noticia de la firma esa misma tarde en Londres de un tratado anglo-polaco.

Según un funcionario de la embajada alemana en Londres, que filtró el hecho al día siguiente, la noticia del tratado cayó en Berlín «como una bomba[43]». Hitler lo interpretó como la respuesta británica al ofrecimiento

que acababa de hacer a Henderson y lo consideró, según un testigo, «una bofetada[44]». Sin duda su impacto fue mayor por los efectos de la difícil hora que Hitler acababa de pasar con Coulondre y Attolico. En Londres se temía que el anuncio del tratado pudiera agravar la situación. Richard Butler, secretario parlamentario de Halifax, advirtió que esa firma «tendría un efecto psicológico negativo en Hitler y echaría por tierra las negociaciones[45]». Después de meses de conversaciones y dos semanas de preparativos, fue en realidad un hecho fortuito que se firmara ese día en particular, pese a que Halifax debía de ser muy consciente de las posibles consecuencias. El embajador polaco en Londres, Edouard Raczynski, llegó al Foreign Office en el correr de esa tarde, y se firmó formalmente el acuerdo de ayuda mutua, dándosele este título para que también Polonia acudiese en auxilio de Gran Bretaña en caso de necesidad. Según dicho acuerdo, cada parte se comprometía a dar todo el «apoyo y ayuda a su alcance» a la otra si se veía atacada por una potencia europea. El segundo apartado del acuerdo estipulaba una ayuda similar si una tercera potencia amenazaba «indirectamente» a uno de los signatarios, y éste respondía mediante el uso de la fuerza. Esta formulación un tanto críptica apareció en la prensa, excluyendo el protocolo más provocador del acuerdo, que establecía que «por el término "potencia europea" se entiende Alemania», y lo de la amenaza indirecta era una alusión a Danzig. Si cualquier otra potencia europea atacaba a uno de estos dos países, el protocolo imponía sólo el compromiso de consultarse[46].

Se produjo una pausa de alrededor de una hora entre la llegada de esta noticia y la decisión de suspender el ataque militar a la mañana siguiente. El ayudante del Aire de Hitler, Nicolaus von Below, oyó a Ribbentrop aconsejar a Hitler que anulase la orden y se plantease todas las repercusiones de lo sucedido esa tarde. Esa noche Goebbels escribió en su diario: «Es necesario anular todas las disposiciones […] todo queda provisionalmente en suspenso[47]». El comandante en jefe del Ejército, el general Walther von Brauchitsch, se presentó ante Hitler para animarlo a proseguir con el «juego político» de localizar el conflicto. A las 19:45, se envió a un oficial a buscar al jefe de estado mayor, en tanto que Wilhelm Keitel, jefe del estado mayor supremo de Hitler, ordenó a un ayudante que

revocase la orden de marcha. Hermann Göring, también presente en la cancillería, preguntó si la guerra se había cancelado o aplazado. «No», contestó Hitler, «tendré que ver si podemos eliminar la intervención de Inglaterra[48]». Al día siguiente continuó la movilización, y lo que habían sido unos cuantos días de despliegue apresurado, pasó a desarrollarse más cuidadosamente. Entre el 25 y el 31 de agosto se apostaron otras veintiuna divisiones de infantería y dos divisiones motorizadas, a la vez que se reforzó el armamento de otras unidades[49]. A partir del 26 de agosto se cerraron todos los aeropuertos alemanes y el espacio aéreo alemán se convirtió en zona restringida. Los diplomáticos tenían que solicitar autorización para salir de Berlín. Las ruedas de la guerra siguieron girando incluso después de suspenderse la orden de combate.

Es difícil calibrar el estado de ánimo de Hitler esa tarde cuando se dio la orden de anulación. Un año antes se había enfurecido al verse obligado a cancelar la invasión prevista de Checoslovaquia. Según observó un ayudante, después de la segunda cancelación, cuando una vez más se retiró públicamente de una guerra que a todas luces deseaba, estaba «irritable, taciturno y cortante[50]». La tensión de la guerra de nervios afectó a su frágil personalidad tanto como a otros. Cuando Burckhardt lo conoció una semana antes, se lo veía más viejo y más pálido: «Se lo notaba asustado y nervioso, hasta daba lástima y a veces parecía casi debilitado». Burckhardt afirmó que el resultado en un futuro cercano dependería en gran medida del «ánimo de Hitler[51]». La decisión de cancelar el ataque tal vez reflejara esta tensión constante, exacerbada de pronto por una acumulación de sobresaltos políticos que pusieron a prueba su determinación. Se sabía que era mal negociador, como dijo Ivone Kirkpatrick, asignado a la embajada británica a mediados de la década de 1930, a Harold Nicolson poco antes de iniciarse la guerra:

> Uno experimenta tal sensación de maligna arrogancia que casi da náuseas […]. La maldad y la traición y la malevolencia asoman a la mirada mística de Hitler. Tiene el exasperante hábito de dar órdenes mediante frases cortantes y sincopadas, acompañando la conclusión con una brusca palmada en la mesa o poniéndose de medio lado en la silla, cruzándose de brazos de pronto con gesto napoleónico y dirigiendo la vista al techo con una expresión de misticismo distante pero sufrido. Su impaciencia es terrible[52].

La crisis que surgió el 25 de agosto se debió en gran medida a la incapacidad de Hitler para entender las artes de la diplomacia y la sutileza política, que no había aprendido después de años de lucha política. En esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido en el *Anschluss* austriaco en marzo de 1938 o las determinaciones que llevaron a los Acuerdos de Munich, no delegó en otros la decisión. Sin embargo, para él no fue fácil tomarla solo. Reconocía que una guerra con las potencias occidentales era una de las posibilidades, pero no hay explicación para sus desesperados esfuerzos por romper la alianza polaco-occidental a menos que su solución preferida fuese la guerra local que tenía planeada. Como se vio, al principio todos estos imponderables fueron excesivos el día en que la guerra debería haber empezado, pero después de la vacilación inicial Hitler no pudo ya exponerse ante sus jefes militares a la humillación de echarse atrás una vez más cuando, al cabo de unos días, tuvo que tomar una decisión.

Al final, el 26 de agosto fue una especie de anticlímax en Berlín. Aunque pronto las potencias occidentales adivinaron que la guerra tenía que haber estallado en esa fecha, aparentemente no lo supieron ese mismo día. Chamberlain, que esperaba noticias sobre el encuentro entre Henderson y Hitler, pensó que ese día podía ser «decisivo», aunque no está claro el motivo[53]. El texto con la propuesta de Hitler ya se había enviado, y Halifax y Chamberlain empezaron a elaborar un borrador de respuesta ya entrada la noche del 25 de agosto. Henderson viajó en avión desde Berlín a Croydon, pero luego se le averió el coche de camino a Londres y no llegó a ver a Chamberlain hasta la una del mediodía. Su informe oral poco añadió a lo que ya se sabía, y el resto del día estuvo dedicado a la redacción de una respuesta satisfactoria, que elaboró primero un reducido grupo en el número 10 de Downing Street, pasó luego al gabinete, y finalmente, a última hora del día, llegó al Foreign Office. No se dio por concluida hasta el 28 de agosto. Las razones por las que se prestó tanta atención a un solo documento son varias: el redactado del texto no debía ofrecer a Hitler la menor oportunidad de sacar provecho; debía mostrar un compromiso absoluto con el tratado polaco; y debía dejar la puerta abierta por si Hitler decidía abandonar la violencia y aceptar una negociación libre y en pie de igualdad[54]. Existía también la sensación de que la propuesta de Hitler

podía representar seriamente el inicio de una marcha atrás. En los titulares del *Daily Telegraph* se leía: NUEVAS CONVERSACIONES EN BERLÍN, ¿CAMBIOS EN LAS EXIGENCIAS ALEMANAS?[55] Ese mismo día llegaron noticias de un consejero de la embajada alemana en Londres que alimentaron aún más la idea de que Hitler habría podido retractarse. En una conversación oficiosa con William Strang, funcionario del Foreign Office, el consejero dijo que podría haber «cierta vacilación en Berlín en lo que se refiere al rumbo que debe seguirse» y «la semilla de un acuerdo» si los polacos no luchaban por Danzig. Strang comentó: «Entiendo que, en su opinión, con una firmeza absoluta (pero no provocadora) por nuestra parte y con prudencia y moderación por parte de los polacos, aún es posible una vía pacífica[56]».

Polonia en medio

27-31 de agosto de 1939

Los cinco días que separaron el ataque alemán anulado de la agresión alemana a Polonia la mañana del viernes 1 de septiembre estuvieron marcados por el creciente optimismo de las potencias occidentales en la convicción de que una política de firmeza obligaría a Hitler a echarse atrás. El riesgo de guerra seguía siendo alto, pero durante los meses anteriores toda la estrategia polaca y occidental se había basado en la idea de la disuasión. Dado que Hitler aparentemente se había arrinconado a sí mismo respecto a la confrontación con Polonia, las potencias occidentales dejaron abierto el camino a la posible negociación, no en la línea de los Acuerdos de Múnich del año anterior, sino en condiciones de igualdad, sin amenazas de violencia o acciones unilaterales.

Esta nueva dirección explica el excesivo tiempo destinado a la redacción de la respuesta al ofrecimiento de Hitler. La carta reiteraba el apoyo de Gran Bretaña a Polonia y su determinación de respetar el compromiso establecido con el tratado anglo-polaco, pero también sostenía que no podían desarrollarse más conversaciones útiles sobre las relaciones germano-británicas antes de zanjarse la cuestión polaca mediante una negociación en pie de igualdad, garantizada por el consenso internacional. En las conversaciones mantenidas en el gabinete y en el número 10 de Downing Street, se hizo lo posible para eliminar la menor insinuación de que el apoyo de Gran Bretaña a Polonia pudiera debilitarse. Se decidió suprimir la frase «Al final, cuando todos hayamos sufrido por igual, poca

importancia tendrá en qué hombros recaiga la responsabilidad inmediata por su inicio». *Sir* John Simon, el ministro del Interior, al comentar el borrador, observó: «No cabrá la menor duda acerca de quién es *exclusivamente* responsable de ésta[1]». El ministro de la Guerra, Hore-Belisha, anotó unos cuantos comentarios sobre la carta para plantearlos ante el gabinete: «Es un farol o no lo es. Si lo es, tenemos razón. Si no lo es, no debemos poner en peligro nuestra postura con la menor concesión por iniciativa propia en el caso polaco». En su opinión, el borrador original de Halifax no era lo bastante firme, y añadió a sus notas: «Estamos preparados para la guerra a menos que él [Hitler] esté preparado para la negociación en condiciones de igualdad[2]». Se aceptaron casi todas las modificaciones orientadas hacia una mayor firmeza, y la carta definitiva, llevada en avión por Nevile Henderson a Berlín a última hora del 28 de agosto, quedó concluida por la tarde. El texto reflejaba los ánimos en el Foreign Office, que Richard Butler, el secretario parlamentario de Halifax, describió como «una absoluta inhibición respecto a presionar a los polacos de cara a la negociación», evidente en todo momento durante los últimos días previos al conflicto[3]. La firmeza, se presupuso, daría sus frutos.

La situación en Francia fue distinta sólo porque Hitler, como no creía probable que el Gobierno francés actuara por su cuenta sin Gran Bretaña, se concentró en distanciar a los británicos de su compromiso. En París afloró además un creciente optimismo basado en los informes regulares de los diplomáticos franceses en Alemania, que afirmaban que la marcha atrás respecto a la declaración de guerra el 26 de agosto reflejaba una creciente debilidad por parte alemana. Según el funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores Boyer de Sainte-Suzanne, el 27 de agosto Robert Coulondre, el embajador francés en Berlín, de visita en París para unas conversaciones, insistió en que: «Uno debe mantenerse firme; Hitler, ante una demostración de fuerza, es un hombre que se viene abajo[4]». Al día siguiente, en París, el optimismo fue en aumento por la convicción de que «Hitler vacila más y más». En el Quai d'Orsay se hablaba de una guerra de nervios, en la que Hitler pugnaba por hallar una vía de escape al dilema polaco. «La moral alemana», observó Boyer el 29 de agosto, «está sucumbiendo; la nuestra, en cambio, se fortalece». Entre muchos funcionarios y ministros franceses, el

talante de firmeza era comparable al de Londres: «Al arriesgarnos a una guerra roja, la guerra seguirá siendo blanca», era la opinión entre los colegas de Boyer[5]. Georges Bonnet interpretó el cambio de ánimo como la oportunidad para un segundo Munich y redobló los esfuerzos para inducir a los italianos a tomar la iniciativa de cara a una nueva cumbre, para convencer a Varsovia de que abandonara Danzig y para invitar a intervenir en favor de la paz primero a Leopoldo III, rey de los belgas, y luego, a Francisco Franco —con pocas esperanzas de éxito—, reciente vencedor de la guerra civil española[6]. Bonnet y sus aliados estaban dispuestos a ir mucho más allá en las presiones a Polonia, pero los *munichois* franceses, los entusiastas de una solución a lo Munich, de quienes Bonnet era el principal portavoz, lo harían sólo porque también ellos estaban convencidos de que quizás era posible que Hitler accediera a acudir a la mesa de negociaciones antes que aceptar la guerra.

Con todo, siguieron adelante los preparativos para un posible conflicto. En Polonia, donde Beck sostenía aún que la firmeza ante la intimidación alemana daría pie a un acuerdo que respetase los intereses polacos, se iniciaron las fases de movilización. El 27 de agosto se movilizaron las restantes unidades de la reserva polaca y al día siguiente se tomaron medidas para «el despeje de las fronteras occidentales», a fin de asegurarse de que las zonas fronterizas estaban listas para la acción militar y la población había sido evacuada. La mañana del 29 de agosto las tropas ocuparon las posiciones avanzadas en preparación de la acción, si bien no se ordenó la movilización general[7]. En Gran Bretaña, el Ministerio de la Guerra ordenó la movilización de 35 000 soldados del Ejército Territorial el 27 de agosto, y al día siguiente se convocó a todas las «partes clave» de la principal fuerza de campaña del Ejército para que éste pudiera desplegarse rápidamente nada más anunciarse la movilización general, cosa que Chamberlain todavía no estaba dispuesto a ordenar por si resultaba ser una provocación excesiva[8]. Se adoptaron otras medidas que reflejaban la gravedad de la situación. Empezaron a retirarse los principales tesoros artísticos de las galerías y los museos londinenses. Esta evacuación cultural venía planeándose desde abril, pero no se aprobó hasta la última semana de agosto. Se asignaron treinta y un camiones al Museo de Historia Natural, el

Museo Victoria and Albert y el Museo de la Guerra Imperial para transportar las piezas más valiosas a las zonas rurales en torno a Londres y al oeste de Inglaterra. A los demás museos y galerías importantes se asignaron ochenta y ocho camiones para transportar tesoros a las principales estaciones de tren de Londres, desde donde se enviaron a casas solariegas de todo el país para su almacenaje[9]. Las autoridades de los museos solicitaron vigilancia policial, en parte por miedo a los ataques del IRA (Irish Republican Army), que en ese momento llevaba a cabo una campaña terrorista en la isla. Cuando las autoridades policiales se negaron a garantizar protección durante todo el traslado, aduciendo que debido a la emergencia bélica tenían cosas más importantes que hacer, los organizadores propusieron suministrar armas al personal de museos y galerías para que pudieran proteger sus valiosos cargamentos. Se denegó la petición y la evacuación se realizó con una mínima protección de seguridad y sin incidentes[10].

Los continuos preparativos reflejaban las incertidumbres de la situación, pero el clima de mayor optimismo no era una simple ilusión óptica. Durante los últimos días de agosto se dio una acumulación de pruebas, muchas proporcionadas por los servicios secretos, para demostrar que Alemania padecía tensiones económicas y políticas y que Hitler actuaba movido por una creciente desesperación ante las circunstancias que él mismo había creado. La imagen ofrecida por los servicios de inteligencia se había formado orgánicamente a lo largo del año transcurrido desde los Acuerdos de Munich. En las potencias occidentales se daba por supuesto que la economía alemana tenía serias dificultades para costear el rearme, financiar el comercio exterior y contener el nivel de vida. Esta argumentación fue determinante a la hora de evaluar las perspectivas alemanas por parte de los servicios de inteligencia franceses y británicos, y pesó en la cabeza de los políticos occidentales cuando buscaron, en los últimos días de la crisis, fisuras en la armadura alemana[11]. Una segunda ilusión óptica, producto también de una larga gestación basada en las evaluaciones de los servicios de inteligencia de la situación política, fue la creciente convicción de que Hitler se enfrentaba a la perspectiva de una grave amenaza política, procedente de los opositores conservadores a su régimen o del seno mismo

del Partido Nacionalsocialista. En medio de los esfuerzos para redactar los sucesivos borradores de la carta a Hitler, llegó a Downing Street la noticia por mediación del jefe del SIS, *Sir* Hugh Sinclair, de que existían nuevas pruebas de disensión entre los miembros del estado mayor alemán y de que Göring estaba actuando en contra de Hitler con el objetivo de encontrar una solución pacífica[12]. El 28 de agosto Sinclair envió a su ayudante, David Boyle, en el mismo avión que Henderson para investigar qué había de verdad en esas afirmaciones. A su regreso al día siguiente Boyle confirmó que existían escisiones en el alto mando alemán, y el Gobierno fue informado de que recaía en Hitler esa nueva presión[13].

La evaluación de la posible resistencia a Hitler se vio alimentada de manera generalizada por la oposición conservadora a la dictadura. Dicha oposición se apoyaba en gran medida en el antiguo jefe del estado mayor alemán, Ludwig Beck, y el antiguo alcalde de Leipzig, Carl Goerdeler, quienes acabaron pagando con sus vidas el fallido complot del 20 de julio para asesinar a Hitler cinco años después. Estuvieron implicados varios destacados conservadores alemanes, incluido el anterior ministro de Economía de Hitler, Hjammar Schacht, y el anterior embajador alemán en Italia, Ulrich von Hassell. Pero también había conservadores afines a la oposición que colaboraban estrechamente con el aparato del Estado, en especial el secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Ernst von Weizsäcker, el jefe de estado mayor, el teniente general Franz Halder, el jefe de la contrainteligencia alemana, el almirante Wilhelm Canaris, y el jefe de la sección de Armamento y Economía para la Defensa en el cuartel general, el general de división Georg Thomas. Sin embargo, su oposición era limitada y condicional[14]. En la última semana de la crisis, este grupo, que no constituyó un partido ni una verdadera conspiración, también albergó la esperanza, junto con los líderes de las potencias occidentales, de que la firmeza abriese al menos la puerta a la negociación o, en el mejor de los casos, provocase el desmoronamiento del régimen de Hitler.

La oposición esperaba alcanzar una solución que descartase por completo la guerra. En Alemania intentó encontrar maneras de convencer al régimen o a la jefatura militar de que el riesgo de una guerra general era

demasiado grande. El general Thomas redactó un memorando para Hitler que contrastaba de manera poco favorable (pero no inexacta) el poderío económico y militar de las potencias occidentales, incluido Estados Unidos, con la posición material de Alemania. Lo presentó el domingo anterior al inicio de la guerra, el 27 de agosto. Cuando el jefe del estado mayor, Wilhelm Keitel, enseñó el memorando a Hitler, éste respondió, como luego recordaría Thomas, aduciendo que no compartía la preocupación «por el peligro de una guerra mundial» ya que la alianza soviética garantizaba una guerra local[15]. También se realizaron esfuerzos destinados a convencer a Halder y al comandante en jefe del Ejército, Walther von Brauchitsch, de la necesidad urgente de poner freno a la tendencia de Hitler hacia la guerra, pero los dos altos mandos se negaron a recibir a los escépticos. El 26 de agosto Von Hassell pidió a la prima de Brauchitsch que hablara con su distinguido pariente, y ella telefoneó a Von Hassell al día siguiente para comunicarle que ya lo había hecho, pero que su primo se había limitado a mirarla fijamente en silencio[16]. Schacht y otros opositores también intentaron interceder directamente con la jefatura del Ejército la tarde en que se suspendió el inicio de la guerra, pero se les denegó el acceso. En lugar de eso, uno de ellos, el oficial de contrainteligencia Hans Oster, llegó del Ministerio de la Guerra con la noticia de que la orden de marcha se había revocado. Hans Gisevius, uno de los que esperaban fuera, recordó más tarde que Oster interpretó esta decisión como una importante victoria para la paz: «El Führer está acabado», dijo Oster. «Ahora sólo es una cuestión de cómo y cuándo: ¿cómo quitarse de encima a este impostor desenmascarado con el menor conflicto posible y la mayor elegancia?»[17]. A lo largo de la semana siguiente, escribió Gisevius en sus memorias, reinó un ambiente de apatía en la oposición de Berlín. «Ya nadie pensaba en la guerra», escribió. «Todo el mundo creía que estaba a punto de iniciarse una semana de negociaciones[18]».

Para asegurarse de que los británicos y franceses se mantenían firmes, los conservadores no cejaron en sus esfuerzos para explicar a sus contactos extranjeros la situación interna en Alemania. El 27 de agosto llegó al Foreign Office Reinhold Schairer, un amigo de Goerdeler, con un mensaje de éste, que se hallaba en Oslo, para informar de las opiniones entre los

jefes del Ejército en Alemania. Goerdeler observó que «el eje Roma-Berlín-Tokio se ha roto por completo», pero también que Hitler confiaba aún en que Gran Bretaña y Francia no entrarían en guerra. El acta de la discusión con Schairer concluía: «Gran Bretaña y Francia deben mantenerse firmes a toda costa. Si lo hacen, Hitler instará a una cumbre como último recurso[19]». Al cabo de dos días, el 29 de agosto, Malcolm Christie transmitió a Londres las impresiones de su contacto principal, llamado en clave «Caballero», quien sostenía que «en la actualidad el prestigio de Hitler ante el pueblo alemán ha caído más que en cualquier otro momento desde antes de la marcha sobre Renania». «Caballero», según informó Christie, creía que Hitler titubeaba y faroleaba e instó a Londres a no hacer concesiones: «Hemos minado su posición; manténganla así». Un segundo contacto en Suiza, Isaak Jammerbein, dijo a Christie que en Alemania había claros indicios de malestar —disturbios por la falta de alimentos en las ciudades y desagradables escenas en las estaciones donde los reservistas eran llamados a filas— y volvió a insistir en la política de firmeza[20]. El 30 de agosto Goerdeler en persona mandó un telegrama al Foreign Office insistiendo en que LA ACTITUD DEL PRINCIPAL GERENTE [Hitler] ESTÁ DEBILITÁNDOSE. PERMANEZCAN COMPLETAMENTE FIRMES. NADA DE CONCESIONES[21]. Todos estos informes obedecían más a los deseos que a la realidad.

Los británicos concedieron mayor atención a las señales de que tal vez hubiera escisiones que aprovechar en la dirección del Partido Nacionalsocialista. Durante un tiempo se había creído que el mariscal de campo Hermann Göring, jefe de las Fuerzas Aéreas alemanas, plenipotenciario para el plan cuatrienal de la economía alemana y considerado en general como segundo de Hitler, tal vez llevara a cabo una especie de golpe político que podía utilizarse para inducir a Hitler a aceptar una solución política. En agosto de 1939 se abrió una vía inusitada que permitió a los dirigentes británicos aprovechar esta posibilidad. A principios de ese mes, un hombre de negocios sueco, Birger Dahlerus, organizó una reunión entre varios contactos británicos y Göring en una casa de Schleswig-Holstein, cerca de la frontera danesa. En sus memorias acerca de su actividad diplomática *amateur*, Dahlerus confesó que durante mucho

tiempo había acariciado el deseo de unir a los pueblos británico y alemán para evitar toda posibilidad de una segunda gran guerra y había pensado que Göring, a quien conocía desde hacía unos años, y que parecía compartir este deseo, sería el más indicado para intervenir desde el lado alemán. Cuando Dahlerus se reunió con Halifax el 25 de julio a fin de explicar su plan, el ministro de Asuntos Exteriores británico se negó a involucrar al Gobierno pero deseó que el proyecto llegara a buen puerto. La reunión tuvo lugar entre los días 6 y 8 de agosto, y Dahlerus, estimulado por la favorable reacción de Göring a la idea de una reunión, buscó la manera de obtener el apoyo oficial británico. Dahlerus escribió después que pasó día y noche intentando conseguir que los británicos se planteasen la posibilidad de una reunión: «Para mí era inexplicable», escribió, «que, con lo que había en juego, ni una sola persona firmemente resuelta intentara forzar una reunión del gabinete […] y durante todo este tiempo el mariscal de campo esperaba a que se le informara si los ingleses estaban interesados». La situación cambió sólo después del pacto germano-soviético. Al final Lord Halifax accedió a reunirse con Dahlerus la tarde del 25 de agosto; le dio las gracias por sus esfuerzos y luego le dijo que, como las negociaciones estaban en curso, su «ayuda no sería ya necesaria[22]».

Aun así, Dahlerus persistió, y al día siguiente convenció a Halifax de que escribiera una carta personal a Göring haciendo hincapié en el deseo de paz de los británicos. A continuación, Dahlerus viajó a Berlín y entregó la carta, y a primera hora del 27 de agosto Hitler lo invitó por primera vez. De la posterior conversación, Dahlerus recordó la queja de Hitler: «Como un pretendiente fracasado, no había escatimado esfuerzos para instar repetidamente a Downing Street a la colaboración, pero todo había sido en vano[23]». Imploró a Dahlerus que regresase a Londres para animar a los británicos a aceptar su propuesta de acuerdo y una garantía al Imperio, y al día siguiente Dahlerus se reunió con Chamberlain y Halifax, quienes le entregaron una nota privada para llevar a Berlín con los mínimos que los británicos aceptarían. La nota contenía en esencia los mismos puntos que la carta que en ese momento se redactaba para que Henderson se la entregara a Hitler. Dahlerus fue llevado a escondidas al aeropuerto de Heston y regresó

a Alemania. En ese momento su diplomacia secreta extraoficial se hallaba en el centro de la historia mundial, o eso creía él.

Es difícil saber exactamente qué esperaban las dos partes de las conversaciones de Dahlerus. Él era un emisario poco convencional, y su intervención casi con toda seguridad empeoró las cosas, ya que convenció a Chamberlain y Halifax de que el acceso a Göring representaba una verdadera escisión en la alta política alemana, al tiempo que convenció a Hitler de que si los británicos estaban tan desesperados como para comunicarse extraoficialmente, debía ponerse en tela de juicio su predisposición final a apoyar a Polonia. Al bando británico le costaba tomarse en serio a Dahlerus. El Foreign Office enseguida lo apodó «Morsa». Richard Butler lo consideraba un «hombrecillo honrado», pero fuera de su elemento en un mundo donde los asuntos internacionales no podían tratarse como si fueran «elementos en disputa en una transacción comercial[24]». Los dirigentes británicos no informaron a los franceses de estas conversaciones, y las ocultaron en la medida de lo posible. Dahlerus sólo fue útil como barómetro de las actitudes alemanas. Más tarde el Foreign Office lo desechó por considerarlo un «archi-apaciguador[25]». En el bando alemán, los motivos son más complejos. Göring no estaba a punto de llevar a cabo un golpe de Estado contra su superior, pero casi sin duda deseaba evitar por todos los medios una guerra general y veía con tan buenos ojos como Hitler la idea de un posible acuerdo con Gran Bretaña. También es probable que Göring estuviera molesto por el éxito de Ribbentrop con el pacto germano-soviético y esperase superarlo asegurándose un acuerdo británico. Su vínculo con Dahlerus explica la decisión de Hitler de animar a Göring después del 25 de agosto a añadir presión a los británicos para aumentar sus vacilaciones ante la guerra. El interés de Hitler en Dahlerus residía únicamente en que representaba otro hilo que mover en su breve intento de desarticular la alianza contra él[26]. La estratagema consiguió crear una distracción en una coyuntura diplomática crítica. En fecha tan tardía como el 31 de agosto, la víspera del ataque alemán a Polonia, el anuncio de la creación de un Consejo de Defensa del Reich con Göring al frente despertó la esperanza repentina en

la embajada británica de Berlín de que en el último momento se hubiese producido el golpe para derrocar a Hitler[27].

En realidad, Dahlerus era una pieza superflua en el juego de más alto nivel que se desarrolló en los últimos días de paz. En las iniciativas del bando occidental Hitler vio sólo una prueba más de que la amenaza de una guerra europea general podía evitarse. Casi inmediatamente después de anularse el ataque, ordenó los preparativos para un segundo plan de invasión. El 27 de agosto Halder dijo al intendente general que la fecha más temprana en que podía concluirse la movilización otra vez era el jueves, 31 de agosto, aunque esperaba que para entonces los británicos hubieran sido arrastrados a un acuerdo[28]. El 28 de agosto, Hitler confirmó que el ataque empezaría la mañana del 1 de septiembre, mientras las tropas alemanas abandonaban de nuevo sus posiciones de descanso. Bernd Engelmann, un joven militar que había coqueteado con la resistencia socialista a principios de los años treinta, se vio despertado una mañana por la sirena de movilización y la orden de abandonar el cuartel. Jactanciosamente, su compañero exclamó: «¡Ya se ha guisado el ganso polaco! La semana que viene estaremos en Varsovia, y luego seguiremos hacia el este». Sin embargo la unidad fue destinada a un pequeño hotel a orillas del Rin, donde esperaría órdenes. Todo se realizó sin el menor contacto por radio, y como Engelmann formaba parte de la unidad de señales, no tenía nada que hacer excepto alguna que otra visita a la ciudad cercana, donde vivían unos parientes suyos, todos convencidos de que esta vez «la guerra era inminente[29]».

Después de la repentina decisión de suspender el ataque el viernes anterior, Hitler aprovechó todas las oportunidades para difundir que a la hora de la verdad Gran Bretaña y Francia no irían a la guerra, aun si llevaban la crisis hasta sus últimas consecuencias, opinión reiterada por Ribbentrop. Un ayudante militar de Hitler comentó en su diario que éste sólo pretendía resolver la cuestión polaca: «Con los demás no deseaba en absoluto la guerra[30]». Goebbels encontró a Hitler «muy confiado»; la clave estaba en «adoptar una postura y conservar la sangre fría[31]». Durante los siguientes cuatro días de paz, Hitler perseveró en el objetivo no sólo de aislar a Polonia, sino también de asegurarse de que los polacos aparecieran

como los culpables por rechazar las propuestas alemanas. Una vez más el propósito era crear las circunstancias que impidieran a Francia y Gran Bretaña respetar sus compromisos. Un diplomático más hábil habría sabido sacar provecho a esta estrategia, pero todo cuanto hizo Hitler durante este breve periodo en que intentó llevarla a la práctica empeoró la situación en lugar de mejorarla. El punto de partida para el último juego diplomático fue la carta de Londres enviada a Hitler por mediación de Henderson en contestación a su propuesta del 25 de agosto. Cuando el embajador británico por fin entregó la carta la tarde del 28 de agosto, Polonia quedó claramente en medio una vez más.

En la desesperada diplomacia de los días posteriores al pacto germano-soviético, Polonia había entrado cada vez menos en los cálculos de los estados occidentales. La carta a Hitler reafirmaba la trascendencia de Polonia y dejaba claro una vez más que las relaciones germano-polacas seguían siendo la clave para la guerra o la paz. El 28 de agosto Halifax pidió al embajador británico en Varsovia, *Sir* Hugh Kennard, que preguntara a Beck si los británicos podían comunicar a Berlín que el bando polaco estaba dispuesto a iniciar conversaciones. Esta decisión debe verse no como los primeros y vacilantes pasos hacia un nuevo acuerdo de Munich, sino como señal de que el Gobierno británico creía que la predisposición de Hitler a hablar podía dar una idea de su predisposición a renunciar a la guerra, opinión que difícilmente podía apoyarse en el historial previo de Hitler, a excepción hecha de Munich. No obstante, el Gobierno polaco se animó al ver que el Gobierno alemán estaba dispuesto a dialogar, interpretándolo como posible señal de un cambio de clima, y Beck accedió a la petición británica. El 29 de agosto Beck reunió a un grupo de funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores en su casa de Varsovia a fin de elegir a un plenipotenciario polaco para las conversaciones con Alemania y decidir dónde debía celebrarse la reunión. Se acordó que los negociadores polacos no irían a Berlín bajo ninguna circunstancia. En lugar de eso, los funcionarios recomendaron reunirse en un pueblo cerca de la frontera entre Polonia y Alemania, quizás en un vagón de tren a fin de prevenir todo intento por parte de los alemanes de intimidar a los delegados polacos. El papel del principal negociador polaco recayó finalmente en el

embajador en Alemania, Józef Lipski[32]. A continuación, el Gobierno polaco aguardó el resultado de la conversación entre Hitler y Henderson programada para esa tarde. Mientras tanto, la decisión de ordenar una movilización general se aplazó por si eso incidía en la posibilidad de negociación. Hasta las tres de la tarde del 30 de agosto, cuando se puso de manifiesto que las conversaciones podían romperse, no se dio la orden. La movilización se anunció al pueblo polaco dos horas más tarde. El Ejército polaco había perdido un tiempo valiosísimo en los preparativos para el ataque alemán[33].

Durante los tres últimos días de la crisis previa a la guerra la atención recayó en un hombre muy poco acostumbrado a estar en primer plano. En general, durante los últimos meses de paz, se había considerado a Nevile Henderson una mala influencia, un apaciguador empeñado a toda costa en evitar la guerra con Alemania y un emisario reacio. «La responsabilidad de mi pequeño cometido en Berlín», escribió a Horace Wilson en mayo de 1939, «es mayor que mi capacidad, y no puedo evitar sentir un probando pesimismo[34]». Henderson nunca ocultó el hecho de que consideraba un error la garantía polaca ya que reducía por completo el margen de maniobra británico. Tampoco estaba tan seguro como el Gobierno de Londres de que existiera una posibilidad real de evitar el conflicto. «Mi convicción», escribió a Halifax a primeros de agosto, «es que Hitler, arrinconado, optará por la guerra[35]». Pero Henderson estaba tan poco dispuesto a dar a Hitler carta blanca contra Polonia como sus superiores políticos en Londres, y sus tres días de negociación a finales de agosto acerca de la posibilidad de una tregua y una reunión entre Alemania y Polonia demostraron que incluso los partidarios del apaciguamiento tenían claros límites. El 28 de agosto Henderson llegó en coche a la cancillería del Reich desde la embajada británica. No pudo ir hasta las diez y media de la noche porque fue necesario traducir la respuesta británica. Lucía un clavel rojo en la solapa, cosa que había hecho a diario durante su estancia en Berlín como embajador, excepto los tres días anteriores a la crisis de Munich, momento en que, como dijo a los periodistas alemanes, le pareció «inadecuado». El jefe de la cancillería de Hitler, Otto Meissner, dio la bienvenida a Henderson y manifestó evidente alivio al ver la flor[36]. Esa noche Hitler

estaba «tranquilo, incluso conciliador», pensó Henderson. Hitler aceptó la carta y pasada una hora, el tiempo que Henderson empleó en intentar persuadirlo de la conveniencia de llegar a un acuerdo con Polonia, prometió dar una respuesta al día siguiente.

Durante todo el 29 de agosto creció la esperanza de que se hubiese creado una posibilidad real para la negociación. «Estamos en el punto culminante de la crisis», escribió en su diario un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores francés[37]. Mientras en Varsovia se ultimaban los preparativos para el inicio de las negociaciones, los dirigentes británicos pensaron que la última información secreta llegada de Berlín dejaba patente las vacilaciones de Hitler, ante la perspectiva de disensiones internas y la firmeza de las potencias occidentales. Dahlerus telefoneó a Halifax desde Berlín para decirle que «consideraba que la situación era satisfactoria», y en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán el antibelicista Ernst von Weizsäcker percibía un «optimismo mayor[38]». Pero cuando Henderson regresó a la cancillería para reunirse con Hitler esa tarde a las 19:15 horas, el ambiente era muy distinto del que se respiraba la noche anterior. Hitler le entregó la respuesta alemana y Ribbentrop y él, quedándose de pie, observaron a Henderson mientras la leía. Las exigencias que contenía eran una base inaceptable para cualquier conversación: la devolución de Danzig y de todo el territorio del Corredor polaco, salvaguardas para las otras minorías alemanas residentes en Polonia, y la necesidad de dar cabida a la Unión Soviética en cualquier acuerdo respecto a Polonia. Al final de la respuesta se incluía la exigencia de que el Gobierno polaco enviase a un negociador con plenos poderes para la firma del documento al día siguiente, el 30 de agosto. Henderson contestó airadamente que esta última petición «sonaba a ultimátum». Hitler lo negó, y el resto de la reunión, como recordó Henderson más tarde, tuvo un «cariz un tanto tempestuoso». Al salir del edificio, Henderson comentó a Meissner que probablemente, se temía, nunca más volviese a ponerse un clavel en Alemania[39].

Al día siguiente la crisis alcanzó su clímax. Henderson comunicó a Londres por teléfono los resultados de su encuentro con Hitler. «La cosa pintaba mal», comentó después Halifax; empezó a preparar de inmediato el borrador de una respuesta en términos ásperos. Henderson recibió una

contestación preliminar a las cuatro de la madrugada, que explicaba que era poco razonable exigir un plenipotenciario polaco en el plazo de veinticuatro horas. A lo largo de la jornada se sucedieron otras cartas invitando al Gobierno alemán a poner fin a la guerra de nervios y la violencia dirigida contra Polonia y remitir una invitación formal al embajador polaco para que su Gobierno contemplase un conjunto de propuestas bien definidas por escrito. No se presionó al Gobierno polaco para que accediese, y Varsovia no hizo nada, ya que no llegó ninguna solicitud formal del lado alemán pidiendo un negociador. La situación se volvió aún más confusa a causa de otra intervención de Göring, que envió a Dahlerus a Londres con una nueva propuesta: un plebiscito en el Corredor polaco en lugar de la anexión directa. Esto también podía interpretarse como prueba de incertidumbre alemana. Halifax dejó claro que no podía admitirse ninguna exigencia que se redujera a una «réplica del modelo checoslovaco[40]». Se pidió a Dahlerus que telefonease a Göring directamente para saber si se aceptaría un lugar de encuentro fuera de Alemania. Dado que una sugerencia probable era una ciudad italiana, el ministro de la Guerra pidió a Halifax que se asegurara de que la reunión, en caso de producirse, no se celebrase en territorio del Eje[41]. Göring rechazó la idea de plano, insistiendo una vez más en que debía llegar un emisario polaco en el plazo de veinticuatro horas e ir a Berlín, «donde estaba el canciller». Dahlerus regresó a Alemania por última vez. «No puedo evitar el pensamiento», escribió en su diario Alexander Cadogan, el subsecretario de Halifax, «de que los alemanes están metidos en un buen aprieto[42]».

Al final del día la situación había llegado a punto muerto. Henderson pidió audiencia con Ribbentrop y fue invitado al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán a las 23:30 horas. Retrasó su llegada hasta recibir descifrada la última carta procedente de Londres; en ésta se reiteraba de nuevo la conveniencia de contención por ambas partes y se planteaba la necesidad de que los alemanes garantizasen el final de toda amenaza de violencia. Henderson se reunió con Ribbentrop a medianoche, encuentro que daría pie a un célebre enfrentamiento. Mientras Henderson leía en voz alta las propuestas británicas, Ribbentrop se levantaba una y otra vez con airadas protestas, cruzando los brazos y preguntando a Henderson si había

terminado ya. Al embajador se le agotó la paciencia y los dos hombres se acaloraron cada vez más. Paul Schmidt, el intérprete jefe, escribió más tarde que Henderson perdió la «calma, esa actitud reservada típicamente inglesa». Enrojeció y empezaron a temblarle las manos[43]. Cuando Henderson comentó que, según había sabido su Gobierno, los alemanes estaban cometiendo actos de sabotaje en Polonia, Ribbentrop se puso en pie de inmediato. «Eso es una mentira descarada del Gobierno polaco», vociferó. «¡Puedo asegurarle, *Herr* Henderson, que esta condenada situación es gravísima!». Henderson señaló a Ribbentrop blandiendo el dedo y contestó a voz en grito: «¡Incluso ha dicho "condenada"! Ésa no es manera de hablar propia de un hombre de Estado en una situación tan grave». Los dos se miraron con furia, respirando entrecortadamente. Más adelante, Schmidt escribió que nunca había visto nada semejante, y se preguntó cuál sería su trabajo si se abandonaban las palabras a favor de los golpes, cosa que esperaba que sucediera de un momento a otro[44].

Al cabo de unos minutos los dos hombres recobraron la compostura. A continuación Ribbentrop sacó su propio documento, una lista de dieciséis artículos con las exigencias alemanas para Polonia. Las leyó, según recordó Henderson, a toda prisa con tono airado y desdeñoso, de modo que al embajador le fue imposible comprender con claridad en qué consistían las propuestas. En sus memorias, escritas en la cárcel de Núremberg en 1946, Ribbentrop negó haber hablado con ira o deprisa: Schmidt recordó que Ribbentrop las leyó con toda normalidad, intercalando a la vez explicaciones[45]. Casi con toda seguridad Henderson estaba demasiado alterado por la discusión para escuchar atentamente lo que decía Ribbentrop. Cuando éste hubo terminado, Henderson pidió el texto del documento para poder transmitir su contenido a Londres y Varsovia, pero Ribbentrop se negó con desprecio. Tiró el papel a la mesa ante él y anunció que, como no había llegado ningún plenipotenciario polaco en el plazo estipulado, las propuestas alemanas eran ya redundantes. Henderson salió de esta acalorada reunión, escribió más tarde, «convencido de que se había esfumado la última esperanza de paz[46]». La esencia de esos «dieciséis puntos» fue transmitida finalmente por Dahlerus a la mañana siguiente, a instancias de Göring, pero el texto íntegro no se entregó formalmente hasta

las 21:15 del 31 de agosto, momento en el que el ataque a Polonia estaba a punto de iniciarse. El embajador polaco en Berlín trató de reunirse con Hitler y Ribbentrop por si quedaba alguna posibilidad de diálogo, pero no lo recibieron. Por fin esa misma tarde, pocas horas antes, a eso de las seis, pudo ver a Ribbentrop durante unos minutos, pero cuando dijo que no tenía atribuciones para llegar a acuerdo alguno, lo despacharon. Se cortó la comunicación telefónica entre Berlín y Varsovia[47].

A lo largo de los días en que las perspectivas de una auténtica negociación se exploraron infructuosamente, la impresión de quienes se hallaban fuera del estrecho círculo de negociadores y también de la opinión pública fue cada vez más optimista. Casi nada de lo que se debatía realmente a nivel diplomático, oficial o extraoficialmente, podía hacerse público, y los rumores acerca de los titubeos alemanes alimentaron a la vez el optimismo y la incertidumbre. Henry «Chips» Channon reflejó este ánimo en la entrada de su diario del 30 de agosto: «Hemos estado todo el día en un vaivén Guerra-Paz-Guerra[48]». El general Ironside dijo al parlamentario Edward Spears que ahora el propio Chamberlain opinaba que «no habría guerra»; Lord Chatfield, el ministro británico para la coordinación de la defensa, con un aspecto «muy alegre», comentó a otro parlamentario que Hitler revelaba «claras muestras de debilitamiento[49]». A Harold Nicolson le dijeron que el embajador polaco en Londres pensaba que «las cosas iban de perlas», y el ambiente en la Cámara de los Comunes era, en opinión de Nicolson, «alegre» como no lo había sido desde hacía días[50]. La población mostró también un creciente optimismo. Un diario escrito por una colegiala como parte del sondeo de la organización de investigación social Mass Observation pocos días después contaba la siguiente escena tras su llegada al colegio: «El ambiente general era optimista. Se oyeron murmullos de asentimiento cuando la señorita de historia afirmó que "eso de la evacuación fue un brillante golpe propagandístico del señor Chamberlain. Fue solo una treta para conseguir que Hitler se sometiera. Ahora ya no hay posibilidad de guerra[51]"».

En Francia el ambiente también osciló entre la expectativa de guerra y la esperanza de acuerdo. Los círculos políticos franceses estaban incluso más alejados de la ronda de diplomacia final y los rumores encontraron un

terreno bien abonado. Se veía con optimismo el hecho de que los dirigentes italianos hubieran dado claras muestras de que Italia permanecería neutral en cualquier conflicto venidero, poniendo fin al peligro de una guerra en dos frentes, pese a que incluso esta noticia distara mucho de ser segura. No obstante, el 30 de agosto reinaba el pesimismo en el Ministerio de Asuntos Exteriores francés, y circularon rumores sobre un repentino ataque aéreo alemán contra Londres, París y Varsovia. La opinión imperante fue que debía ponerse límite a toda costa a la amenaza de Hitler. «Basta ya», escribió André Maurois en un artículo en *Le Figaro*. «No queremos que la violencia, el odio y las mentiras se consideren las mayores virtudes. Basta ya[52]». Sin embargo, el 31 de agosto se difundió el rumor de que se habían acordado unas condiciones aceptables entre Polonia y Alemania. Maurois y sus amigos «pensaron que se había ganado la partida» y volvieron a casa, «locos de alegría[53]». El empeño de Bonnet en utilizar la perspectiva de negociación entre Polonia y Alemania como un puente más para la solución pacífica fue no obstante rechazado por la mayoría de los políticos franceses, que lo consideraron una especie de preparativo para un segundo Múnich. La noche del 31 de diciembre Daladier convocó una reunión del gabinete para definir la postura francesa. Durante la sesión dio la espalda deliberadamente a Bonnet para poner de manifiesto la brecha que existía ahora entre la línea dura y los *munichois*. En un momento crítico de la discusión, Daladier optó por leer ante los presentes una carta de Robert Coulondre, el embajador francés en Berlín, que en realidad había recibido hacía seis días. «La prueba de fuerza redunda en beneficio nuestro», leyó Daladier en voz alta. «Lo único necesario es resistir, resistir, resistir». Como se vio, la carta fue un punto de inflexión en la discusión y puso fin a las esperanzas de acuerdo de Bonnet. En Francia seguía imperando la idea de que aquello era en realidad un farol de Hitler y al final la demostración de firmeza lo disuadiría[54].

La ambivalencia ante la posibilidad real de guerra en ambos estados se hallaba en marcado contraste con la situación en Berlín. La intención de Hitler al alentar nuevas conversaciones, tanto formales como informales, era crear precisamente esa sensación de incertidumbre, pero en esos momentos estaba más seguro que antes en su propósito de librar una guerra. La aparente predisposición a aceptar negociaciones era una estratagema,

concebida para demostrar que, al no presentarse ningún negociador polaco, Alemania tenía la razón de su lado. Incluso el papel de Göring, fueran cuales fuesen sus temores personales sobre la intervención de las potencias occidentales, fue manipulado para crear la mayor confusión posible. Bajo presión, Göring, al igual que Hitler, consideraba la devolución de Danzig, el acuerdo sobre el Corredor polaco y el emplazamiento de un representante polaco casi sin previo aviso, condiciones mínimas. La escena final entre Henderson y Ribbentrop dejó bien claro que por parte alemana no se había contemplado la perspectiva de una verdadera negociación. Por el contrario, el intervalo entre la cancelación y la invasión final de Polonia el 1 de septiembre se utilizó para bombardear al público alemán con propaganda incendiaria contra los polacos. Los detalles de las «atrocidades» polacas fueron exagerados por la prensa alemana; se dio publicidad a supuestos informes de que los alemanes residentes en Polonia habían sido castrados. La finalidad de todo esto era asegurarse de que el mundo exterior comprendiera el *casus belli* alemán, y que el pueblo alemán entrara en guerra con Polonia con entusiasmo suficiente después de años acostumbrados a victorias incruentas alcanzadas mediante amenazas, intimidación y faroles.

Durante los últimos días de paz, Hitler también ordenó los preparativos para iniciar lo que sería una «guerra racial» en el este. El jefe de la policía y de las SS, Heinrich Himmler, fue acusado de crear grupos de acción especiales (*Einsatzgruppen*) que entrarían en Polonia después de los soldados para acorralar a la elite política, cultural e intelectual polaca y asesinarla. Los planes habían empezado a trazarse en julio y se dictó una disposición en agosto[55]. A finales de ese mes se habían creado cinco grupos, cada uno asignado a un Ejército alemán, para llevar a cabo la Operación Tannenberg. Poco después del inicio de las hostilidades, se crearon otros dos grupos. Además, se asignaron veinte mil miembros de la fuerza policial regular a servicios de seguridad en Polonia para contribuir al proceso de «pacificación». Durante los primeros días de la invasión, estas fuerzas de seguridad asesinaron a polacos étnicos y judíos polacos, incendiaron sinagogas y detuvieron o eliminaron a soldados polacos que habían perdido el contacto con sus fuerzas en retirada. La eliminación de la

elite polaca debía allanar el camino a la germanización de las zonas conquistadas[56]. El conflicto concebido por Hitler, que destruiría el Estado polaco, no partía de la diplomacia o de una estrategia militar, sino de las prioridades raciales del régimen a la hora de establecer el «espacio vital» alemán y unir al nuevo Reich a todos los alemanes étnicos del este[57].

Horas antes, ese mismo día, el 30 de agosto, Hitler se reunió con Keitel y Brauchitsch para autorizar los preparativos de un ataque que comenzaría a las 4:45 de la madrugada del 1 de septiembre. Se reunió asimismo con Albert Forster, el líder nacionalsocialista de Danzig, y comentó con él las disposiciones para la toma de la ciudad al cabo de dos días[58]. Hitler tenía la firme determinación de no abandonar la guerra por segunda vez. Algunos de los principales dirigentes del partido dudaban de que el conflicto se restringiese a una guerra local. Göring se quejó a Goebbels de que no habían reconstruido Alemania en seis años «para arriesgarlo todo en una guerra[59]». Goebbels observó en su diario que el riesgo parecía mucho mayor de lo que creía Hitler, pero volvieron a decirle: «El Führer no cree que Inglaterra intervenga[60]». Al mediodía del 31 de agosto Hitler publicó la «Disposición n.º 1 para la dirección de la guerra» y a las cuatro de la tarde dio a las Fuerzas Armadas la orden de atacar. Dijo a Halder que «Francia e Inglaterra no van a ponerse en marcha» y aseguró a Brauchitsch que aquélla iba a ser una guerra «local», idea en la que insistió el general cuando lo presionó Weizsäcker para que intentara prevenir la catástrofe. «¿Es que no lee los periódicos?», preguntó Weizsäcker, a lo que Brauchitsch contestó con un gesto de indiferencia[61]. Al general Wilhelm von Leeb, mientras preparaba una posible defensa en la frontera occidental alemana, también se le dijo que Brauchitsch creía que no habría guerra en el oeste y esperaba que fuera un conflicto local. Tanto es así que el 2 de septiembre Brauchitsch telefoneó a Von Leeb con la noticia de que los embajadores británico y francés no habían sido retirados y que en su opinión «las naves no se habían quemado del todo» en la guerra de nervios que libraba Hitler con las potencias occidentales[62].

Las fuerzas alemanas ocuparon sus puestos durante la noche del 31 de agosto. A fin de disponer de una justificación falsa para la guerra, Reinhard Heydrich, subalterno de Himmler y jefe de la policía de seguridad, organizó

una operación especial. A primeros de agosto había emplazado a varios altos oficiales de las SS a una reunión en el salón de baile del hotel Oberschlesien en el pueblo alemán de Gleiwitz, cerca de la frontera polaca. Les dijo que debía encontrarse la manera de presentar a Polonia como agresora cuando estallase la guerra. El plan, aprobado por Hitler, consistía en orquestar un falso ataque polaco a la aduana de Hochlinden, el pabellón forestal de Pitschen y la emisora de radiodifusión de Gleiwitz. Heydrich nombró a un oficial del Servicio de Seguridad (SD), Alfred Naujocks, para comandar la incursión. Se pidieron uniformes polacos al almirante Canaris, jefe del servicio de contrainteligencia, y se eligió a seis prisioneros del campo de concentración de Sachsenhausen para vestirlos de soldados polacos y tirotearlos. Durante la tarde del 31 de agosto, Heydrich telefoneó con la clave «¡La abuela ha muerto!» para dar la orden de inicio de la operación. A última hora de la tarde los oficiales de seguridad alemanes ocuparon la emisora de Gleiwitz y simularon un breve programa radiofónico polaco. Las tropas alemanas fingieron devolver el fuego. Los cadáveres de los seis prisioneros quedaron tendidos en el puesto de aduanas de Hochlinden. La Gestapo proporcionó otro cadáver, el de un alemán propolaco de Silesia, Franz Honiok, detenido el día anterior. Su cuerpo acribillado fue abandonado ante la puerta de la emisora, el primer acto de barbarie en una guerra bárbara[63].

¿Una guerra local o una guerra mundial?

1-3 de septiembre de 1939

A las 4:45 de la madrugada, el buque escuela alemán *Schleswig Holstein*, anclado frente al puerto de Danzig, abrió fuego contra la fortificación polaca de Westerplatte, con lo que se dio inicio a la Segunda Guerra Mundial. El buque había zarpado de Alemania el 23 de agosto y llegó a Danzig dos días después, teóricamente en visita de buena voluntad, pero en realidad para que estuviese en su posición al empezar la guerra el 26 de agosto. El buque se vio obligado a permanecer allí durante otros seis días hasta que por fin llegó la palabra clave «Pesca» y pudo iniciarse la toma de Danzig. Quince minutos después de empezar el ataque, el nacionalsocialista Albert Forster, declarado anticonstitucionalmente autoridad máxima de Danzig el 24 de agosto, anunció por radio la reunificación de la ciudad con el Reich alemán. Doblaron las campanas de las iglesias y se enarboló una enorme esvástica en el Ayuntamiento. Oficiales de la Gestapo, con el apoyo de hombres de las SS y las SA, detuvieron a funcionarios, profesores y sacerdotes polacos, valiéndose de listas preparadas de antemano, y los trasladaron al colegio Victoria, utilizado como campo de prisioneros provisional. Los opositores al partido fueron conducidos por las calles y apaleados o en algunos casos asesinados. Se asaltaron las casas de judíos que aún vivían en Danzig. Al día siguiente se aceleraron las obras en un campo de concentración cercano, en Stutthof, para dar cabida a la nueva oleada de prisioneros[1].

La situación militar en Danzig se desarrolló rápidamente en las primeras horas. Se tomó el puente del ferrocarril sobre el río Weichsel. Se capturaron la mayoría de los puntos vitales para la seguridad polaca excepto por la oficina principal de correos y la fortificación de Westerplatte, donde los soldados polacos custodiaban un gran arsenal. Ese mismo día cayó la oficina de correos, pero Westerplatte resistió hasta el 7 de septiembre presentando una enconada defensa. En todo el oeste de Polonia las unidades de la aviación alemana bombardearon las posiciones y los bastiones militares polacos y atacaron fábricas y bases muy por detrás de las filas polacas. Avanzaron tres grupos de ejército alemán: uno por el Corredor polaco, otro hacia la Alta Silesia y el tercero salido de Prusia Oriental. Encontraron una firme resistencia en algunos lugares, pero los ejércitos polacos se vieron obligados a retroceder bajo la implacable presión; parte de la escasa fuerza aérea polaca había sido destruida en las propias bases. Los civiles polacos fueron informados del ataque alemán durante la mañana, pero muchos de ellos ya veían el resultado del bombardeo aéreo con sus propios ojos. «Todo el mundo habla de guerra», escribió Zygmunt Klukowski en su diario, «y todo el mundo está seguro de que ganaremos[2]». Se encontró rodeado de oleadas de refugiados que se alejaban de las zonas occidentales del país bajo amenaza. Surgieron rumores de que el Ejército polaco había conseguido tomar Danzig. Los intentos de oscurecer la ciudad en prevención de los ataques aéreos se vieron obstaculizados por la repentina desaparición de clavos, tela negra y cinta adhesiva en las tiendas.

El día que empezó la guerra fue el día de Hitler. Había tomado la decisión definitiva e irrevocable y ahora era por fin el caudillo de Alemania en guerra. A las diez de la mañana llegó al Palacio de la Ópera de Kroll, en Berlín, para dirigirse al Parlamento alemán. En lugar del habitual uniforme marrón del partido, vestía una chaqueta gris encargada por su ayuda de cámara pocos días antes. Como la sesión fue anunciada a las tres de la madrugada, más de cien diputados de zonas lejanas no pudieron llegar a tiempo o estaban ya en las fuerzas armadas, y según se contó, los sustituyeron en sus puestos hombres de la guardia personal de Hitler y otros cargos del partido. El presidente del Reichstag, Hermann Göring, anunció

que los sustitutos de los diputados también podían votar para dar una clara impresión de unanimidad[3]. Hitler recibió una salva de aplausos de los presentes. Pronunció un discurso más breve que de costumbre, atribuyendo toda la culpa a los polacos por su intransigencia y su agresión final y haciendo alarde de sus grandes esfuerzos para encontrar una solución pacífica. «Danzig era y es una ciudad alemana», anunció. «El Corredor era y es alemán». Sin la cultura alemana, afirmó, la región entera se habría sumido en «la peor barbarie[4]». No dijo nada especialmente hostil acerca de Gran Bretaña y Francia. Durante el discurso se lo vio lanzar repetidas miradas al palco diplomático, donde estaban, entre otros, los representantes británicos y franceses. Cuando acabó, los asistentes se pusieron de pie para aplaudirlo. «Gran contundencia», observó Goebbels en su diario. Hitler también había anunciado que si moría o si lo mataban en el conflicto, ocuparía su puesto Hermann Göring; si Göring perecía también, el nuevo líder sería su subalterno en el partido, Rudolf Hess[5]. El ministro del Interior, Wilhelm Frick, leyó a continuación la nueva ley por la que Danzig se incorporaba al Reich, aprobada por aclamación unánime. Hitler regresó a la cancillería, «agotado y completamente sudado», entre la gran multitud que se había congregado para verlo en Unter den Linden y Wilhelmstrasse[6]. A lo largo del día entraron en vigor varios decretos y órdenes destinados al esfuerzo bélico. El más significativo fue la aprobación por parte de Hitler de la «eutanasia» para acabar con la vida de los discapacitados físicos y mentales, que estaba fechado el 1 de septiembre, como se vio cuando apareció entre los documentos alemanes después de la guerra. El decreto había estado en suspenso durante el verano, y de hecho no se autorizó su aplicación hasta octubre. Su objetivo era desocupar las instalaciones y los recursos médicos para destinarlos al esfuerzo bélico y liberar a la nación de lo que se definió como lastre genético. Como consecuencia de estas órdenes, fueron asesinados más de setenta mil alemanes discapacitados o enfermos crónicos[7]. Se dio al decreto carácter retroactivo a fin de poner de relieve la estrecha relación en la cabeza de Hitler entre el inicio del esfuerzo militar alemán y la necesidad de depurar la raza de cualquier amenaza interna.

La noticia de la acción alemana en Polonia llegó a Londres y París a primera hora de la mañana. A las siete, Cadogan fue alertado respecto a la incorporación de Danzig al Reich y un poco después fue informado de la invasión. A las 7:48 llegó un telegrama de Reuters para el primer ministro informando de un anuncio radiofónico realizado desde Berlín un poco antes esa misma mañana sobre la decisión de Hitler de declarar la guerra a Polonia: «El orden ha puesto fin a esta locura», rezaba la traducción; «en adelante no me queda más remedio que responder a la fuerza con la fuerza[8]». El ministro de la Guerra británico, Hore-Belisha, recibió a las 7:20 en su casa una llamada telefónica del general Gort, que le dijo: «Los alemanes han cruzado». Hore-Belisha se dio la vuelta en la cama mascullando: «Malditos alemanes, mira que despertarme de esta manera». Cuando se levantó, se encontró con que no había llegado su barbero y se dio cuenta de que tendría que afeitarse él mismo[9]. Aún no se sabía muy bien qué había pasado ni hasta qué punto la noticia era digna de crédito. Ya entrada la noche anterior, Chamberlain había recibido copia de un parte radiofónico alemán anunciando que las tropas *polacas* habían cruzado la frontera alemana en tres o cuatro puntos[10]. Cuando Halifax telefoneó al encargado de negocios alemán para pedir una aclaración, se le contestó que la embajada haría averiguaciones; sin embargo, el embajador polaco confirmó que, en efecto, había estallado la guerra y que Alemania era el agresor. En París, a las ocho y media, por mediación del embajador francés en Varsovia, se supo que el Ejército alemán había iniciado los ataques a lo largo de toda la frontera[11]. Poco después, tanto Chamberlain como Daladier dieron la orden de movilización general y evacuación de niños y madres de las principales ciudades, mientras los dos gobiernos se preparaban para coordinar la entrega en Berlín de una nota que exigía la retirada inmediata de las fuerzas alemanas de territorio polaco.

Las instrucciones enviadas a las Fuerzas Armadas británicas para la movilización general reflejaban una curiosa ambivalencia. El secretario militar del gabinete, Hasting Ismay, informó a los jefes de estado mayor de que el gabinete había decidido enviar un telegrama a Berlín que no era un ultimátum, pero equivalía a un ultimátum. «Es posible», añadió lacónicamente, «que quieran dar a sus comandantes, tanto aquí como en el

extranjero, cierta idea de que se ha despachado ese cuasiultimátum[12]». El jefe del estado mayor del Aire, Cyril Newall, envió diligentemente un telegrama a todos los comandantes en Gran Bretaña, el Mediterráneo, Palestina, Iraq, Aden y el Lejano Oriente para notificarles que estaba a punto de entregarse «prácticamente un ultimátum» y debían prepararse para repentinos ataques alemanes[13].

A lo largo del día se redactaron mensajes con suma cautela. En su nota, los británicos pedían garantías de que la agresión contra Polonia se había detenido y de que «las tropas alemanas se habían retirado». Esta última frase se cambió para decir «serán retiradas de inmediato», a fin de permitir a los alemanes cumplir la condición rápidamente. Si los alemanes no les ofrecían ninguna garantía, concluía la nota, el Gobierno británico «se atendría sin vacilación a sus obligaciones para con Polonia[14]». A continuación se convocó una sesión del Parlamento para las seis de la tarde en la que Chamberlain anunciaría el «cuasiultimátum».

Para cuando llegaron los parlamentarios, la Cámara ya estaba a oscuras, conforme a la normativa para el oscurecimiento de la ciudad impuesta por la movilización; los sacos de arena y las puertas antigás instalados la semana anterior daban la impresión de que ya había estallado la guerra. Chamberlain fue recibido con una sonora ovación y empezó a hablar de la grave responsabilidad que había recaído en sus manos al aceptar «el terrible arbitrio de la guerra». Cuando atribuyó la culpa de la crisis directamente a Hitler y a su «ambición sin sentido», exhibió una rara muestra de emoción, alzando la voz y descargando el puño contra la tribuna, lo que arrancó nuevos vítores entre los presentes. Después de anunciar que los dieciséis puntos de Hitler ni siquiera se habían comunicado a los polacos (lo que no era del todo verdad), la parlamentaria conservadora Nancy Astor vociferó: «¡Bueno, yo al menos no se lo dije!»[15]. Finalmente leyó en voz alta el documento que se entregaría a Hitler; cuando acabó, otro parlamentario preguntó: «¿Cuál es el plazo?». Chamberlain contestó que no esperaba una respuesta favorable, en cuyo caso el embajador pediría sus pasaportes (el equivalente a un estado de guerra); sin embargo, no especificó cuánto tiempo aguardaría la respuesta de Hitler[16].

Mientras tanto, en París el ambiente seguía bajo los efectos del optimismo de los días anteriores. Algunos funcionarios y políticos pensaban que Hitler continuaría con sus falsedades; otros, que Polonia y Alemania llegarían a un acuerdo para salvar sus respectivas imágenes. «En todos los casos», observó Boyer de Sainte-Suzanne, «son muchos los que no creen en una guerra[17]». Se elaboró un mensaje basado en el texto británico, y pese a la oposición de Bonnet y otros, se despachó al embajador francés en Berlín. A las 21:30, Beck preguntó al embajador francés en Varsovia por qué no se había hecho aún nada para cumplir la promesa de acudir en ayuda de Polonia, pero en ese momento exactamente había llegado a Berlín Nevile Henderson para entregar la nota británica a Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Media hora después se presentó el embajador francés. Henderson pidió una respuesta inmediata[18].

La reacción en Berlín fue de desconcierto. El ayuda de cámara de Hitler lo oyó decir, después de conocerse las notas británica y francesa: «Ya veremos si acuden en auxilio de Polonia o si vuelven a escurrir el bulto[19]». Miembros del partido reunidos en los pasillos de la cancillería seguían pensando que las potencias occidentales faroleaban. Hitler fue incapaz de decidir si las notas eran ultimátums formales o no. Según recordó Halifax más tarde, el Foreign Office había dicho a Henderson que estaba autorizado a declarar que la nota «era una advertencia, no un ultimátum», aunque él no se lo dijo a Ribbentrop[20]. Entre la opinión pública alemana, reinaba la misma incertidumbre acerca de cuál sería el resultado de una verdadera guerra. Shirer reparó en la inusitada concurrencia en las cafeterías y bares de Berlín. El Gobierno alemán, a diferencia del británico y el francés, aún no había ordenado la evacuación de determinados sectores de la población, pero a las 20:15 se oyó de repente una sirena antiaérea y la gente corrió a los sótanos y los refugios, mientras las calles se vaciaban. Fue una falsa alarma, pero creó, a juicio de Shirer, un generalizado temor, exacerbado por la experiencia del oscurecimiento de la ciudad[21]. El filólogo germano-judío Victor Klemperer, residente en Dresde, observó entre sus conocidos una reacción confusa ante la noticia de la guerra con Polonia. Un niño le dijo que Gran Bretaña y Francia se mantendrían neutrales; otro, que «Los ingleses son unos cobardes, ¡no harán nada!»; la dependienta de una tienda

afirmó que, en su opinión, la neutralidad inglesa era una broma. En su diario Klemperer escribió: «Aún no han declarado la guerra. ¿Lo harán o serán incapaces de resistir y simplemente darán muestras de debilidad?»[22].

En Gran Bretaña y Francia prevalecía una sensación de expectación irreal, un «semioscurecimiento más que un oscurecimiento de las ciudades», como lo expresó el periodista Malcolm Muggeridge[23]. No obstante, el oscurecimiento que se impuso en toda Gran Bretaña la noche del 1 de septiembre fue muy real y con él la guerra se puso aún más de manifiesto. «Al borde mismo de la guerra», escribió *Sir* Henry Channon después de ver a sus criados colgar desesperadamente las cortinas negras[24]. «Nada podría ser más dramático ni causarle a uno mayor conmoción», escribió Harold Nicolson, que encontrar una ciudad totalmente a oscuras, «un manto de terciopelo negro[25]». Entre los parlamentarios también existía una sensación de perplejidad porque no se había fijado un plazo para la retirada de las tropas alemanas cuando era obvio que Gran Bretaña y Francia tendrían que cumplir su compromiso con Polonia. Empezó a correr el rumor de que los italianos se habían ofrecido a mediar y de que los franceses esperaban poder aprovechar la oportunidad para abandonar a los polacos. Harold Macmillan, el futuro primer ministro y detractor conservador de Chamberlain, describió más tarde un ambiente de «confusión» y «recelo» en torno a la incapacidad de Gran Bretaña para hacer una declaración clara de su intención de entrar en guerra, y los historiadores han compartido la opinión de que la demora sólo puede explicarse por la continuada búsqueda de una vía de escape pacífica ante la repentina crisis[26].

Una serie de factores contribuyeron al retraso de una declaración de guerra definitiva. La primera dificultad la planteó la jefatura militar francesa, que pidió, si era posible, el aplazamiento del inicio de la guerra dos o tres días mientras se llevaba a cabo la evacuación de París y las zonas fronterizas. La prioridad era asegurar que la *couverture* —la principal defensa de la frontera— estaba bien dispuesta antes de que los ataques aéreos alemanes empezaran a alterarla. Los comandantes franceses contrastaron el bajo nivel de movilización británica con la necesidad de trasladar a sus posiciones a unos seis millones de reservistas franceses. Se

esperaba que las Fuerzas Aéreas alemanas hicieran en Francia lo que estaban haciendo en Polonia, pese a que debería haber sido obvio en esos momentos que la aviación alemana sencillamente carecía de capacidad para hacerlo[27]. Como no existía la intención de ofrecer ayuda militar inmediata a Polonia, en ese momento no parecía descabellado llevar a cabo un despliegue y una movilización ordenados. Sin embargo, debido al retraso causado por la movilización, los gobiernos británico y francés tuvieron más dificultades para coordinar sus declaraciones de guerra, lo que se consideraba deseable, sobre todo en el lado británico, donde se albergaban recelos acerca de la buena fe francesa. Las discusiones entre los franceses e ingleses por la organización de la movilización se prolongaron hasta últimas horas del 2 de septiembre, cuando Bonnet aún esperaba poder retrasar la declaración francesa dos días más.

La segunda explicación, y más controvertida, fue la repentina intervención de Mussolini en una crisis en la que, por lo demás, fue un personaje marginal. La idea de una reunión con mediación italiana rondaba desde hacía casi una semana, concretamente desde el momento en que Ciano telefoneó a Halifax para anunciarle que Mussolini y él estaban dispuestos a trabajar en favor de una «solución pacífica[28]». Durante los siguientes días, Mussolini empezó a arrepentirse de su decisión de abandonar el compromiso con Alemania, y se pusieron en marcha diversas medidas de movilización preliminares, entre ellas el oscurecimiento de las poblaciones. Estas precauciones surgieron en parte del temor a que Gran Bretaña y Francia actuaran contra Italia pese a que se había tomado ya la decisión de no intervenir. El 31 de agosto Ciano sugirió a Mussolini la idea de convocar una gran cumbre europea para el 5 de septiembre, destinada a tratar todos los problemas residuales generados por el Tratado de Versalles. La propuesta se transmitió a Halifax y Bonnet[29]. Se advertía en ella sonoros ecos de la crisis checa del año anterior, cuando la intervención de Mussolini, a petición de las potencias occidentales, pareció llevar a Hitler a la mesa de negociaciones, y es muy posible que Mussolini esperase recuperar un papel importante logrando un resultado similar. También es tentador aducir que la propuesta de una cumbre era una treta deliberada, a fin de confundir a los británicos y los franceses y permitir a Alemania lograr

sus propósitos en Polonia mientras se desarrollaban las conversaciones. Puede que el propio Ciano apoyara la propuesta a fin de impedir que Mussolini volviera a contemplar la idea de una posible beligerancia. En una reunión del gabinete ministerial el 1 de septiembre, tras conocerse la noticia de la invasión alemana, Mussolini sin duda vivió con inquietud la negativa de Italia a participar en la guerra y la posibilidad de quedar como un «traidor» a ojos de los alemanes. Ya había tomado la precaución de pedir a Hitler que dijera públicamente que liberaba a Italia de su obligación, pero el tufo a traición causó malestar e irritación a Mussolini, como se puso de manifiesto en una reunión del gabinete cuando algunos de sus miembros decidieron abordar el tema[30].

Al margen de cuáles fuesen los motivos de Mussolini, la fuerza impulsora detrás de su aceptación de la propuesta de una cumbre eran Bonnet y los aliados de éste en el Gobierno francés, quienes, en la medida de lo posible, pretendían eludir la inminente guerra. La noche del 31 de agosto Bonnet esperaba hallarse en situación de dar una respuesta favorable a la sugerencia de Ciano, pero no consiguió arrancar una reacción positiva de Londres, donde la idea ya se había rechazado al ver a Daladier «bastante en contra[31]». Éste discutió con Bonnet debido a la cumbre, pero después le permitió seguir explorando esa posibilidad, asaltado por un repentino momento de indecisión, comportamiento muy propio de él. Al día siguiente Bonnet realizó hercúleos esfuerzos para hacer pública la propuesta de una cumbre y, si era posible, granjearse el apoyo de Gran Bretaña. También hizo saber al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán que Francia aceptaba la propuesta de una cumbre. Para presentarlo como la postura oficial francesa, cosa que no era, esa misma noche envió un comunicado de prensa a la agencia de noticias Havas: «El Gobierno francés ha estudiado una iniciativa italiana para promover un acuerdo pacífico respecto a los problemas de Europa y ha expresado su conformidad[32]». Con la idea de retrasar cualquier intento británico de enviar un ultimátum prematuro, Bonnet insistió a Halifax en que no podía hacerse una declaración de guerra, ni por tanto mandarse un ultimátum, antes de que la Cámara de los Diputados francesa se reuniera el 2 de septiembre. Hasta la tarde de ese día no se recibió una llamada de París para explicar que no era verdad que sólo el

Parlamento pudiera declarar la guerra, y que, una vez aprobados los créditos de guerra, Daladier podía solicitar al presidente francés que anunciara el estado de guerra[33]. Tampoco se aclaró debidamente a los británicos que Daladier no tenía la intención de someter la cuestión al voto parlamentario, quizá porque no sabía hasta qué punto podía causar escisiones en la cámara.

La mañana del 2 de septiembre Bonnet siguió presionando al Ministerio de Asuntos Exteriores italiano para que comunicara la idea de una posible cumbre a Hitler. Ciano telefoneó a Bonnet a primera hora de la tarde después de oír la respuesta de Hitler. Éste deseaba saber en primer lugar si las dos notas de la noche anterior eran ultimátums o no y, a continuación, si podía aplazar la respuesta en cuanto a la cumbre sugerida hasta el mediodía del 3 de septiembre. Casi con toda seguridad, Hitler consideró la propuesta una oportunidad para aumentar la confusión entre los estados occidentales, de cuya firmeza siempre había dudado; por otra parte, contar con un día más permitiría a las fuerzas alemanas adentrarse en territorio polaco y capturar el Corredor. Goebbels escribió en su diario que Hitler pensaba asimismo que, en una posible cumbre, si se aferraba al territorio conquistado en Polonia, quizás estuviera en situación de ventaja; pero después esa misma mañana dijo a Goebbels que los británicos y los franceses tendrían que retirar sus cuasiultimátums de la noche anterior si esperaban algún fruto de una reunión[34]. Bonnet contestó afirmativamente a las dos preguntas de Hitler, sin consultar con su Gobierno, si bien dijo a Ciano que tendría que averiguar qué pensaban de la propuesta Chamberlain y Daladier. A Chamberlain la intervención debió de parecerle al menos digna de estudio. Pocas semanas antes, en julio, había dicho a Daladier que, en su opinión, «Mussolini es el único hombre capaz de influir en Hitler para que mantenga la paz[35]».

A continuación, Ciano telefoneó a Halifax desde Roma para explicar que Hitler no había rechazado inmediatamente la idea pero necesitaba un aplazamiento de un día para responder. Halifax contestó que informaría a Chamberlain sobre la propuesta, pero la condición para el inicio de conversaciones no era sólo el armisticio, como sugirió Ciano, sino «la retirada de las tropas alemanas del territorio polaco[36]». Halifax se trasladó a toda prisa a la Cámara de los Comunes para impedir que el ministro de

Economía, *Sir* John Simon, hiciera una declaración sobre la postura británica antes de que se analizara la posibilidad de una cumbre. El resultado, expresado más tarde en una nota del Foreign Office archivada entre los papeles del primer ministro, fue inequívoco:

> La respuesta a Italia, creo, debería ser que ya hemos dicho a Alemania que debe retirar sus tropas inmediatamente de Polonia si no quiere que nosotros acudamos en ayuda de Polonia, y en esa condición nos mantenemos firmes. No podemos contemplar la posibilidad de instar a Polonia a acceder a una cumbre habiendo aún tropas alemanas en territorio polaco[37].

Después de otras llamadas telefónicas a Bonnet, que insistió enérgicamente ante su homólogo británico respecto a la idea de la cumbre, Halifax llamó por fin a Ciano a las 18:38 para decirle que la retirada alemana era una condición *sine qua non*, como lo era la devolución del estatuto de ciudad libre a Danzig. Finalmente, a las 21:30, Ciano comunicó que Mussolini y él habían abandonado por completo la idea. «Tengo la impresión de que no queda nada por hacer», escribió Ciano después en su diario. «No nos corresponde a nosotros dar a Hitler consejos de esta naturaleza, que él rechazaría con contundencia, tal vez incluso con desprecio[38]». En Italia, la perspectiva de que el país no intervendría en modo alguno en la inminente guerra se acogió con alivio. Mussolini tuvo que prohibir una manifestación en favor de la paz en la Piazza Venecia, en el centro de Roma. «Los pacifistas de siempre», se quejó el Duce[39]. «Uno puede seguir con su vida», escribió el jurista antifascista Piero Calamandrei en su diario el 2 de septiembre, «uno puede seguir paseando por el bosque, pintando, durmiendo en su cama[40]». Al día siguiente, Hitler mandó una carta a Mussolini para agradecerle su intervención y explicarle que no era posible ninguna cumbre que devaluara el «sacrificio de sangre» ya hecho por los soldados alemanes[41]. El 5 de septiembre la prensa italiana publicó por fin la noticia de que Mussolini, heroicamente, había intentado interceder en favor de la paz, pero había visto frustrados sus propósitos por culpa de la intransigencia británica. El titular rezaba: EL DUCE HA INTENTADO HASTA ULTIMÍSIMO MOMENTO SALVAR LA PAZ DE EUROPA[42].

No cabe duda de que la combinación de la intervención de Mussolini, el pacifismo de Bonnet y la incertidumbre acerca de los requisitos

constitucionales franceses crearon una situación un tanto confusa para Halifax y Chamberlain, que prestaron a estas cuestiones mayor atención de la que merecían. Al mismo tiempo la inquietud causada por no haber dado un plazo firme para el ultimátum hizo mella en la paciencia de los ministros, los parlamentarios y la opinión pública, que deseaban ya el final de las tensiones. Incapaz de decidir qué debía difundirse ese día, la BBC puso música grabada, interrumpida de vez en cuando por un boletín informativo[43]. A última hora de la tarde y por la noche, se produjo una crisis gubernamental totalmente desproporcionada en cuanto a la realidad de la situación. A las 16:30 se reunió el gabinete británico y exigió que se fijara un plazo firme. Halifax y Chamberlain insistieron en que la decisión final seguía dependiendo de los franceses, pero como Halifax dijo más tarde: «El ambiente en el propio gabinete era en extremo difícil[44]». Los jefes de estado mayor estaban presentes, y todos insistieron en la necesidad de un ultimátum, y cuanto antes mejor. Hore-Belisha sostuvo que si los alemanes hubiesen estado dispuestos a contemplar la propuesta de Ciano, «se habría demostrado que estaban debilitándose», y recomendó un ultimátum estableciendo el plazo de las doce de la noche, cosa que finalmente acordó el gabinete a las 17 horas[45]. Pero para cuando Halifax y Chamberlain debían hablar a la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes respectivamente, no habían conseguido aún convencer a los franceses de que el envío del ultimátum no debía retrasarse otras 48 horas. Por consiguiente, las declaraciones realizadas poco después de las 19:30 seguían sin fijar un límite de tiempo. Halifax no tuvo muchos problemas con los lores, que se conformaron cuando él les aseguró que tan pronto como concluyeran las conversaciones con los franceses se fijaría un plazo concreto para la respuesta de los alemanes. Se marchó a casa y se vistió para una cena. Chamberlain, en cambio, se encontró a la Cámara en un estado de tensa e irascible expectación.

La escena posterior se ha considerado a menudo un punto de inflexión en la cuenta atrás de la guerra. La Cámara había estado toda la tarde deliberando, a ratos enconadamente, sobre una serie de leyes de emergencia para la guerra prevista. A eso de las 18 horas se suspendió la sesión, en espera del anuncio de Chamberlain. «Todos estaban intranquilos», escribió

Edward Spears en su diario. «En la Cámara eran pocos los que permanecían sentados. Los hombres iban de corrillo en corrillo, en la sala de fumadores, en la terraza, en los pasillos[46]». La impaciencia fue en aumento cuando los llamaron de nuevo a la cámara a las 19 horas, donde tuvieron que esperar cuarenta y cinco minutos más, hasta que por fin apareció Chamberlain. El ambiente, consignó Harold Nicolson, parecía el de «un juzgado en espera del veredicto del jurado[47]». La breve alocución de cuatro minutos de Chamberlain estaba mal preparada, en marcado contraste con el vigor de su actuación de la noche anterior. Informó a la Cámara de que los retrasos se habían debido a la propuesta de cumbre de Ciano y tanteó la idea de que si Alemania retiraba sus fuerzas, el Gobierno consideraría que la situación era la misma que «antes de que las fuerzas alemanas cruzaran la frontera polaca». Para acabar, rechazó la ocupación alemana de Danzig, tachándola de violación de los tratados en los que Gran Bretaña era partícipe[48]. La alocución no suscitó la menor reacción en los escaños parlamentarios. «Los miembros permanecieron inmóviles», escribió Spears, «como petrificados[49]».

El líder de la oposición laborista, Arthur Greenwood, se puso en pie para tomar la palabra. Sustituía a Clement Attlee, que convalecía de una operación de próstata. Antes de que Greenwood empezase, el diputado conservador Leo Amery dijo: «Hable en nombre de Inglaterra». Esta interrupción no quedó recogida en *Hansard*, el informe taquigráfico de las sesiones parlamentarias, como ocurría con la mayoría de las exclamaciones, pero consta en varios testimonios presenciales, así que sin duda se produjo. Otro diputado conservador, Robert Boothby, afirmó más tarde que había dicho: «Usted habla en nombre de Gran Bretaña», y es posible que numerosas voces se alzasen simultáneamente en la tensión del momento[50]. Greenwood dio la talla con una elocuencia espontánea: «Me pregunto cuánto tiempo más estamos dispuestos a vacilar en unos momentos en que peligran Gran Bretaña y todo lo que Gran Bretaña representa, así como la civilización humana». Esperaba que Chamberlain tuviera un anuncio definitivo sobre la guerra o la paz a la mañana siguiente. Cuando intentó dar por concluida su intervención, la cámara prorrumpió de nuevo en un griterío. Chamberlain habló brevemente otra vez, en un intento de disipar la

sospecha de que en su declaración se trasluciese el «menor debilitamiento» de la postura respecto a Polonia, pero el debate se complicó aún más cuando el diputado laborista James Maxton, pacifista, se levantó inmediatamente después para expresar su esperanza de que cuando Chamberlain volviese a la cámara, fuese para anunciar que existía «una clara posibilidad de salvaguardar la paz». Cuando Maxton salía de la cámara, otro laborista lo llamó «condenado pacifista[51]». «Patán borracho», contestó Maxton. La sesión se disolvió, escribió Leo Amery en su diario, «en medio de una confusión indescriptible[52]».

En cuanto acabó la sesión varios miembros del gabinete se reunieron en el despacho del ministro de Economía, *Sir* John Simon, para expresar su incredulidad e ira por la ausencia de una declaración de guerra. Simon dijo a Chamberlain, todavía en la Cámara, que sus colegas deseaban una declaración clara. Cuando Chamberlain regresó al número 10 de Downing Street, telefoneó a Halifax, que estaba a punto de salir a cenar, y le pidió que acudiese a Downing Street. «Nunca había notado al primer ministro tan alterado», escribió Halifax más tarde, y cuando llegó, encontró a Chamberlain convencido de que, sin un ultimátum, su Gobierno caería al día siguiente[53]. Llegó una carta de Simon y los rebeldes del gabinete insistiendo de nuevo en la imposición de un plazo cuanto antes. Emplazaron al embajador francés, Charles Corbin, y en un estado de intenso nerviosismo telefonearon a Bonnet, Daladier y Eric Phipps, el embajador en París. Fuera, una atroz tormenta aportó la fuerza de la naturaleza al drama que tenía lugar en el interior. Los franceses se mostraron reacios a acelerar las cosas, y se solicitó la presencia de Simon en el número 10 de Downing Street para decir a Corbin que la unidad del Gobierno británico estaba a punto de venirse abajo. Pocos minutos después Halifax volvió a llamar a Bonnet, que, obligado por Daladier, había accedido a la entrega de un ultimátum francés al día siguiente. A las 23:30, el gabinete británico volvió a reunirse y acordó la entrega de un ultimátum a las nueve de la mañana siguiente, fijando como plazo límite las once. Halifax procedió a redactar el ultimátum en el Foreign Office. En las primeras horas de la mañana se reunió con el político laborista Hugh Dalton. «¿Puede darme alguna esperanza?», le preguntó Dalton, según recordó Halifax. «Si con eso de

“esperanza” se refiere a la esperanza de estar en guerra, creo que puedo darle un poco de esperanza para mañana», contestó. «¡Gracias a Dios!», respondió Dalton[54].

Es posible exagerar la gravedad de la sublevación política contra Chamberlain, cuyo compromiso con el tratado polaco fue permanente durante todos los días de la crisis. Halifax pensó que el episodio «mostraba el peor lado de las asambleas democráticas[55]». Su subsecretario, Alexander Cadogan, en una carta al embajador británico en París de unos días más tarde, afirmó que siempre sospechó que «Bonnet era el villano de la obra[56]». Chamberlain, cuando escribió a su hermana Ida diez días más tarde, se lamentó de lo difícil que había sido explicar claramente su política a una cámara «fuera de control, escindida por los recelos, dispuesta […] a considerar al Gobierno culpable de cobardía y traición[57]». Chamberlain pagó el precio de su resuelta búsqueda de una solución europea cuando al desatarse la crisis, incluso su propio partido se vio tentado de sospechar que tal vez eludiera una decisión ante la que, como dijo un parlamentario, se había sumido en un estado de «angustia moral[58]». No se ha tenido suficientemente en cuenta el extraordinario peso que en los últimos días del drama recayó en todos aquellos atrapados en el centro mismo de los acontecimientos que se sucedieron atropelladamente en el transcurso de una sola semana. La noche previa a la guerra Chamberlain estaba extenuado, aunque no incapacitado para la acción. Todos los implicados fueron víctimas de debilitantes arranques de tensión, incertidumbre y angustia, y no es raro que unos nervios a flor de piel y reflexiones apresuradas dificultaran más el desarrollo de la política democrática en los últimos días de la crisis.

Ni en el caso británico ni en el francés hay pruebas claras de que en los dos días posteriores a la invasión alemana el compromiso polaco fuese a abandonarse. Ni siquiera Bonnet, pese a su vivo deseo de una solución pacífica, pudo manifestar públicamente que quería abandonar la garantía a Polonia. No obstante, hizo todo lo posible para encontrar una solución que no implicara la intervención de Francia en la guerra. Daladier, por otro lado, aunque era incapaz de contener a Bonnet, prosiguió como si la guerra fuera ya inevitable. A última hora de la tarde del 2 de septiembre se dirigió a la

Cámara de los Diputados mientras su segundo se dirigía al Senado, sin ninguna de las dificultades con que se topó Chamberlain. El informe taquigráfico de su discurso menciona clamorosos aplausos una y otra vez. Repasó el largo historial de agresiones alemanas, los esfuerzos por salvaguardar la paz y la necesidad de cumplir el compromiso con Polonia o bien convertirse en «una Francia despreciada, una Francia aislada, una Francia desacreditada». Cuando acabó de hablar, los diputados se pusieron en pie y aplaudieron «largamente[59]». El Congreso y el Senado aprobaron unánimemente la concesión de noventa mil millones de francos en créditos de guerra, el equivalente, en opinión de Daladier, a una declaración de guerra. Tras la votación, uno de los senadores, Jacques Bardoux, se reunió con el embajador británico, quien en un súbito momento de emoción, lo cogió de la mano y exclamó «*Vive la France!*[60]». En el Ministerio de Asuntos Exteriores francés seguían las divisiones. Los recientes informes de los cónsules franceses en Alemania hablaban de una moral baja entre los alemanes, pero dichos informes podían ser utilizados por ambos bandos: por quienes querían ir a la guerra en cualquier caso y por quienes esperaban que los alemanes se vinieran abajo antes de que el conflicto estallara. Por la noche, después de la sesión parlamentaria, ya no era posible evitar la guerra. «Esta noche todo el mundo tiene el ánimo ensombrecido», comentó un funcionario en su diario. «Es la guerra, y además una guerra larga[61]».

En general, los historiadores se han negado a aceptar que Chamberlain y Daladier fuesen más partidarios de la guerra que del apaciguamiento. Este punto de vista choca con las pruebas. Sigue siendo históricamente inverosímil afirmar que Chamberlain y Daladier habrían sido capaces de detener el proceso de los preparativos de guerra ya en marcha, o de desafiar a la opinión pública lo suficiente para justificar el abandono de su lejano aliado. A diferencia de Hitler, que podía ordenar o cancelar la guerra a su antojo, los dirigentes de las potencias occidentales formaban parte de una maquinaria compleja respecto a la que tenían responsabilidades y obligaciones. Sin duda, en ambos casos existió un firme deseo de intentar ver hasta el último momento qué posibilidades había de que las anteriores ilusiones de vulnerabilidad alemana o de conflicto político alemán pudieran generar una crisis para Hitler si se mantenían firmes. Es muy probable que

al final Chamberlain necesitara a alguien que lo empujara formalmente a declarar la guerra, de tan difícil como era para él conciliar la guerra con su visión del mundo; pero respecto a la cuestión central de cumplir o no el compromiso de librar la guerra al ser atacada Polonia, no existen pruebas de que se planteara incumplirlo.

El fracaso de la paz

3 de septiembre de 1939

El domingo 3 de septiembre fue el día en que empezó la guerra mundial. Se inició, recordó el novelista inglés Storm Jameson, «un día de insólita belleza: un sol claro y cálido, nubes deslumbrantemente blancas bajo el cenit azul, un viento agradable[1]». Finalmente se disiparon por ambas partes las ilusiones de que el otro cedería al enfrentarse a la realidad. Ese día siempre se recordará como el día de Chamberlain, mientras que el 1 de septiembre había sido el de Hitler. En contra de sus impulsos y expectativas, Chamberlain se vio obligado a declarar una guerra que no quería. Pese a que en general la historia ha visto en Chamberlain falta de valor, el paso final de hacer una declaración cuyas consecuencias serían profundas y de largo alcance fue sin duda un acto de valor. No menos valerosa, aunque a menudo se pase por alto, fue la declaración de guerra hecha más tarde ese mismo día por Daladier, cuyo rechazo moral a la guerra había sido tan profundo como el de Chamberlain, pero que también había comprendido la inutilidad de eludir un enfrentamiento directo con la Alemania de Hitler. Los líderes democráticos no disponían de la simplicidad de la que disfrutan los dictadores a la hora de optar por la guerra.

La mañana del 3 de septiembre la suerte estaba echada. La noche anterior se había tomado la decisión de presentar un ultimátum con un breve plazo de tiempo, y a lo largo de la noche no sucedió nada que permitiera cambiar de idea. Halifax llegó al Foreign Office a las diez de la

mañana, pero se encontró con que «no había nada que hacer[2]». Se le comunicó que Nevile Henderson había entregado el ultimátum tal y como se le había ordenado y a las 10:50 recibió otra llamada de Dahlerus, que propuso invitar por última vez a Göring a una reunión. Cadogan recordó más tarde haber dicho a Dahlerus «¡Ratas!»; Halifax respondió de una manera más comedida, pero el significado era el mismo[3]. A las once, Halifax y Cadogan fueron a pie a Downing Street para averiguar cuál era el resultado del ultimátum. Las calles estaban abarrotadas de ciudadanos; las fotografías muestran en general a una muchedumbre entusiasta, con muchas sonrisas y banderas nacionales. En el número 10 de Downing Street, la BBC había montado unos estudios rudimentarios para que Chamberlain se dirigiese por radio a la nación. A las 11:10, diez minutos después de que expirase el plazo establecido en el ultimátum británico, no había noticias de Berlín, y Chamberlain ordenó a los mandos del Ejército que «se considerasen en guerra». Al cabo de dos minutos se recibió una llamada de la embajada británica en Berlín confirmando que, en efecto, no había habido respuesta del bando alemán. Chamberlain se preparó para hablar por la radio. Fuera, en el pasillo, Halifax y los ayudantes del primer ministro escucharon a través de un transmisor instalado por los técnicos de la BBC[4].

El discurso radiofónico empezó a las 11:15 y duró sólo unos minutos. Sin duda debió de ser la alocución más difícil de Chamberlain en su larga carrera. Había hecho frente a la misma posibilidad un año antes durante la crisis checa y había redactado un discurso para radiarlo en caso de que estallase la guerra en aquella ocasión, que empezaba diciendo, según Horace Wilson: «Pese a todos los esfuerzos del Gobierno de Su Majestad por mantener la paz…»[5]. El discurso que pronunció por radio el 3 de septiembre fue de un tono más personal, y en él se hacía eco de los meses de pugna psicológica que había sobrellevado para conciliar su aversión a la guerra con su voluntad de librarla si las circunstancias lo exigían: «Pueden ustedes imaginarse el amargo golpe que es para mí el fracaso de mi larga lucha por conseguir la paz». Reveló que no se había recibido de Berlín la menor garantía de que Hitler fuese a retirar sus fuerzas de Polonia, «y por consiguiente este país está en guerra con Alemania[6]». Fue un anuncio

breve, después de semanas de tensión e incertidumbre, pero no inesperado. En cuanto acabó, Chamberlain empezó a preguntar a sus ayudantes y colegas qué les había parecido su actuación; los interrumpió el gemido de una sirena antiaérea. Después de una breve pausa, Chamberlain anunció: «Eso es una alarma antiaérea»; los presentes sonrieron, pero Chamberlain repitió sus palabras. En cuestión de minutos, todos los presentes en el número 10 de Downing Street, excepto el secretario parlamentario de Halifax, Richard Butler, bajaron en tropel al sótano en busca del pasillo que conducía a las salas de operaciones subterráneas. Por el camino se encontraron con la señora Chamberlain, que llevaba un gran cesto lleno de libros y máscaras de gas por si la estancia en el subterráneo se prolongaba. Butler decidió que prefería morir en su propio edificio, y cruzó la calle hasta el Foreign Office[7]. La multitud que se había congregado fuera para saludar al primer ministro y escuchar la noticia de la guerra corrió a los refugios y los sótanos. Era esto lo que el temor popular a los bombardeos había llevado a esperar en cuanto estallase la guerra, pero resultó ser una falsa alarma y al cabo de veinte minutos volvió a sonar la sirena para anunciar que no había peligro. La alarma se atribuyó a una serie de causas: turistas ingleses borrachos que regresaban de Francia en avión, militares franceses que volaban a Londres por asuntos oficiales, aviones de la RAF enviados en vuelo de reconocimiento a Heligoland. El jefe del estado mayor de las Fuerzas Aéreas, *Sir* Cyril Newall, se presentó personalmente para asegurar al primer ministro que no había nada que temer[8].

La declaración de guerra de Chamberlain suscitó distintas reacciones. Lord Halifax, modelo de flema británica, recordó en sus memorias de la guerra que «pocas veces se había sentido más conmovido». La declaración pareció firme incluso a los detractores de Chamberlain. Leo Amery, que había desencadenado la crisis en la Cámara de los Comunes la noche anterior, consideró la alocución radiofónica «buena en esencia[9]». Chamberlain dirigió sus palabras sobre todo al gran público británico. Era un cálido día otoñal tras los anteriores días de lluvia y tormentas, un telón de fondo apropiado para la curiosa sensación de alivio que algunos contemporáneos registraron al declararse la guerra. Beatrice Webb, en su casa de campo de Hampshire, escribió en su diario esa noche que en

aquellos momentos se sentía «distanciada y serena, ya sin tensión[10]». Al escuchar el discurso radiofónico en la casa parroquial de su padre cerca de Oxford, Penelope Mortimer vio a su padre ponerse firme cuando al final sonó el himno nacional. «Tenía cincuenta y nueve años», recordó ella, «y por un momento pareció otra vez un hombre joven, dispuesto al combate». Su madre sirvió el té en el jardín para señalar la ocasión[11]. En otro pueblo inglés, la pacifista Vera Brittain aguardaba la noticia con su familia. «Ahora la guerra total parece inevitable», había escrito en su diario el 1 de septiembre. Dos días después se encontraba sentada entre sus hijos en un camastro de campaña escuchando la radio con las mejillas bañadas de lágrimas por los esfuerzos derrochados en busca de la paz. Cuando acabó la alocución radiofónica, se adentró en el bosque cercano: «En el soleado silencio de la aulaga y el brezo, era imposible concebir la magnitud de la catástrofe[12]».

El mayor impacto lo recibió el propio Chamberlain. No debemos infravalorar la tensión que debió de representar para él verse obligado a declarar una guerra que aborrecía. Durante el debate sobre Múnich en la Cámara de los Comunes del 6 de octubre de 1938, había reflexionado sobre qué significaba para él la responsabilidad de sopesar guerra y paz: «Cualquiera que hubiera pasado por lo que yo había pasado día tras día, enfrentado a la idea de que en última instancia habría sido yo, y sólo yo, quien tendría que pronunciar ése sí o no que decidiría el destino de millones de compatriotas míos […] cualquiera que hubiera pasado por eso no podría olvidarlo fácilmente[13]». Sentimientos análogos lo asaltaron un año más tarde, el 3 de septiembre. Una semana después del estallido de la guerra, escribió a su hermana Ida que con los «días de estrés y tensión» había perdido toda noción del tiempo; «la vida», prosiguió, «no es más que una larga pesadilla». No obstante, la declaración le había proporcionado también una sensación de alivio. Aparte de una noche de insomnio, dijo a su hermana, «en realidad la tensión ha disminuido[14]». Su alivio fue visible para los miembros del Parlamento cuando Chamberlain llegó allí al mediodía, poco después de su discurso radiofónico, «sonriente y bien», según un diputado. La Cámara, comentó otro, también se veía «relajada y serena»; la tensión del drama del día anterior se había disipado por

completo, aunque la oposición se negó a ovacionar a Chamberlain cuando entró[15]. Chamberlain pronunció una breve alocución de cinco minutos para anunciar la declaración de guerra, pero antes de cerrarse la sesión, dos parlamentarios pacifistas tomaron la palabra para denunciar la decisión de combatir. El parlamentario socialista independiente John McGovern dijo a la Cámara que él no la apoyaría: «No creo que pueda presentarse como una acción idealista. No considero que se haga por la libertad, la justicia y los derechos humanos. La considero […] una lucha materialista, cruel, desalmada y demoledora para beneficio humano[16]».

Un drama muy distinto se desarrollaba en Berlín, donde los dirigentes alemanes, dudando hasta el último momento acerca de las intenciones de británicos y franceses, se vieron ante una guerra mundial que, según insistía aún Hitler, jamás se produciría. Las instrucciones a Nevile Henderson de entregar el ultimátum en persona en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán llegaron a las cinco de la madrugada, si bien Hitler ya había sido alertado del ultimátum mediante un telegrama secreto de la embajada alemana en Londres, entregado a última hora del día anterior. Un poco antes de las nueve, Henderson llegó al edificio, donde sólo encontró al intérprete jefe de Hitler, Paul Schmidt. Visiblemente incómodos, permanecieron uno ante el otro mientras Henderson leía en voz alta el ultimátum. Acto seguido, Schmidt acudió a toda prisa a la cancillería del Reich, donde lo esperaba un grupo de funcionarios y militares inquietos. Una vez en presencia de Hitler y Ribbentrop, Schmidt leyó lentamente el ultimátum. «Cuando acabé», escribió Schmidt en sus memorias, «el silencio era absoluto. Hitler se quedó inmóvil en su silla, con la mirada perdida». Al cabo de un momento, Hitler se volvió hacia Ribbentrop con una mirada feroz y preguntó: «¿Y ahora qué?»[17].

Hitler se hallaba ante la perspectiva de una guerra europea de gran magnitud que había esperado eludir pero que no había considerado inevitable. En cierto sentido, Hitler, al igual que Chamberlain, esperaba que otro tomara la decisión a fin de que ese otro asumiera también la responsabilidad y, a su debido tiempo, la culpa. No obstante, recordó Otto Dietrich, su jefe de prensa, «su estupefacción saltaba a la vista[18]». Había dado crédito a Ribbentrop cuando aseguraba una y otra vez que Gran

Bretaña no iría a la guerra, porque quería darle crédito. Es imposible saber qué pensaba exactamente sobre el desenlace, pero a lo largo del día se acogió de nuevo a la idea que había expresado antes: ni Gran Bretaña ni, sobre todo, Francia librarían una guerra plena. Cuando Joseph Goebbels llegó a la cancillería, encontró a Hitler furioso ante la postura británica, resuelto a luchar. Se entregaría a los funcionarios británicos un largo memorando, preparado de antemano en el Ministerio de Asuntos Exteriores, denunciando la beligerancia británica y rechazando el ultimátum. «El Gobierno alemán y el pueblo alemán», rezaba el documento, «se niegan a recibir, aceptar o satisfacer las exigencias expresadas en el ultimátum del Gobierno británico». Ribbentrop telefoneó a la embajada británica a las 11:20 pidiendo que fueran a recoger la respuesta alemana, y para entonces ya se había declarado la guerra[19]. Un poco después Hitler dictó a su ayudante de las Fuerzas Aéreas, Nicolaus von Below, una petición al pueblo alemán. No había presente ningún taquígrafo y Von Below anotó las palabras de Hitler con dificultad. Goebbels cogió de inmediato el anuncio y lo leyó por la radio alemana, junto con alocuciones a los miembros del partido, a los soldados en el este y a las tropas que defendían la frontera occidental de Alemania[20]. Pero esa noche el tono de Hitler había vuelto a cambiar. Antes de marcharse en su tren privado con rumbo a la frontera germano-polaca, dijo a Goebbels que seguía convencido de que Gran Bretaña y Francia sólo librarían una *Kartoffelkrieg*[*], no una verdadera campaña[21]. Según Albert Speer, emplazado en la cancillería junto con otros miembros del círculo de Hitler para poder despedirse de ellos, en las calles nadie se fijó en su nuevo caudillo cuando partió con una flota de coches negros y atravesó las calles a oscuras en dirección a su tren, «en consonancia», pensó Speer, «con el desolado ambiente[22]».

Una vez iniciada la guerra general, la idea de que las tropas alemanas fueran retiradas de Polonia era impensable. Göring se enteró de la alocución por radio de Chamberlain a las 11:45 por mediación de Paul Körner, su secretario de Estado. Según observó Dahlems, que se hallaba con él, escuchó la noticia con «visible pesar», pero inmediatamente echó la culpa a los británicos por no ver la posibilidad de un entendimiento germano-británico[23]. Después de que Hitler marchara hacia el frente, Goebbels se

reunió con Göring por la noche en Berlín. El mariscal de campo dijo a Goebbels que creía que Francia aún daba señales de vacilación. Era difícil, pensaba, saber si sería una guerra larga o no. El problema estribaba en el pueblo alemán y en si soportaría la guerra[24]. A lo largo del día se puso de manifiesto que, con la declaración de guerra, los alemanes habían puesto los pies en el suelo. Poco después de vencer el ultimátum británico, salieron a la calle ediciones especiales de los principales periódicos alemanes anunciando que «Inglaterra» (rara vez empleaban el término Gran Bretaña) había declarado un estado de guerra después de rechazarse el ultimátum. La declaración se pregonó con megáfonos por las calles berlinesas, donde William Shirer observó a la gente escuchar con atención, atónita y paralizada. Deambuló por la ciudad, bañada por el sol otoñal, y vio «asombro, depresión» en las caras de los ciudadanos. No hubo manifestaciones, «ni vítores, ni lanzamiento de flores, ni fiebre belicista». Shirer fue al hotel Adlon, cerca de la Puerta de Brandenburgo, donde se reunió con funcionarios de la embajada británica, quienes lo asombraron con su indiferencia. «Parecían no inmutarse ante los acontecimientos», escribió en su diario. «Hablaban de perros y cosas semejantes[25]».

La declaración de guerra francesa se vivió en Berlín en cierto modo como un anticlímax, ya que se dio por supuesto que después de la declaración británica, Francia haría lo propio. Al final, la distancia entre los ultimátums británico y francés fue menor de lo que habían deseado la jefatura militar y el Gobierno franceses. Después de las discusiones en el seno del gabinete francés la tarde del 2 de septiembre, Bonnet se vio obligado, contra su voluntad, a enviar en plena noche un telegrama al embajador francés indicándole que esperase instrucciones a la mañana siguiente para entregar una nota al mediodía, el 3 de septiembre, exigiendo una respuesta a la petición anterior de retirada alemana de Polonia. Bonnet confiaba en poder alargar el plazo de la nueva exigencia hasta las 17 horas del 4 de septiembre, por si existía una mínima posibilidad de paz. Ni siquiera entonces se vio capaz de declarar la guerra; a las 10:50 el embajador recibió instrucciones: debía decir simplemente que si Alemania se negaba a responder, el Gobierno francés no tendría más remedio que «satisfacer […] los compromisos adquiridos por Francia con Polonia[26]».

Cuando Coulondre telefoneó a París para preguntar qué era lo que determinaba el rechazo alemán, Bonnet le dijo que cambiara la hora límite a las cinco de la tarde del 3 de septiembre. El cambio fue ordenado por Daladier esa mañana, a quien por fin el Ejército y la Marina franceses habían asegurado que sería aceptable una declaración de guerra antes de lo previsto[27]. Bonnet recordaría en sus memorias que luchó hasta el final para sacar más tiempo en caso de que en el último momento Hitler se echara atrás. «Yo luché por la paz», escribió más tarde, a fin de justificar su insistencia en el apaciguamiento, «como uno lucha por salvar a un hombre enfermo mientras le quede aliento[28]».

Al mediodía, una hora después de conocerse la declaración de guerra británica, el embajador francés llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Lo recibió el secretario de Estado, Ernst von Weizsäcker, quien le dijo que no estaba en posición de contestar a la pregunta de si las fuerzas alemanas se retirarían de Polonia o no. Dado que Coulondre tenía que entregar su mensaje, insistió en que se le permitiera ver a Ribbentrop. Lo condujeron a la cancillería del Reich, donde Ribbentrop se reunió con él a las 12:30. Dijo a Coulondre que una declaración francesa constituiría una «guerra agresiva», pero no contestó a la pregunta de si las tropas alemanas serían retiradas. Sólo cuando el embajador preguntó si su respuesta era negativa, Ribbentrop contestó: «Sí». Coulondre leyó a continuación la nota en la que se anunciaba que Francia cumpliría sus obligaciones para con Polonia a partir de las 17 horas de esa tarde[29]. En París ya circulaban las ediciones especiales de los periódicos anunciando: GUERRA: INGLATERRA EN ESTADO DE GUERRA CON ALEMANIA DESDE LAS ONCE DE ESTA MAÑANA. Corrieron rumores de que Hitler finalmente estaba a punto de echarse atrás; se oía a las enfermeras decir a gritos a los soldados que pasaban: «*Bonne guerre!*[30]». En sus informes, los prefectos provinciales dieron parte de que se respiraba cierto ambiente, algo entre «determinación y resignación», como lo expresó uno de ellos. Jacques Bardoux recordó en sus memorias que en esos momentos los parisinos adoptaron una actitud «de moderación y sencillez, de silencio y firmeza»; tampoco aquí, como en Berlín, se veían las vitoreantes multitudes de 1914[31]. Poco antes de vencer el ultimátum, André Maurois, que había sido respaldado junto con otros académicos e

intelectuales para formar una nueva Comisión de Información el día anterior («la conversación fue brillante, el desorden aterrador», recordó), aguardaba la fatídica hora con un amigo en un despacho. «Cuando sonaron las cinco campanadas», escribió, «nos cogimos de la mano[32]». Daladier pronunció un discurso a la nación como había hecho antes Chamberlain ese mismo día. Sus palabras fueron retóricas y patrióticas, a diferencia de las de Chamberlain, que habían estado cargadas de patetismo: «Estamos en guerra por imposición. Cada uno de nosotros ocupa su puesto, en el territorio francés, en la tierra de la libertad, donde el respeto a la dignidad humana tiene uno de sus últimos refugios[33]».

El inicio de una guerra europea provocó un estallido de actividad en todo el mundo. La declaración de guerra francesa implicó automáticamente a todo su imperio; en cambio, la declaración británica fue solo en nombre de las colonias y los protectorados británicos. A lo largo del día otras partes de la Commonwealth británica hicieron sus declaraciones. Debido a las diferencias horarias, Australia y Nueva Zelanda declararon la guerra a última hora del día 3 de septiembre, y el Gobierno de la India, a media tarde[34]. En Polonia, el bombardeo alemán no impidió a la gente salir a las calles, deseosa de noticias. A primera hora, de camino a Lublin, Zygmunt Klukowski, alistado como médico militar polaco, encontró bullicio en todas partes. «Todo el mundo está en espera de que Inglaterra y Francia declaren la guerra», escribió en su diario, «pero ¿cuándo ocurrirá?». Finalmente, a la hora del almuerzo, la radio polaca emitió un comunicado para anunciar que Gran Bretaña había declarado la guerra y Francia la seguiría en pocas horas. A continuación sonaron los tres himnos nacionales. Fuera, Klukowski encontró a una muchedumbre complacida; en pocos minutos las calles se decoraron con banderas de las tres naciones, ya preparadas para el momento en que los aliados de Polonia se declararan beligerantes[35]. En Varsovia se congregó una gran multitud frente a la embajada británica para vitorear el inicio de la guerra una vez dada la noticia, pero la mayor celebración se reservó para la declaración francesa de esa tarde. El embajador francés, Léon Noël, escribió después que antes de las cinco de la tarde empezó a

reunirse una muchedumbre, procedente de todos los sectores de la sociedad polaca. Dejaron flores y cartas ante las puertas de la embajada y cantaron estrofas de *La Marsellesa*. La calle se llenó a rebosar y era difícil dar un paso. Eran, recordó Noël, «escenas indescriptibles». En ese momento, miles de polacos creían que pronto sus aliados lucharían hasta las últimas consecuencias, como hacían ellos[36].

La medida más urgente que debía tomarse atañía a la política militar. En Berlín, Hitler firmó la Disposición n.º 2, que exigía una postura defensiva en el oeste y autorizaba las fases iniciales de la guerra naval, con instrucciones para poner minas y atacar barcos mercantes, peticiones ambas realizadas antes por el comandante en jefe de la Armada alemana, el almirante Erich Raeder[37]. El alto mando de la Armada tenía en general una visión pesimista en cuanto a las perspectivas alemanas. Después de oír la declaración de guerra británica, «que, según las anteriores afirmaciones del Führer, no era necesario esperar antes de 1944», Raeder escribió sus reflexiones sobre las perspectivas para su flota: «Tan sólo pueden demostrar que saben morir valientemente[38]». En Francia, la movilización de seis millones de soldados prosiguió, trasladándose las unidades de avanzada a las posiciones asignadas a lo largo de la Línea Maginot de defensas frente a la frontera alemana. Las tropas en todo el norte de África francés se hallaban también en estado de máxima alerta por si Mussolini decidía cambiar de idea en cuanto a su beligerancia.

En Gran Bretaña la movilización había sido más lenta durante la semana anterior al estallido de la guerra, pero a partir de ese instante tuvo que acelerarse. En el gabinete de la Presidencia, los funcionarios del Ministerio de la Guerra se habían reunido a las diez y media para ver si se declararía realmente la guerra. Mientras esperaban, tenían preparados tres telegramas distintos para utilizar uno u otro en función del desenlace: uno para el aplazamiento de la guerra, otro para la declaración de guerra a partir de una hora concreta pero posterior, y un tercero para el inicio inmediato de las hostilidades. El general de división John Kennedy, que había redactado los telegramas, conservó un cuarto papel en blanco por si los alemanes hacían algo imprevisto[39]. Poco antes de la alocución radiofónica de Chamberlain se les dijo que enviasen la tercera versión, el telegrama de guerra, a los jefes

de todas las armas. En la posterior confusión causada por la alarma antiaérea, nadie se acordó de transmitirle la noticia al ministro de la Guerra, que tuvo que esperar hasta la hora del almuerzo para enterarse de que las hostilidades ya habían empezado. Se produjo una gran confusión porque todavía no se había decidido quién se pondría al frente del esfuerzo bélico británico con el rango de comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria británica. Después de una difícil reunión del primer gabinete de guerra de Chamberlain a las 17 horas, en la que Churchill ocupaba ya el cargo de primer Lord del Almirantazgo, se acordó asignar el mando al general Gort, mientras que su función de jefe del estado mayor imperial sería desempeñada por el general Ironside, pese a que algunos miembros del gabinete, al tratar el tema, habían expresado el temor de que fuera un intrigante de poco fiar[40]. Los dos generales fueron presentados ante el rey a las 19:30, y las fuerzas británicas dispusieron por fin de un alto mando.

La mayor parte de la acción militar se limitó al frente polaco. El 3 de septiembre las fuerzas germanas del grupo de ejércitos del norte consiguieron atravesar el Corredor polaco y establecer un lazo con Prusia Oriental. El grupo de ejércitos del sur, al mando del general Gerd von Rundstedt, inició un continuo avance hacia Cracovia y Lodz, mientras que el décimo ejército de Walter von Reichenau tomaba Chestokova, situada entre aquellas dos capitales. Las Fuerzas Aéreas alemanas bombardearon objetivos emplazados muy en retaguardia y dificultaron el reagrupamiento de las fuerzas polacas en su retirada. En el golfo de Danzig, la Armada alemana hundió el minador polaco *Gryf* y el destructor *Wicher* mientras bombardeaba el puerto polaco de Gdynia[41]. Los comandantes alemanes ya estaban seguros de que derrotarían a las fuerzas polacas rápidamente, mientras que el mando polaco reconocía la inviabilidad de su posición. Si bien los comandantes británicos y franceses no habían hecho ninguna promesa concreta en cuanto a una ayuda inmediata a Polonia, los dirigentes polacos esperaban que se hiciera algo para aliviar la presión. La Royal Air Force lanzó seis millones de panfletos sobre Alemania en el transcurso de ese día, pero por lo demás ninguno de los nuevos aliados de Polonia contribuyó en lo más mínimo a contener el implacable avance de las fuerzas alemanas. Al cabo de dos días, el 5 de septiembre, un frustrado funcionario

británico de la embajada de Varsovia, Robin Hankey, hijo del antiguo secretario del gabinete, escribió una carta iracunda a su padre (que acababa de incorporarse al gabinete de guerra de Chamberlain como ministro sin cartera) quejándose de la falta de ayuda a Polonia:

> Pero ya va siendo hora de dar un buen varapalo a esos boches. Visto desde aquí, no estamos poniendo el menor empeño. Los polacos lucharán valientemente, pero ellos solos no pueden con el teutón. Ya va siendo hora de que destruyamos las fábricas de Alemania. Eso de los objetivos militares no son más que patrañas. Han bombardeado pueblos y ciudades por toda Polonia. Debemos ir a por Alemania antes de que se rompa el frente oriental[42].

Poco a poco la verdad quedó clara a los dirigentes polacos: las potencias occidentales nunca habían tenido la intención de luchar en su defensa. El padre de Robin, Maurice Hankey, redactó un discurso más adelante en ese mismo mes de septiembre en el que comentó que los polacos sabían desde el principio que la cantidad de ayuda que obtendrían de las potencias occidentales sería limitada. «El rescate último de los pueblos libres», escribió, «nos da determinación a nosotros y consuelo a los polacos[43]». Al final, Polonia fue traicionada por la guerra como Checoslovaquia lo había sido por la paz.

La acción en el teatro de operaciones occidental era casi nula. Pronto se demostró que el miedo a los bombardeos como primer acto de guerra entre estados desarrollados era infundado. Cuando el 1 de septiembre Roosevelt apeló a las potencias en conflicto para que no realizasen ataques indiscriminados contra la población civil desde el aire, el Gobierno británico respondió de inmediato que formaba parte ya de la política de Gran Bretaña restringir los ataques a «objetivos estrictamente militares», siempre y cuando las demás potencias observaran la misma norma de autocontrol. Hitler confirmó que ésa era también la postura alemana[44]. No obstante, el Ministerio del Aire alertó a la Royal Air Force a las 2:15 de la madrugada del 3 de septiembre de que casi con toda seguridad habría un estado de guerra a partir de las once de la mañana y que debían esperarse ataques al menos dos horas antes. El mando de bombarderos recibió orden de permanecer en alerta en espera de instrucciones específicas «para operaciones planeadas». Dichas instrucciones consistieron al final en el

lanzamiento de panfletos. La otra única medida de emergencia adoptada ese día fue acabar de inflar los globos de barrera, muchos de los cuales estaban ya colocados pero no se llenaron de gas hasta que se hubo declarado el estado de guerra[45]. La única acción de cierta importancia no tuvo lugar en el aire, sino en el mar. Por la noche, el transatlántico británico *Athenia*, de 13 500 toneladas, fue torpedeado por el submarino alemán U-30 a unos trescientos cincuenta kilómetros al oeste de las Hébridas escocesas, porque el comandante confundió el transatlántico, en el que viajaban unas mil quinientas personas entre pasajeros y tripulación, con un crucero auxiliar. Perdieron la vida un total de 128 personas, 28 de ellas estadounidenses. Cuatro barcos en las inmediaciones, incluido uno noruego, respondieron al SOS y rescataron a la mayoría de los náufragos. El barco por fin se hundió a las 10:40 de la mañana siguiente. Inicialmente la Armada alemana no dio crédito a los informes, porque los submarinos alemanes tenían órdenes estrictas de no atacar buques civiles. Hitler ordenó que se desmintiera el hecho públicamente, pero cuando el U-30 regresó a puerto se supo que el capitán, el teniente Lemp, efectivamente había ordenado el hundimiento. Afirmó que había actuado en un momento de agitación al abrir las órdenes selladas después de la declaración de guerra. Se exigió a su tripulación y a él jurar que guardarían silencio, y Lemp murió cuando su siguiente submarino fue hundido en mayo de 1941. Hitler envió órdenes especiales a las unidades navales para dejar claro que bajo ningún concepto debían atacarse buques de pasajeros, pero esta disposición sólo duró un año[46].

La noche del 3 de septiembre fue tranquila en los dos estados occidentales después de la escalada de tensión de las últimas semanas. «Como un nadador que, cansado de ir contra corriente», escribió el periodista británico Malcolm Muggeridge, «abandona la lucha y se deja llevar por aquello a lo que durante tanto tiempo ha intentado resistirse, así se permitió que esta última crisis siguiera su curso[47]». Algunas de las personas más estrechamente ligadas a la crisis se relajaron cuando concluyó su labor en favor de la paz. Esa tarde, Cadogan llevó a su esposa a visitar la sala de operaciones militares del Foreign Office, y después fue a dar un paseo por los jardines del palacio de Buckingham con Halifax. Después de varias noches prácticamente sin dormir, regresó a casa a las 19:30 para

cenar y acostarse, y escribió en su diario que ahora «hay alivio; se han resuelto las dudas». A las tres de la madrugada lo despertó una alarma antiaérea[48]. Esa noche el rey Jorge VI habló por radio a todo el Imperio británico. Ese día había decidido llevar por primera vez un diario a fin de registrar la transición a la guerra. En la primera entrada recordó lo que sintió como joven guardiamarina cuando estalló la guerra en 1914 y a continuación añadió: «quienes pasamos por la Gran Guerra nunca hemos querido otra…»[49]. Bonnet, después de ver al encargado de negocios alemán a las 19:30 para comunicarle formalmente el estado de guerra, escribió en su diario acerca de su incapacidad para entender a los colegas que preferían la guerra a la paz; después la hoja que incluía la última parte de esa entrada fue arrancada[50]. En un pequeño pueblo de Norfolk, una tendera, que llevaba un diario para la organización Mass Observation, escribió esa noche que le costaba imaginar que muchos hombres amigos suyos pronto serían llamados a filas: «Opto por pensar que caen en combate», escribió, «y así, si eso ocurre, no será para mí un golpe tan duro, y si al final no ocurre, me llevaré una gran alegría[51]».

En Alemania, el ambiente era bastante más sombrío. Los alemanes que querían oír por sí mismos las noticias de lo que sucedía no podían escuchar ningún noticiario que no fuera alemán. Había entrado en vigor un decreto firmado por Hitler dos días antes que prohibía a la población escuchar las emisoras de radio extranjeras. En los casos más graves, quienes ponían en peligro la seguridad del Estado eran condenados a la pena capital; en los demás casos, a periodos de prisión[52]. Quienes habían criticado la estrategia de Hitler también tuvieron que empezar a contenerse. Esa noche, el jefe de estado mayor del Ejército, el general Franz Halder, comentó sus temores a otro oficial. «Él hablaba muy en serio», consignó el coronel Liss. «"Ahora también los ingleses", dijo. "Los ingleses son tenaces. Ahora durará mucho tiempo[53]"». Weizsäcker, que había esperado influir en Ribbentrop y obtener la paz, confió a su diario la esperanza de que la guerra no destruyese por completo «todo aquello que es bueno y valioso[54]». Por la noche, Birger Dahlerus, defraudado por el fracaso de su diplomacia secreta extraoficial, recibió en su hotel la visita del secretario de Estado de Göring, que se presentó para darle las gracias por sus muchos esfuerzos en

favor de la paz. A la mañana siguiente vio por última vez a Göring, quien le dijo que albergaba la esperanza de que, tras la rápida conquista de Polonia, los estados occidentales reconociesen que el conflicto «debía zanjarse lo antes posible y evitar así una guerra mundial[55]». Ese mismo día, los miembros de las embajadas británica y francesa subieron a sendos trenes Pullman y regresaron a sus respectivas capitales, como era su derecho conforme a la ley internacional.

Conclusión
¿Por qué la guerra?

¿Por qué estalló una guerra europea general en septiembre de 1939? En los días de la crisis se habló mucho de las lecciones aprendidas con el inicio de la guerra de 1914. En las potencias occidentales, la mayoría de la gente dio por supuesto que la diplomacia enturbiada que había llevado a la guerra veinticinco años antes no serviría para explicar también la guerra de 1939. En su carta a Hitler del 22 de agosto de 1939, Chamberlain insistió en que no deseaba repetir lo sucedido en 1914, fecha en que «se habría evitado la gran catástrofe» si el Gobierno británico hubiese expresado más claramente su postura. Al decirle a Hitler sin rodeos que Gran Bretaña lucharía por Polonia, prosiguió, quiso evitar cualquier «malentendido trágico[1]». En una nota escrita durante la guerra sobre la política exterior británica, Lord Halifax sostuvo que, a su juicio, quizás habría sido posible disuadir a Hitler «si dejábamos inequívocamente claro, como no conseguimos en 1914, que las agresiones concretas que, según creíamos, él tenía en mente, darían pie a una guerra general[2]». Gran Bretaña y Francia, al ver que Hitler atacaba Polonia, cumplieron debidamente su compromiso de defender la independencia de Polonia y, como consecuencia de ello, se produjo una guerra.

Aunque ésta podría ser una explicación sencilla de por qué estalló exactamente la guerra, la realidad fue mucho más compleja. Incluso la esperanza de que nadie podría comparar 1914 con 1939 fue sometida a un análisis crítico más adelante, durante el conflicto, cuando el historiador

británico *Sir* Llewellyn Woodward fue invitado a empezar a escribir un estudio oficial sobre la política exterior británica antes del estallido bélico. Woodward escribió a Halifax en 1943 para pedirle que examinara íntegramente las galeradas de lo que había escrito. Después de la experiencia de lo ocurrido en 1914, escribió Woodward, estaba seguro de que «los alemanes volverán a aplicar su pedante literalidad a todas las pruebas sobre los orígenes de esta guerra. Por tanto no debemos dejar opciones a esa clase de "crítico superior" alemán[3]». Halifax respondió que durante los últimos días de la crisis le había preocupado que Hitler presentara «condiciones engañosas» que, pese a ser aparentemente serias, los polacos tendrían que rechazar. En esas circunstancias, prosiguió Halifax, el apoyo británico a los polacos podría parecerse al tristemente famoso «cheque en blanco» alemán entregado a Austria en 1914, y la opinión internacional pensaría que era Gran Bretaña quien había «precipitado la guerra». Por suerte, concluyó Halifax, Hitler invadió Polonia y el dilema nunca se planteó[4].

Aun si Hitler fue responsable de la guerra de 1939, queda todavía la duda mayor de qué clase de guerra pretendía. Pocos historiadores aceptan ya que Hitler tuviera un plan o proyecto para la conquista del mundo, en el que Polonia era un primer paso hacia cierto remoto imperio mundial alemán. De hecho, investigaciones recientes han inducido a pensar que apenas existían planes sobre qué hacer con una Polonia conquistada, y que la visión de un nuevo imperio alemán en Europa central y oriental tuvo que improvisarse casi desde cero[5]. La principal dificultad es establecer si Hitler buscaba una guerra local contra Polonia en 1939, como siempre dijo, o si decidió en algún momento de 1939 volverse hacia el oeste y librar una guerra europea general. Puede aducirse que Hitler se vio empujado a aceptar una guerra con Gran Bretaña y Francia por los costes crecientes del rearme, las dificultades para satisfacer los requisitos comerciales necesarios a fin de seguir alimentando el desarrollo militar y la toma de conciencia de que la ventaja pasajera de Alemania en armamento pronto podía evaporarse. «La decisión de Hitler de desatar una guerra general europea», como ha dicho recientemente un historiador, se basó en la idea de «cuanto antes mejor[6]». Tras la decisión de librar una guerra general, como se ha

afirmado, se escondían mayores ambiciones: la pugna por el poder mundial con Estados Unidos, país que Hitler veía como instrumento de la conspiración judía mundial[7]. Estos argumentos favorecen demasiado a los estados occidentales. La ambición de conquista de Hitler en el este coincide con buena parte de las fantasías geopolíticas alemanas que se remontaban a décadas atrás, y Hitler estaba tan absorto como podría estarlo cualquier nacionalista alemán de las provincias del centro de Europa en la idea de extraer del este de Europa una versión más extensa y más brutal del imperio de los Habsburgo, provista de un nuevo modelo de explotación económica (la llamada «economía de zona amplia») y alimentada por sueños de utopía racial. Hitler quería la guerra con Polonia para crear el imperio de Europa central y abrir el camino a un enfrentamiento a la larga con la Unión Soviética de Stalin[8].

El segundo problema con el argumento de que Hitler buscaba una guerra general es el carácter de las pruebas. En sus conversaciones testamentarias recogidas por Martin Bormann en las últimas semanas de la Segunda Guerra Mundial, Hitler se quejó de que «es falso que yo o cualquier otra persona en Alemania quisiera tener una guerra [general] en el año 1939[9]». Aunque sin duda Hitler no es un testigo fidedigno en su propia defensa, las pruebas de las últimas semanas antes del inicio de la guerra nos lo muestran una y otra vez repitiendo a sus elementos más allegados de la elite política y militar que deseaba dar dimensión local al conflicto. Su arquitecto preferido y miembro del partido, Albert Speer, escribió en sus memorias que Hitler «se mantuvo inquebrantablemente en su opinión de que las potencias occidentales estaban demasiado desgastadas y eran demasiado débiles y decadentes para iniciar seriamente la guerra». En opinión de Speer, Hitler, después del 3 de septiembre, tardó aún un tiempo en tomar plena conciencia «de que había desatado irremediablemente una guerra mundial[10]». Existía un alto grado de riesgo, como reconoció el propio Hitler, pero en agosto de 1939 se había convencido de que Polonia era un enemigo que merecía ser conquistado y castigado, y no comprendía por qué Gran Bretaña y Francia tenían que inmiscuirse en eso. Compartía este punto de vista con gran parte de la población alemana, que podía verle el sentido a una guerra destinada a

resolver los asuntos pendientes con los polacos, cuyo Estado se consideraba el resultado ilegítimo del despreciado Tratado de Versalles, pero no veía el sentido a una guerra con las potencias occidentales. Incluso en esta ambición más limitada se apreciaba una irracionalidad esencial, ya que «la carta blanca en el este» que deseaba Hitler era una quimera. La invasión de Polonia puso a Alemania cara a cara ante un coloso en rápida carrera armamentista cuyos dirigentes comunistas no tenían la menor intención de dar carta blanca a Hitler ni a nadie. La decisión de Hitler de entrar en guerra con Polonia no se tomó porque él quisiera luchar contra las potencias occidentales —cosa que podía hacer sencillamente declarando la guerra—, sino porque tenía la convicción de que, en una pugna de voluntades entre ambos lados, se impondría la suya, y las potencias occidentales se echarían atrás. Como lo describió en sus memorias Nicolaus von Below, Hitler se arriesgó a la vez que «en el fondo de su ser esperaba contra todo pronóstico que Gran Bretaña se retirase en el último momento[11]».

Lo más difícil de explicar es por qué Gran Bretaña y Francia, después de ceder tanto en apariencia a las ambiciones de los tres estados del Eje, Alemania, Italia y Japón, a lo largo de la década de 1930, decidieron luchar por Polonia en 1939. Aquí la respuesta sencilla es, claro está, que Polonia, al desafiar a Hitler, aceptó la guerra; y como se había garantizado la independencia polaca en marzo de 1939, Gran Bretaña y Francia estaban también obligadas a luchar contra Alemania. Pero Gran Bretaña y Francia tenían muchos problemas que superar para poner sus preparativos militares a la altura de sus ambiciones, sobre todo la imposición de importantes restricciones económicas y financieras cuando el rearme se aceleró en 1939. También era necesario reconciliar la perspectiva de guerra con una población que en gran medida había sido antibelicista durante los años de la crisis internacional. El coste de librar una guerra de gran envergadura que pusiera en peligro el futuro de los imperios británico y francés y la posición de éstos como grandes potencias ha inducido en los últimos años a una revisión de la sensatez de ir a la guerra. Puede considerarse la lucha contra Hitler, como la describió recientemente el político estadounidense Patrick Buchanan, «una guerra innecesaria». Según Buchanan, la guerra costó a los británicos su imperio y creó las condiciones para los cincuenta años de

guerra fría y la dominación comunista en Europa del este y Asia. El mayor error fue la garantía a Polonia, que hizo inevitable una guerra. «Con la garantía de Chamberlain», escribe Buchanan, «se fraguó la guerra más cruenta de la historia[12]».

Éste es un punto de vista que apenas tiene en cuenta las circunstancias de la época. Británicos y franceses no optaron por la guerra en 1939 porque desearan desencadenar el fin del mundo. De hecho, todos los esfuerzos de los británicos y los franceses primero por apaciguar y después por disuadir a Alemania estaban encaminados a no instigar una segunda Gran Guerra en Europa. Al final la disuasión falló, la otra cara de toda estrategia disuasoria es la voluntad de utilizar la fuerza. Gran Bretaña y Francia no optaron por la guerra al conceder una «garantía de guerra», ya que los dos países esperaban que ante la presencia de dos estados fuertemente armados, con acceso a mayores recursos económicos y potencial militar, Hitler diese el brazo a torcer al verse a un paso de la guerra. Alexander Cadogan escribió en su diario alrededor de las doce de la noche el 31 de agosto, mientras las tropas alemanas aprovechaban unas cuantas horas más de sueño antes de trasladarse a sus puestos de combate: «Pero sí me parece a mí que Hitler vacila y prueba toda clase de tretas, incluido el farol de última hora[13]».

La decisión de británicos y franceses de ir a la guerra debe verse también con el telón de fondo de los crecientes temores en sus poblaciones ante la posibilidad de que Alemania en concreto representase una grave amenaza contra su forma de vida existente y los valores que deseaban ver preservados en el desarrollo de los asuntos internacionales. Aunque a menudo se afirma, y con razón, que a ningún Estado le preocupaba mucho respetar esos valores en el trato dispensado a sus imperios, las dos potencias se consideraron guardianas autodesignadas del mundo occidental asaltado por el malestar interno y la amenaza externa. En Gran Bretaña especialmente existía un pronunciado sentido de la responsabilidad por mantener en orden el mundo más amplio. «Gran Bretaña», escribió el político Oliver Harvey en abril de 1939 en un estudio de amplio espectro sobre el orden internacional, «es la potencia mayor, más rica y potencialmente más fuerte», y debería usar ese poder para devolver la cordura al mundo[14]. En un discurso de ese mismo año, Lord Halifax

recordó a sus oyentes «que este país y la gran sociedad política de la que es origen y centro tienen una responsabilidad inmensa, y que su fuerza es la mejor garantía que puede tener el mundo…»[15]. Esta sensación de que Gran Bretaña podía desempeñar el papel de lo que Halifax llamó «un Alto Comisionado Moral» era un elemento en la percepción de sí misma que tenía Gran Bretaña, elemento que dio forma a gran parte de la retórica utilizada para hacer frente a Hitler en 1939. Tras el inicio de las hostilidades, cuando ya era evidente que Gran Bretaña y Francia no intervenían directamente en la defensa de Polonia, Halifax pronunció un discurso, en enero de 1940, volviendo sobre el tema de que la guerra aliada no tenía nada que ver con Polonia, sino que atañía nada menos que a «la libertad y la independencia de nuestro propio país y la Commonwealth, así como la de todos los estados europeos[16]».

La opinión pública apenas compartía esta visión de la contienda como una lucha de órdenes ideológicos, aunque sí es cierto que estaba teñida de hostilidad hacia el fascismo y el militarismo y de una demonización de Hitler como arquitecto de la crisis. Una inglesa que trabajaba en un puesto de venta de pescado y patatas fritas, escribiendo para Mass Observation, recogió las opiniones de sus clientes el día que Alemania invadió Polonia: «Ahora tenemos que detenerlo»; «Más vale detenerlo»; «Llevarlo a una isla como al Kaiser» (un recuerdo curiosamente mezclado de Napoleón y Guillermo II); «Maldito demonio, no podemos permitírselo, ¿verdad que no?»[17]. Todas estas opiniones iban dirigidas contra Hitler más que contra los alemanes, pero reflejan una creciente predisposición, evidente en Gran Bretaña durante los meses de verano, a aceptar la necesidad de una guerra. Un observador británico informó al Foreign Office a finales de junio de que iba en aumento la creencia también entre los alemanes «de que un gran número de personas en este país realmente quiere la guerra en contra de ellos[18]». En Francia existía más hostilidad contra la agresión alemana que contra el fascismo o Hitler. Tras el inicio de la contienda, el Gobierno francés preguntó a su aliado británico si era posible no distinguir tan claramente entre «nazis» y «alemanes» al tratar los objetivos de guerra, ya que en Francia era la guerra contra Alemania, por tercera vez en setenta años, lo que avivaba la resolución del público a la lucha[19]. André Maurois

recordó que el 31 de agosto su barbero repitió la expresión popularizada ese otoño: «*Il faut en finir!*», «Hay que acabar con ello». A continuación Maurois escribió su artículo para *Le Figaro*, en el que no hablaba de la amenaza del hitlerismo, sino de «la amenaza de Alemania[20]». El apoyo popular en septiembre de 1939, por muy teñido que estuviese de pesadumbre, inquietud y resentimiento, veía el conflicto como una «guerra necesaria».

No obstante, el marco más amplio para explicar la guerra en 1939 induce a pensar en una inevitabilidad ante la que los últimos días del drama parecen tener menos importancia de la que en realidad tuvieron. El guión de la crisis final no estaba del todo escrito de antemano. Al igual que en 1914, los protagonistas discutieron, maniobraron, adoptaron poses y calcularon; al igual que en 1914, lo hicieron con datos parciales, información secreta ambigua y ciega convicción. No es imposible que en ciertos momentos de la crisis pudieran haberse tomado decisiones distintas debido a factores generados por la extrema tensión en sí misma, como puso de manifiesto la decisión de Hitler de suspender la invasión el 25 de agosto, o la predisposición polaca a negociar, o la compleja hostilidad entre Bonnet y Daladier. Toda crisis internacional agravada, desde la guerra de Crimea hasta la invasión de Iraq, ha dado pie a periodos de interacción política inestable y circunstancias impredecibles antes del inicio de hostilidades. Los últimos diez días antes del estallido de la guerra fueron un ejemplo característico de un enfrentamiento de alto riesgo.

El primer elemento al que tuvieron que hacer frente todos los protagonistas fue un creciente agotamiento físico y mental ante unos acontecimientos que se sucedían tan deprisa que amenazaban con superar a quienes intentaban atajarlos. Hitler, según Speer, estaba «con los nervios a flor de piel» durante los últimos días de agosto, dando la impresión de hallarse «extenuado por exceso de trabajo[21]». Goebbels se quejaba día tras día en su diario de que se retiraba a dormir tarde: «Me acuesto tarde, me levanto temprano», el 23 de agosto; al cabo de dos días: «Tarde y muerto de cansancio, sólo unas horas de sueño»; «a las tres de la madrugada todavía en el despacho […] unas pocas horas de sueño», el 26 de agosto, y así sucesivamente[22]. En Londres, Cadogan anotó entradas muy parecidas al

llegar a casa diariamente a altas horas de la noche: «Enloquecido de fatiga», el 30 de agosto; «no puedo hacer una exposición completa o coherente, demasiado cansado», la noche siguiente[23]. Neville Chamberlain describió su estado de ánimo en una carta escrita a su hermana Hilda el 27 de agosto en la que transmite la sensación de permanente tensión bajo la que actuaban los principales participantes:

> ¡Uf! Qué semana. Una o dos más así me quitarían años de vida. Tanto si esto es sólo una guerra de nervios como si estamos en las fases preliminares de una guerra real, hay que tener nervios de acero para soportarlo y conservar la cordura y el valor. Me siento como si condujera una torpe tartana por una carretera estrecha y tortuosa junto a un precipicio. Apenas te atreves a mirar abajo por miedo al vértigo[24]…

Muchos testigos directos de los últimos días previos a la guerra han dado fe de la visible tensión en el rostro de Chamberlain. Éste deseaba participar en todo lo que podía, lo que le impuso una agenda extenuante para un hombre de setenta años. Cuando los jefes de estado mayor le pidieron el 30 de agosto que organizara una reunión para estudiar los planes del inicio de hostilidades, Chamberlain escribió en la nota: «Es difícil concertar citas por anticipado en estos momentos[25]». La capacidad para controlar los acontecimientos en una situación así mermó gradualmente. La sensación de que «los acontecimientos se imponían», conforme los participantes se veían cada vez más sometidos a presiones mentales y debilitamiento físico por los largos periodos de trabajo intenso con pocas horas de sueño, dificultó cada vez más la posibilidad de pensar al margen de la crisis inmediata o contemplar consecuencias más amplias.

La visión cada vez más estrecha generada por las condiciones de la crisis causó una creciente irracionalidad en la que la perspectiva más amplia o las causas más arraigadas del enfrentamiento se abandonaron en favor de una «caja mental» restringida en la que había que tomar las decisiones. En Alemania, el marco de la crisis fue la determinación de Hitler de castigar a los polacos por todas sus supuestas transgresiones y la convicción de que los estados occidentales se echarían atrás. Cada mínimo dato proporcionado por los servicios de inteligencia, incluidos los mensajes telefónicos y cifrados interceptados por los servicios alemanes que llegaban a Londres y

París, se examinaba desde este punto de vista, no para alterar la convicción, sino para reafirmarla. En Londres y París, la obsesión con el efecto disuasorio de la firmeza también llevó a ver bajo esa luz todo dato de los servicios de inteligencia y toda comunicación procedente de Alemania, con la esperanza de detectar en las frases empleadas o las palabras elegidas alguna insinuación de que Hitler podía echarse atrás. El carácter irracional de esas expectativas rara vez se contempló durante esos últimos días. En el Foreign Office, Richard Butler describió las posibles vías de escape de la crisis tal como las veía la víspera de la contienda. O «Hitler se abalanza sobre los polacos con su Ejército ya movilizado y el resultado es una guerra general», o «renuncia a su deseo de destruir a los polacos, se traga el orgullo y envía su Ejército de vuelta a casa[26]». A la fría luz del día, la segunda de estas opciones ahora parece una fantasía, pero fue la esperanza a la que se aferraron Londres y París hasta el final mismo de la paz.

La estrecha «caja mental» contenía su propio universo moral en cada uno de los bandos. Hitler y sus principales colegas políticos casi con toda seguridad se convencieron de que la guerra contra Polonia estaba del todo justificada desde el punto de vista moral, por criminales que fuesen los planes reales de guerra. Cada «atrocidad» polaca se empleó entonces para justificar la tendencia a concentrar la atención en resolver la cuestión polaca a toda costa en lugar de depositarla en un marco más racional para llegar a un posible acuerdo o evaluar los resultados probables de una acción precipitada. En el bando británico y francés, la búsqueda de una justificación que tuviese un significado inmediato se halló en el concepto del honor. Mantener la garantía a Polonia a toda costa era la alternativa a la deshonra nacional, y si bien esto podía parecer un compromiso moral demasiado anticuado para la diplomacia en la Europa de los años treinta, se repitió regularmente en los últimos días de la crisis, y sobre todo en el ínterin entre la invasión de Polonia y la declaración de guerra. Por su simplicidad, aventajaba a todos los demás argumentos en torno a la justificación para iniciar la guerra y reducía la visión moral de las democracias a una sola palabra. Cuando Arthur Greenwood vaciló al final de su discurso la noche del 2 de septiembre mientras buscaba una palabra para describir lo que había en juego, un parlamentario exclamó: «¡Honor!».

Greenwood continuó: «Permítame acabar la frase. Iba a decir "poner en peligro los cimientos de nuestro honor nacional[27]"». En Francia, Paul Reynaud recogió en sus memorias las discusiones con Bonnet previas a la declaración de guerra. En ese momento, escribió, «uno debía elegir el honor ante la deshonra», porque el camino de la deshonra habría dejado a Francia aislada y repudiada, separada del mundo anglosajón, a merced de una rápida derrota a manos de una Alemania triunfal[28]. Como se vio, en 1940 el honor produjo el mismo efecto que la deshonra.

La búsqueda de un argumento moral, provisional y convincente durante la crisis no hizo la guerra totalmente inevitable, pero sí difícil de evitar. La pugna de voluntades en los últimos días de paz, sobre todo entre dos protagonistas absolutamente distintos, Hitler y Chamberlain, adquirió su propia dimensión, independiente en gran medida de la larga historia de acontecimientos políticos, económicos y militares que los había llevado al inminente enfrentamiento. Las últimas decisiones tuvieron un insólito carácter inusual. Pero una vez tomadas las decisiones, el marco más estrecho permitió una nueva valoración más amplia de las posibilidades. Hitler de nuevo se convenció de que Gran Bretaña y Francia no lucharían en serio en cuanto Polonia fuese derrotada y dividida entre Alemania y la Unión Soviética, en tanto que Gran Bretaña y Francia tenían que decidir de una manera más formal cuáles eran exactamente sus objetivos bélicos más allá de satisfacer el honor nacional. A finales de septiembre de 1939 el embajador italiano en París visitó a *Sir* Eric Phipps, a punto de retirarse como embajador británico, para preguntarle qué pensaban hacer ahora los estados occidentales. Phipps le contestó que librarían la guerra hasta la victoria, aun si se prolongaba tres años. Al italiano le sorprendió la respuesta. Phipps la transmitió con sus propias palabras: «Podríamos luchar durante años y sacrificar millones de vidas británicas y francesas, y ni siquiera al final de una guerra victoriosa seríamos capaces de restablecer el país por el que habíamos entrado en guerra. El oso ruso permanecería firmemente asentado en su parte de Polonia y nosotros nunca lo desalojaríamos[29]». Pese a toda la retórica del honor, la realidad de la contienda en 1939 no era salvar a Polonia de una ocupación cruel, sino salvar a Gran Bretaña y Francia de un mundo en desintegración.

RICHARD JAMES OVERY (23 de diciembre de 1947), es catedrático de Historia Moderna de Europa en el King's College de Londres y uno de los historiadores más eminentes del Reino Unido. Con investigaciones conocidas en todo el mundo, se trata de un erudito de renombre cuyas obras han sido muy aclamadas por la crítica. Entre ellas cabe destacar *Russia's War*, en la que examina el efecto de la intervención soviética en la II Guerra Mundial; *The Battle*, que constituye un incisivo estudio de la batalla de Inglaterra; *Por qué ganaron los aliados* e *Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, donde se ocupa brillantemente de los juicios de Núremberg y disecciona la lógica interna del régimen nazi.

También fue asesor del Atlas of the Second World War de *The Times* y editor de The Times History of the 20th Century. Galardonado con el Premio Samuel Eliot Morison que concede la Sociedad de Historia Militar británica por su contribución a la historia militar, ha sido asesor de la BBC —particularmente en todo aquello relacionado con la guerra germano-soviética y los bombardeos aliados de Alemania— y coautor de *The Road to War*, libro que acompañó a la serie de televisión homónima.

NOTAS

[1] H. G. Wells, *The Shape of Things to Come [Las cosas del futuro],* Londres, 1933, págs. 156-157. <<

[2] *Parliamentary Debates (Hansard),* vol. 354, col. 10, 24 de agosto de 1939. <<

[3] *Akten zur Deutschen auswärtigen Politik* (ADAP), serie D, t. VI, Baden-Baden, 1956, pág. 479, «Bericht über eine Besprechung am 23 Mai 1939». <<

[4] The National Archives, Kew, Londres (NA), PREM 1/357, memorando FO, «The Polish request for Financial Assistance for military purposes», 9 de mayo de 1939, pág. 2. <<

[5] C. Kimmich, *The Free City: Danzig and German Foreign Polity, 1919-1934*, New Haven, 1968, págs. 3-9. <<

[6] J. Beck, *Dernier rapport: politique polonaise 1926-1939*, Paris, 1955, pág. 187. <<

[7] H. S. Levine, *Hitler's Free City: A History of the Nazi Party in Danzig 1925-1939*, Chicago, 1973, págs. 121-125, 127-138. <<

[8] La mejor descripción puede leerse en A. Zamoyski, *Warsaw 1920: Lenin's Failed Conquest of Europe*, Londres, 2008. <<

[9] A. Prazmowska, *Eastern Europe and the Origins of the Second World War*, Londres, 2000, págs. 137, 144-145. <<

[10] G. Engel, *Heeresadjutant bei Hitler, 1938-1943: Aufzeichnungen des Majors Engel*, Stuttgart, 1974, pág. 40. <<

[11] W. Jedrzejewicz (ed.), *Diplomat in Berlin 1933-1939: Papers and Memoirs of Józef Lipski, Ambassador of Poland*, Nueva York, 1968, págs. 453-458, doc. 124, notas relativas a la conversación del embajador Lipski con el ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop, el 24 de octubre de 1938. <<

[12] Jedrzejewicz (ed.), *Diplomat in Berlin*, págs. 482, 582. Véase también D. Schenk, *Hitlers Mann in Danzig: Albert Förster und die NS-Verbrecben in Danzig-Westpreussen*, Bonn, 2000, págs. 103-104. <<

[13] Documentos de Lipski, págs. 503-504, doc. 138, memorando sobre la reunión de oficiales de alto rango con el ministro polaco de Asuntos Exteriores. <<

[14] NA, PREM 1/33 1a, nota para Horace Wilson del coronel Hastings Ismay, 31 de marzo de 1939, incluido el análisis de la información sobre Polonia; nota para Wilson de Ismay, 31 de marzo de 1939, incluido el informe del subdirector de Inteligencia Militar, «Germany's intentions regarding Danzig - 30 March 1939». <<

[15] NA, PREM 1/33 1a, memorando del secretario de Estado, «Danzig», 5 de mayo de 1939, págs. 5, 8. <<

[16] Schenk, *Hitlers Mann in Danzig*, págs. 104-105; ADAP, serie D, tomo VI, pág. 479. <<

[17] Ya se hablaba del llamado «Plan de Guerra» para un conflicto de tres años en marzo y se acordó en el gabinete de guerra británico pocos días después de iniciarse la contienda. Véase NA, AIR 9/105, jefe de estado mayor, «British Strategical Memorandum», 20 de marzo de 1939; PREM 1/377, acta sobre los objetivos de la guerra, 9 de septiembre de 1939. La planificación debía basarse «en la suposición de que la guerra durará tres años o más». <<

[18] NA, PREM 1/357, memorando del Foreign Office, «The Polish request for Financial Assistance for military purposes», 9 de mayo de 1939; memoria del embajador polaco, 12 de mayo de 1939; memorando para el primer ministro de *Sir* John Simon, 15 de mayo de 1939; Simon a Halifax, 24 de julio de 1939. <<

[19] G. Bonnet, *Quai d'Orsay*, Isle of Man, 1965, pág. 251; Borthwick Archive, Universidad de York, Documentos de Halifax, A4.410.12/1, «Foreign Policy 1938-1939: an unpublished note» (sin fecha), pág. 3. <<

[20] H. Michaelis y E. Schraepler (eds.), *Ursachen und Folgen vom deutschen Zusammenbruch 1938 und 1945 bis zur staatlichen Neuordnung Deutschlands in der Gegenwart*, Berlín (sin fecha), vol. xiii, pág. 481, «Niederschrift über die Aussprache Adolf Hitlers», 22 de agosto de 1939. Sobre la caída de los gobiernos de las potencias occidentales, véase L. E. Hill (ed.), *Die Weizsäcker Papiere 1933-1950*, Frankfurt am Main, 1974, pág. 159, entrada del diario del 23 de agosto de 1939. <<

[21] NA, PREM 1/133IA, R. Makins (FO), «Record of conversation with M. Burckhardt», 12 de junio de 1939, pág. 4. <<

[22] Magdalene College, Cambridge, documentos de Inge, vol. 36, Diario 1938-1939, entrada del 16 de marzo de 1939. <<

[23] NA, PREM l/33ia, oficina de la guerra al primer ministro, agosto de 1939, incluido «General Ironside's Report on conditions in Poland, 28 July 1939», pág. 3. <<

[24] W. L. Shirer, *Berlín Diary: The Journal of a Foreign Correspondent 1934-1941*, Londres, 1941, pág. 143, entrada del 13 de agosto de 1939 [trad. esp.: *Diario de Berlín*, Debate, Barcelona, 2008]. <<

[1] H. Rohde, B. Stegmann y H. Umbreit, *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, tomo II: *Die Errichtung der Hegemonie auf dem europäischen Kontinent*, Stuttgart, 1979, págs. 101-102; Schenk, *Hitlers Mann in Danzig* págs. 111-112. <<

[2] Rohde et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, tomo II, págs. 104-107. <<

[3] E. Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7: *Juli 1939-März 1940*, Münich, 1998, pág. 76, entrada del 25 de agosto de 1939 entrada del 2 de septiembre de 1939 [trad, esp.: *Los diarios de Goebbels*, Plaza y Janes, Barcelona, 1967]. <<

[4] Ibíd., pág. 77, entrada del 26 de agosto de 1939. <<

[5] C. Hartman, *Haider: Generalstabschef Hitlers 1938-1942*, Paderborn, 1991, pág. 137. <<

[6] B. Engelmann, *In Hitler's Germany: Everyday Life in the Third Reich*, Londres, 1988, pág. 150. <<

[7] Véase R. J. Overy, «Strategic Intelligence and the Outbreak of the Second World War», *War in History*, 5 (1998), págs. 475-476. <<

[8] Churchill College Archive, Cambridge, documentos de Christie, CHRS 1/29B, «Notes on Poland», 27 de junio de 1939; C. Andrew, *Secret Service: The Making of the British Intelligence Community*, Londres, 1985, pág. 429. <<

[9] R. Self (ed.), *The Neville Chamberlain Diary Letters*, vol. 4: *The Downing Street Years 1934-1940*, Aldershot, 2005, pág. 440, Neville Chamberlain a Ida Chamberlain, 19 de agosto de 1939; NA, PREM l/133la, Halifax a Chamberlain, 19 de agosto de 1939. <<

[10] S. Bradford, *King George VI*, Londres, 1989, pág. 303. <<

[11] NA, PREM 1/33IA, borrador de la carta de Chamberlain al rey Jorge VI, 23 de agosto de 1939, págs. 1-2. <<

[12] NA, PREM l/3rl, acta para el primer ministro escrita por *Sir* Charles Schuster, 23 de agosto de 1939; acta, «Conference on Emergency Powers (Defence) Bill», 23 de agosto de 1939. <<

[13] Churchill College Archive, documentos de Hore-Belisha, HOBE 5/65, «Precautionary Measures taken by the War Office, 22-28 August 1939»; HOBE 1/8, Diario 1939, entrada del 23 de agosto. <<

[14] Churchill College Archive, documento de Hankey, HNKY 10/1, carta de Hankey a Horace Wilson, 24 de agosto de 1939. <<

[15] Cmd 6106, «Documents concerning German-Polish Relations and the Outbreak of Hostilities between Great Britain and Germany, 1939», pág. 107, discurso del primer ministro, 24 de agosto de 1939; págs. 96-98, carta del primer ministro al canciller alemán, 22 de agosto de 1939. <<

[16] E. Spears, *Assignment to Catastrophe*, Londres, 1954, páginas. 24-25. <<

[17] R. Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère: Le Quai d'Orsay et Saint-John Perse à l'épreuve d'un regard: Journal novembre 1938-juin 1940*, Paris, 2000, pág. 71, entrada del 24 de agosto de 1939. <<

[18] P. Jackson, *France and the Nazi Menace: Intelligence and Policy Making 1933-1939*, Oxford, 2000, págs. 379-381; Bonnet, *Quai d'Orsay*, págs. 253-257; actas de la reunión en P. Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, 2 vols., Paris, 1947, vol. 1, pág. 593-595. <<

[19] R. Genebrier, *La France entre en guerre: Le témoignage du chef de cabinet de Daladier*, Paris, 1982, pág. 91. <<

[20] B. Bond (ed.), *Chief of Staff. The Diaries of Lieutenant General Sir Henry Pownall*, vol. I: 1933-1940, Londres, 1972, pág. 161. <<

[21] Spears, *Assignment to Catastrophe*, pág. 22. <<

[22] Véase R. J. Overy, «Munich: A Mutilated Victory?», *Diplomacy and Statecraft*, 10 (1999), págs. 191-215. <<

[23] A. Salter, *Personality in Politics: Studies of Contemporary Statesmen*, Londres, 1947, pág. 85. <<

[24] Churchill College Archive, documentos de Duff Cooper, DUFC 8/1/14, borrador de artículo sin fecha, pág. 5; Trinity College, Cambridge, documentos de Butler, F77, «Chamberlain, a candid portrait», publicado en *American Mercury*, 5 de noviembre de 1939. <<

[25] Salter, *Personality in Politics*, pág. 85. <<

[26] Documentos de Butler, G10, «notes on personalities» (sin fecha pero hacia junio de 1939), págs. 1-2; documentos de Halifax, A4.410.1/3, borrador de notas para un discurso en el 1900 Club, 21 de junio de 1939, págs. 6, 14. <<

[27] Documentos de Hankey, HNKY 1/7, Diario 1923-1942, entrada del 24 de agosto de 1939. <<

[28] Documentos de Hankey, HNKY 5/4, Hankey a Halifax, 17 de agosto de 1939. Sobre Daladier y la política francesa en 1939, véase J. Wardhaugh, *In Pursuit of the People: Political Culture in France, 1938-1939*, Londres, 2009, págs. 206-212, 227-228. <<

[29] Documentos de Hore-Belisha, HOBE 5/64, notas de una conversación con M. Daladier en París, 21 de agosto de 1939, pág. 2. <<

[30] Z. Klukowski, *Diary front the Years of Occupation 1939-44* (ed. A. y H. Klukowski, Urbana, Illinois, 1993), pág. 4, entrada del 25 de agosto de 1939. <<

[31] R. Rhodes James (ed.), *«Chips»: The Diary of Sir Henry Channon*, 2.ª ed., Londres, 1993, pág. 209, entrada del 25 de agosto de 1939. <<

[32] L. De Salvo y M. A. Leaska (eds.), *The Letters of Vita Sackville-Westto Virginia Woolf* Nueva York, 1985, pág. 425, carta del 25 de agosto de 1939. <<

[33] Shirer, *Berlin Diary*, pág. 148, entrada del 24 de agosto de 1939. <<

[34] Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere*, pág. 160, entrada del 24 de agosto de 1939. <<

[35] N. von Below, *At Hitler's Side: The Memoirs of Hitler's Luftwaffe Adjutant 1937-1945*, Londres, 2004, pág. 29, entrada del 15 de agosto de 1939; N. Henderson, *Failure of a Mission: Berlin 1937-1939*, Londres, 1940, pág. 259. <<

[36] Cmd 6106, «Documents concerning German-Polish Relations», págs. 120-122, comunicado suplementario del canciller alemán, 25 de agosto de 1939. <<

[37] R. De Felice (ed.), *Galeazzo Ciano: Diario 1937-1943*, Milán, 1980, págs. 326-327. Cita extraída de H. J. Burgwyn, *Italian Foreign Polity in the Inter-War Period 1938-1940*, Westport, Conn., 1993, pág. 201. <<

[38] S. Colarizi, *La Seconda Guerra Mondiale e la Repubblica*, Turin, 2003, págs. 66-67, 68-70. <<

[39] *Corriere della Sera*, 23 de agosto de 1939; *II Popolo d'Italia*, 23 de agosto de 1939. <<

[40] Hill (ed.), *Weizsäcker-Papiere*, págs. 160-161, entrada del 25 de agosto de 1939. Casi sin lugar a dudas no estaban en la playa, pero seguro que no deseaban estar localizables cuando se diera la noticia. <<

[41] Ministère des Affaires Étrangères, *Le Livre jaune français: documents diplomatiques 1938-1939*, Paris, 1939, pág. 311, Coulondre a Bonnet, 25 de agosto de 1939. <<

[42] *Pravda*, 2 de septiembre de 1939, pág. 1. El periódico reprodujo el comentario de Molótov sobre los «juegos falsos» de Occidente, «de que los políticos franceses y atlánticos intentaban distanciar a los pueblos alemán y soviético». Sobre la ratificación del pacto, véase G. Roberts, *Stalin's Wars: From World War to Cold War*, New Haven, Conn., 2006, págs. 33-35. <<

[43] NA, PREM 1/331 A, William Strang a Cadogan, 26 de agosto de 1939, pág. 1. Según el comandante Engel, ayudante de Hitler, la noticia italiana lo dejó «totalmente anonadado», pero Engel solo fue testigo del estado de ánimo, no de los acontecimientos. Véase H. von Kotze (ed.), *Heeresadjutant bei Hitler 1938-1945: Aufzeichnungen des Majors Engel*, Stuttgart, 1974, pág. 59. <<

[44] Documentos de Halifax, A4.410.3/10(i), Birger Dahlerus, «Report on Negotiations between Great Britain and Germany, Aug 24 until Sept 3 1939» (sin fecha, pero diciembre de 1944), pág. 11. <<

[45] Documentos de Butler, GIO, borrador de notas, «September 1939», pág. 1. <<

[46] Documentos de Halifax, A4.410.3/12, «Agreement between the Government of the United Kingdom and the Polish Government regarding Mutual Assistance», 25 de agosto de 1939, págs. 2, 4; A4.410.3/10, Halifax, «A Record of Events before the War, 1939», pág. 2. <<

[47] Below, *At Hitler's Side*, pág. 29; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 78, entrada del 26 de agosto de 1939. <<

[48] I. Kershaw, *Hitler: Nemesis 1936-1945*, Londres, 2000, pág. 215 [trad, esp.: *Hitler. 1936-1945*, Península, Barcelona, 2005]. <<

[49] Rohde et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, tomo II, pág. 87. <<

[50] Kotze, *Heeresadjutant bei Hitler*, pág. 59, entrada del 29 de agosto de 1939. <<

[51] NA, PREM l/33la, R. Makins (Foreign Office), «Report of Conversation with M. Burckhardt, 12 june 1939», pág. 11; «Summary of Comments» para el primer ministro, 13 de agosto de 1939. <<

[52] N. Nicolson (ed.), *Harold Nicolson: Diaries and Letters 1930-1939*, Londres, 1966, págs. 414-415. <<

[53] Documentos de Hore-Belisha, HOBE 5/67, Chatfield a Hore-Belisha, 26 de agosto de 1939. No está claro que las potencias occidentales estuvieran al corriente de la orden de cancelación. Más tarde Chamberlain dio por supuesto que la conocían. Véase Self (ed.), *Neville Chamberlain Diary Letters*, vol. 4, pág. 444, Neville Chamberlain a Ida Chamberlain, 10 de septiembre de 1939. <<

[54] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), «Record of Events before the War», págs. 2-3; sobre los tres principios en los que se hizo hincapié, véase A4.410.3/10 (i), Halifax a Cadogan, 29 de abril de 1943 («insistimos en un tema», comentó Halifax). <<

[55] *Daily Telegraph*, 26 de agosto de 1939. <<

[56] NA, PREM 1/33 1a, Strand a Cadogan, 26 de agosto de 1939, pág. 3. <<

[1] NA, PREM 1/33 1a, borrador de la respuesta al mensaje para el canciller alemán, 27 de agosto de 1939; *Sir* John Simon, comentarios sobre el borrador, 27 de agosto de 1939. <<

[2] Documentos de Hore-Belisha, HOBE 5/67, notas sueltas para el gabinete, 27 de agosto de 1939; Hore-Belisha a *Sir* John Simon, 27 de agosto de 1939. <<

[3] Documentos de Buder, G10, «September 1939» (sin fecha), pág. 2. <<

[4] Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère*, pág. 72, entrada del 27 de agosto de 1939. <<

[5] Ibíd., págs. 72-73, entradas del 28 y 29 de agosto de 1939. En francés dice: «*en risquant la guerre rouge, la guerre restera blanche*». <<

[6] J. Puyaubert, *Georges Bonnet: Les combats d'un pacifiste*, Rennes, 2007, págs. 239-241. <<

[7] Rohde et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, tomo II, págs. 103-104. <<

[8] Documentos de Hore-Belisha, 5/65, «Precautionary Measures taken by the War Office», 22-28 de agosto de 1939. <<

[9] NA, HO 45/18128, M. Bennett (Office of Works) a S. Baker (Ministerio del Interior), 18 de abril de 1939; carta de Bennett a R. Wells (Ministerio del Interior), 31 de agosto de 1939. <<

[10] Ibíd., expediente «Action to Protect Art Treasures, 1939». <<

[11] Véase D. Kaiser y T. W. Mason, «Germany, "Domestic Crisis" and War: a Comment», y R. J. Overy, «Reply», en *Past & Present*, 122 (1989), págs. 200-205, 205-221, 221-240. <<

[12] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 3; Andrew, *Secret Service*, págs. 427-430. <<

[13] Andrew, *Secret Service*, pág. 430. <<

[14] Hay abundante bibliografía acerca de la resistencia alemana y el inicio de la guerra. Para un estudio útil, véase T. Hamerow, *On the Road to the Wolf s Lair: German Resistance to Hitler* (Cambridge, Mass., 1997), págs. 248-257. Sobre la relación con la política extranjera, véanse D. Dilks, «Determinanten britischer Deutschlandspolitik 1937-1939. Zum Stellenwert des Widerstandes in der britischen Politik», y K. von Klemperer, «Die "Aussenpolitik" des deutschen Widerstandes», ambos en K-J. Müller y D. Dilks (eds.), *Grossbritannien und der Deutsche Widerstand 1933-1944*, Paderborn, 1994, págs. 31-52, 83-94. <<

[15] H. Gisevius, *To the Bitter End*, Londres, 1948, págs. 355-356. <<

[16] U. von Hasseil, *Die HasseU-Tagebücher 1938-1944*, Berlin, 1988, pág. 112, entrada del 26 de agosto de 1939. <<

[17] H. Gisevius, *To the Bitter End*, págs. 369-370. <<

[18] Ibíd., pág. 372. <<

[19] NA, PREM 1/33 la, acta para el primer ministro, de Frederick Ashton Gwatkin, 27 de agosto de 1939. <<

[20] Churchill College Archive, documentos de Christie, CHRS I/29B, Christie a Vansittart, 29 de agosto de 1939. <<

[21] Andrew, *Secret Service*, pág. 430. <<

[22] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), Dahlerus, «Report on Negotiations», pág. 9; A4.410.3/10 (lli), Halifax, «Record of Events before the War», pág. 2. <<

[23] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), «Report on Negotiations», pág. 14. <<

[24] Documentos de Butler, G10, notas «September 1939», pág. 3; Rhodes James (ed.), «*Chips*», pág. 210, entrada del 28 de agosto de 1939. <<

[25] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), notas de Frank Roberts sobre el manuscrito de Dahlerus, diciembre de 1942. <<

[26] Sobre el papel de Göring, véase S. Martens, *Hermann Goring: «Erste Paladin des Führers» und «zweiter Mann im Reich»*, Paderborn, 1985, págs. 193-195, 199-200. <<

[27] Andrew, *Secret Service*, pág. 430. Sobre el nombramiento del Consejo de Defensa del Reich, véase *Dokumente der Deutschen Politik: 1939*, tomo I (Berlín, 1941) págs. 393-394, «Erlass über die Bildung eines Ministerrats fur die Reichsverteidigung», 30 de agosto de 1939. <<

[28] Hartman, *Halder*, pág. 137. <<

[29] Engelmann, *In Hitler's Germany*, págs. 150-151. <<

[30] Kotze, *Heeresadjutant bei Hitler*, pág. 60, entrada del 29 de agosto de 1939. <<

[31] Frühlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, paginas 80-81, entrada del 28 de agosto de 1939. <<

[32] Jedrzejewicz (ed.), *Diplomat in Berlin*, págs. 600-601. <<

[33] M. Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, tomo II (i): *Untergang*, Munich, 1965, pág. 1296. <<

[34] NA, PREM l/33la, Nevile Henderson a Horace Wilson, 9 de mayo de 1939, pág. 1; sobre la embajada de Henderson en Berlín, véase P. Neville, «The Appointment of *Sir* Nevile Henderson, 1937 - Design or Blunder?», *Journal of Contemporary History*, 33 (1998), págs. 609-619. <<

[35] NA, PREM l/33la, Henderson a Halifax, 16 de agosto. <<

[36] Henderson, *Failure of a Misssion*, pág. 263. <<

[37] Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère*, pág. 73, entrada del 29 de agosto de 1939. <<

[38] Documentos de Halifax, A4.410.3/10(iii), «Record of Events before the War», pág. 3; Hill (ed.), *Die Weizsücker-Papiere, pág*. 162, entrada del 29 de agosto de 1939; D. Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, Londres, 1971, pág. 204. <<

[39] Henderson, *Failure of a Mission*, pág. 264. <<

[40] Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pág. 205, entrada del 30 de agosto de 1939. Véase asimismo documentos de Halifax, A4.410.3/10 (II), «Record of Events before the War», pág. 3; A4.410.3/10 (i), notas de Halifax para E. L. Woodward, 10 de diciembre de 1942, que explican por qué la intervención de Göring se consideró «inaceptable»: «Alemania no consideraba a los polacos una "nación deseable" y no pensaba que Polonia pudiera ser del interés de los británicos». <<

[41] NA, PREM l/33ia, nota para Cadogan de Halifax (sin fecha); Hore-Belisha a Halifax, 30 de agosto de 1939. <<

[42] Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pág. 205. Entrada del 30 de agosto de 1939; Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen*, tomo II (1), pág. 1294, que describe la respuesta de Göring como «Tonterías, las negociaciones deben llevarse a cabo en Berlín». <<

[43] P. Schmidt, *Statist auf diplomatische Bühne*, Bonn, 1949, pág. 457, 1949, pág. 457. <<

[44] Ibíd., pág. 458. <<

[45] J. von Ribbentrop, *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, pág. 123; Schmidt, *Statist*, pág. 459. <<

[46] Henderson, *Failure of a Mission*, pág. 273. <<

[47] Jedrzejewicz (ed.), *Diplomat in Berlin*, págs. 608-610. <<

[48] Rhodes James (ed.), «*Chips*», pág. 211, entrada del 30 de agosto de 1939. <<

[49] Spears, *Assignment to Catastrophe, pág*. 26; J. Bames y D. Nicholson (eds.), *The Empire at Bay: The Leo Amery Diaries 1929-1945*, Londres, 1988, pág. 569, entrada del 30 de agosto de 1939. <<

[50] Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, págs. 414-415, entradas del 29 y 30 de agosto de 1939. Nicolson observó que, de hecho, la Bolsa subió debido al cambio en el ambiente. <<

[51] D. Sheridan (ed.), *Wartime Women: A Mass Observation Anthology*, 1937-1945, Londres, 1990, pág. 50. <<

[52] A. Maurois, *Memoirs 1885-1967*, Londres, 1970, págs. 210-211 [trad, esp.: *Memorias de André Maurois*, Plaza y Janes, Barcelona, 1971]. <<

[53] Ibíd., págs. 209-210. <<

[54] Puyaubert, *Georges Bonnet*, págs. 203-205; Bonnet, *Quai d'Orsay*, págs. 258-259; E. du Réau, *Édouard Daladier 1884-1970*, Paris, 1993, págs. 362-336. Sobre el ambiente popular en favor de la firmeza, véase J.-L. Crémieux-Brilhac, *Les Français de Tan 40: La guerre oui ou nonf*, Paris, 1990, págs. 63-65; D. Hucker, «French Public Attitudes Towards the Prospect of War in 1938-1939: "Pacifism" or "War Anxiety"?», *French History*, 21 (207), págs. 431-449. <<

[55] H. Krausnick y H. H. Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges: Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981, págs. 33-34, 36-37. <<

[56] E. B. Westermann, *Hitler's Police Battalions: Enforcing Racial War in the East*, Lawrence, Kansas, 2005, págs. 124-128. <<

[57] Sobre el desarrollo de estas fantasías, véase H. Schaller, *Der Nationalsozialismus und die slawische Welt*, Regensburg, 2002. <<

[58] Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen*, tomo II (i), pág. 1289; Below, *At Hitler's Side*, pág. 30, entrada del 30 de agosto de 1939. <<

[59] Museo de la Guerra Imperial, Londres, documentos del juicio de Nuremberg, caja XI, libro de declaraciones juradas de Fritzsche, 29 de junio de 1948. <<

[60] Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 87, entrada del 1 de septiembre de 1939; Hartman, *Haider*, pág. 139. <<

[61] Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen*, tomo II (I), págs. 1299-1300, «*Weisung Nr Ifür die Kriegführung*»; Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere*, pág. 164, entrada del 7 de septiembre de 1939. <<

[62] G. Meyer (ed.), *Generalfeldmarschall Wilhelm Ritter von Leeb: Tagesbuchaufzeichnungen und Lagebeurteilung aus zwei Weltkriegen*, Stuttgart, 1976, págs. 170-171, entradas del 31 de agosto, 2 de septiembre de 1939. <<

[63] M. R. Dederichs, *Heydrich: The Face of Evil*, Londres, 2006, pág. 89; W. Schellenberg, *The Schellenberg Memoirs*, Londres, 1956, págs. 68-70. <<

[1] Schenk, *Hitlers Mann in Danzig* pág. 127-129; Levine, *Hitler's Free City*, págs. 152-153. <<

[2] Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, pág. 5, entrada del 1 de septiembre de 1939. <<

[3] H. Eberle y M. Uhl (eds.), *The Hitler Book: The Secret Dossier Prepared for Stalin*, Londres, 2005, págs. 46-47 [trad, esp.: *El Informe Hitler*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 69, Barcelona, págs. 97-98]; Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen*, tomo II (I), págs. 1310-1311. <<

[4] *Dokumente der Deutschen Politik*, 1939, tomo I, págs. 256-257, «Reichstagsrede des Führers», 1 de septiembre de 1939. <<

[5] Eberle y Uhl (eds.), *The Hitler Book*, pág. 47 [trad, esp.: *El Informe Hitler*, ed. cit., pág. 98]; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 89. <<

[6] *Dokumente der Deutschen Politik*, 1939, tomo II, págs. 596-597, «Gesetz über die Wiedervereinigung der Freien Stadt Danzig mit dem Deutschen Reich», 1 de septiembre de 1939; Eberle y Uhl (eds.), *The Hitler Book*, pág. 47 [trad, esp.: *El Informe Hitler*, ed. cit., pág. 98]. <<

[7] M. Moll (ed.), «*Führer-Erlasse» 1939-1945*, Stuttgart, 1997, pág. 193, «Euthanasiebefehl». <<

[8] JA, PREM l/33la, telegrama al primer ministro, 1 de septiembre de 1939; documentos de Halifax, A4.410/310 (iii), «Record of Events before the War», págs. 3-4. <<

[9] Documentos de Hore-Belisha, HÖBE l/8, Diario 1939, entrada del 1 de septiembre de 1939. La frase no aparece en el diario publicado. Véase R. J. Minney (ed.), *The Private Papers of Hore-Belisha*, Londres, 1960, pág. 225. <<

[10] NA, PREM i/33la, nota para el primer ministro, 31 de agosto de 1939. <<

[11] Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, vol. I, pág. 598; documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before War», pág. 4. <<

[12] Minney (ed.), *Private Papers of Hore-Belisha*, pág. 225; NA, AIR 8/266, Ismay a Newall, 1 de septiembre de 1939. <<

[13] NA, AIR 8/266, Ministerio del Aire a comandantes en jefe del Aire, 1 de septiembre de 1939. <<

[14] NA, PREM i/33ia, borrador de la declaración sobre Polonia, 1 de septiembre de 1939. <<

[15] Nicolson (ed.); *Harold Nicolson*, págs. 416-417, entrada del 1 de septiembre de 1939. <<

[16] *Parliamentary Debates*, vol. 351, col. 131, 1 de septiembre de 1939. <<

[17] Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère*, pág. 75, entrada del 1 de septiembre de 1939. <<

[18] Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, vol. I, pág. 599; Cmd 6106, «Documents concerning German-Polish Relations», pág. 269, Henderson a Halifax, 1 de septiembre de 1939; *Le Livre jaune français*, pág. 389, Coulondre a Bonnet, 1 de septiembre de 1939. <<

[19] Eberle y Uhl (eds.), *The Hitler Book*, pág. 47 [trad, esp.: *El Informe Hitler*, ed. cit., pág. 98]. <<

[20] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 4; Henderson, *Failure of a Mission*, pág. 279. <<

[21] Shirer, *Berlin Diary*, pág. 160, entrada del 1 de septiembre de 1939; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 89, entrada del 2 de septiembre de 1939. <<

[22] V. Klemperer, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1939-1941*, Londres, 1998, pág. 294, entrada del 2 de septiembre de 1939 [trad, esp.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2003]. <<

[23] M. Muggeridge *The Thirties: 1930-1940 in Great Britain*, Londres, 1940, pág. 310. <<

[24] Rhodes James (ed.), «*Chips*», pág. 211, entrada del 2 de septiembre de 1939. <<

[25] Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, pág. 418, entrada del 1 de septiembre de 1939. <<

[26] Spears, *Assignment to Catastrophe*, pág. 78; H. Macmillan, *Winds of Change 1914-1939*, Londres, 1966, pág. 605. <<

[27] NA, PREM i/33la, nota sobre las negociaciones francesas, 2/3 de septiembre de 1939; telegrama de Phipps (Paris) al Foreign Office, 2 de septiembre de 1939. Véase también Réau, *Édouard Daladier*, págs. 363-365. <<

[28] NA, PREM l/33la, acta del Foreign Office, 27 de agosto de 1939. <<

[29] R. De Felice (ed.), *Galeazzo Gano*, págs. 338-339, entrada del 31 de agosto de 1939. <<

[30] R. de Felice, *Mussolini il duce*, vol. II: *Lo stato totalitario, 1936-1940*, Turin, 1981, págs. 670-671. <<

[31] Puyaubert, *Georges Bonnet*, págs. 203-204, 206; documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 3. <<

[32] Bonnet, *Quai d'Orsay*, págs. 261-262. <<

[33] NA, PREM l/33ia, nota para el primer ministro, 2 de septiembre de 1939. Véase también J. Bardoux, *Journal d'un Témoin de la Troisième*, Paris, 1957, pág. 75, sobre las discusiones constitucionales entre Bonnet y Daladier. <<

[34] Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, paginas 90-91, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[35] Churchill College Archive, documentos de Phipps, PHPP 5/8, Chamberlain a Daladier, 13 MY 1939; NA, PREM l/33la, acta para el primer ministro, 12 de agosto de 1939: «También se ha afirmado que Mussolini tiene la intención de intervenir en el último momento en la crisis con una propuesta de conferencia». <<

[36] Bonnet, *Quai d'Orsay*, págs. 264-265; NA, PREM l/33ia, nota sobre las propuestas italianas, 2 de septiembre de 1939. <<

[37] NA, PREM i/33la, borrador de nota de las propuestas italianas, 2 de septiembre de 1939; acta del Foreign Office sobre la propuesta de Ciano, 2 de septiembre de 1939. <<

[38] R. De Felice (ed.), *Galeazzo Ciano*, pág. 341; NA, PREM l/33la, acta del Foreign Office sobre las propuestas de Ciano, 2 de septiembre de 1939, pág. 1. <<

[39] G. Pini, *Fib diretto con Palazzo Venezia*, Bolonia, 1950, pág. 196. <<

[40] Citado en G. De Luna, «L'identitá coaita. Gli italiani in Guerra (1940-1945)», en W. Barberis (ed.), *Guerra e Pace*, Annali 18, Turin, 2002, pág. 758. <<

[41] *I documenti diplomatici italiani, 8 ser. 1935-1939*, Roma, 1953, xiii, pág. 385, Hitler a Mussolini, 3 de septiembre de 1939. <<

[42] *II Popolo d'ltalia*, 5 de septiembre de 1939. <<

[43] A. Briggs, *The History of Broadcasting in the United Kingdom*, vol. II: *The Golden Age of Wireless*, Oxford, 1965, pág. 659. <<

[44] Documentos de Halifax, A4.4ro.3/ro (iii), «Record of Events before the War», págs. 4-5. <<

[45] Documentos de Hore-Belisha, HOBE l/8, Diario 1939, entrada del 2 de septiembre de 1939. <<

[46] Spears, *Assignment to Catastrophe*, pág. 30. <<

[47] Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, pág. 418, entrada del 2 de septiembre de 1939. <<

[48] *Parliamentary Debates*, vol. 351, cols. 281-282, 2 de septiembre de 1939. <<

[49] Spears, *Assignment to Catastrophe*, pág. 31. <<

[50] Barnes y Nicholson (eds.), *The Leo Amery Diaries*, pág. 370; Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, pág. 419. <<

[51] *Parliamentary Debates*, vol. 351, cols. 282-286; G. Brown Maxton, Edimburgo, 1986, pág. 297. <<

[52] Barnes y Nicholson (eds.), *Empire at Bay*, pág. 570. <<

[53] D. Dutton, *Simon: A Political Biography of Sir fohn Simon*, Londres, 1992, págs. 280-281; documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 5. <<

[54] Dutton, *Simon*, págs. 281-282; Halifax papers, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 5. <<

[55] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 5. <<

[56] Documentos de Phipps, PHPP I 2/1, Cadogan a Phipps, 6 de septiembre de 1939. <<

[57] Self (ed.), *Neville Chamberlain Diary Letters*, vol. 4, pág. 443, Neville Chamberlain a Ida Chamberlain, 10 de septiembre de 1939. <<

[58] Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, pág. 417, entrada del 1 de septiembre de 1939. <<

[59] *Le Livre jaune français*, págs. 397-404, «Déclaration lue le 2 de septembre 1939 par M. Daladier». <<

[60] Bardoux, *Journal d'un Témoin*, pág. 76. <<

[61] Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère*, pág. 76, entrada del 2 de septiembre 1939; Puyaubert, *Georges Bonnet*, págs. 213-214. <<

[1] S. Jameson, *Journey from the North: Autobiography of Storm Jameson*, 2 vols., Londres, 1969-1970, vol. 2, pág. 27. <<

[2] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 6. <<

[3] Ibíd., pág. 6; Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pág. 213, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[4] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (iii), «Record of Events before the War», pág. 6; documentos de Cadogan, ACAD 1/8, Diario de 1939, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[5] NA, CAB 127/158, documentos de Horace Wilson, «Múnich 1938», pág. 58. <<

[6] Documentos de Butler, G10, texto del discurso radiofónico del primer ministro, 3 de septiembre de 1939. <<

[7] Documentos de Butler, G10, notas sobre «September 1939» (sin fecha), pág. 4. <<

[8] Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pág. 213, entrada del 3 de septiembre de 1939; Nicolson (ed.), *Harold Nicolson*, pág. 422, entrada del 3 de septiembre de 1939; J. Kennedy, *The Business of War: The War Narrative of Major-General Sir John Kennedy*, Londres, 1957, pág. 16. <<

[9] Barnes y Nicholson (eds.), *The Empire at Bay*, pág. 571, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[10] N. Mackenzie yj. Mackenzie (eds.), *The Diaries of Beatrice Webb*, Londres, 2000, pág. 570, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[11] P. Mortimer, *About Time, 1918-1939*, Londres, 1979, pág. 189. <<

[12] Somerville College, Oxford, documentos de Vera Brittain, Archivo D, Diario, 1 de septiembre de 1939, pág. 5; 3 de septiembre de 1939, pág. 6. <<

[13] NA, CAB 127/158, Horace Wilson, «Múnich 1938», páginas 158-159. <<

[14] Self (ed.), *Neville Chamberlain Diary Letters*, vol. 4, páginas 443-444, carta a Ida Chamberlain, 10 de septiembre de 1939. <<

[15] Spears, *Assignment to Catastrophe*, pág. 36; Rhodes James (ed.), «*Chips*», pág. 215, entrada del 3 de septiembre de 1939. <<

[16] *Parliamentary Debates*, vol. 351, col. 298, 3 de septiembre de 1939. <<

[17] Schmidt, *Statist*, pág. 464. Sobre el telegrama a Hitler, véase M. Bloch, *Rihbentrop*, Londres, 1992, págs. 259-260. <<

[18] O. Dietrich, *The Hitler I Knew*, Londres, 1955, pág. 47. <<

[19] *Dokumente der Deutschen Politik*, 1939, tomo I, págs. 269-273, «*Memorandum der deutschen Regierung*», 3 de septiembre de 1939; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, págs. 91-92; documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), Dahlerus «Report on Negotiations». <<

[20] Below, *At Hitler's Side*, pág. 33; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 91, entrada del 4 de septiembre de 1939. <<

[*] Literalmente, «guerra de la patata», metáfora de una guerra basada en el bloqueo económico, no una auténtica campaña. (*N. del A.*). <<

[21] W. Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, Londres, 1964, pág. 32 [trad, esp.: *En el cuartel general de Hitler*, Caralt, Barcelona, 1988]; Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 92. <<

[22] Speer, *Inside the Third Reich*, pág. 167. <<

[23] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), Dahlerus, «Report on Negotiations», pág. 42. <<

[24] Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, pág. 92. <<

[25] Shirer, *Berlin Diary*, págs. 161-162. <<

[26] Puyaubert, *Georges Bonnet*, págs. 212-213. <<

[27] Bonnet, *Quai d'Orsay*, págs. 271-272. <<

[28] Ibíd., pág. 265. <<

[29] D. C. Watt, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War, 1938-1939*, Londres, 1989, págs. 598-660; *Le Livre jaune français*, págs. 412-413, Coulondre a Bonnet, 3 de septiembre de 1939. <<

[30] Boyer de Sainte-Suzanne, *Une Politique étrangère*, págs. 76-77. <<

[31] Crémieux-Brilhac, *Les Français de l'an 40*, págs. 57-58; Bardoux, *Journal d'un Témoin*, pág. 78. <<

[32] Maurois, *Memoirs*, pág. 211. <<

[33] *Le Livre jaune français*, págs. 415-416; É. Daladier, «Appel à la nation», 3 de septiembre de 1939. Véase asimismo Hucker, «French public attitudes», pág. 448. <<

[34] A. Jackson, *The British Empire and the Second World War*, Londres, 2000, págs. 19-20; sobre los preparativos imperiales franceses, véase C. Levisse-Touze, «La préparation économique, industrielle et militaire de lAfrique du Nord à la veille de guerre», *Revue d'Histoire de la Deuxième Guerre Mondiale* (1986), págs. 2-5. <<

[35] Klukowski, *Diary from the Years of Occupation*, pág. 6, entrada del 4 de septiembre de 1939. <<

[36] Léon Noël, *Une ambassade à Varsovie 1935-1939*, Paris, 1946, pág. 488. <<

[37] Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, pág. 31; Domarus, *Hitler: Reden und Proklamationen*, tomo II (I), págs. 1344-1345, «Weisung Nr 2 fur die Kriegführung». <<

[38] *Fuehrer Conferences on Naval Affairs, 1939-1945*, Londres, 1990, págs. 37-38, «Reflections of the C-in-C, Navy, on the outbreak of war», 3 de septiembre de 1939. <<

[39] Kennedy, *Business of War*, pág. 16. <<

[40] R. Macleod y D. Kelly (eds.), *The Ironside Diaries, 1937-1940*, Londres, 1962, págs. 92-94, entrada del 3 de septiembre de 1939; documentos de Hore-Belisha, 1/7, diario mecanografiado, 3 de septiembre de 1939. <<

[41] Rohde et al., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, tomo 2, págs. 203-206. <<

[42] Documentos de Hankey, 10/2, Robin Hankey a Maurice Hankey, 5 de septiembre de 1939. <<

[43] Documentos de Hankey, 4/31, notas para un discurso (sin fecha, pero septiembre de 1939), pág. 4. <<

[44] Documentos de Hankey, 10/1, «Britain's Acceptance», 1 de septiembre de 1939, publicado en *The Times* del 2 de septiembre de 1939. <<

[45] NA, AIR/8 z66, Ministerio del Aire a comandantes en jefe y los mandos de bombarderos, costeros y cazas, 3 de septiembre de 1939; acta del Ministerio del Aire, «Emergency measures taken to midday», 3 de septiembre de 1939. <<

[46] *Fuehrer Conferences on Naval Affairs*, pág. 39. La información se obtuvo a través del interrogatorio al almirante Godt, el jefe de estado mayor de Dönitz en otoño de 1939. <<

[47] Muggeridge, *The Thirties*, pág. 310. <<

[48] Documentos de Cadogan, 1/8, Diario, 3 de septiembre de 1939. La referencia a la visita guiada que dio a su esposa no sale en su diario publicado. <<

[49] Bradford, *King George VI*, pág. 304. <<

[50] Puyaubert, *Georges Bonnet*, pág. 214. <<

[51] D. Sheridan (ed.), *Wartime Women: A Mass Observation Anthology 1937-1945*, Londres, 2000, pág. 56. <<

[52] *Dokumente der deutschen Politik*, 1939, tomo I, págs. 397-398, «Verordnung über ausserordentlicher Rundfunkmassnahmen», 1 de septiembre de 1939. <<

[53] Hartman, *Haider*, pág. 142. <<

[54] Hill (ed.), *Die Weizsäcker-Papiere*, pág. 164, entrada del 5 de septiembre de 1939. <<

[55] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (i), Dahlerus, «Report on Negotiations», págs. 42, 44. <<

[1] «Documents concerning German-Polish Relations», pág. 97, carta del primer ministro al canciller alemán, 22 de agosto de 1939. <<

[2] Documentos de Halifax, A4.410.12/1, borrador de nota, «Foreign Policy 1938-1939» (sin fecha), pág. 2. <<

[3] Documentos de Halifax, A4.410.3/10 (ii), carta de Woodward a Halifax, 11 de septiembre de 1943; carta de Cadogan a Halifax, 16 de abril de 1943. <<

[4] Ibíd., Woodward a Halifax, 11 de septiembre de 1943, copia adjunta de los comentarios de Halifax, págs. 2-3. <<

[5] Véase en especial M. Mazower, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008 [trad, esp.: *El imperio de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2008]. Véase asimismo Schaller, *Der Nationalsozialismus und die slawische Welt*, págs. 175-186. <<

[6] A. Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006, págs. 322, 323-324. <<

[7] Ibíd., págs. 324-325; sobre el interés en el oeste, véase asimismo G. Weinberg, *Hitler's Foreign Policy, 1937-1939*, Chicago, 1980. <<

[8] Véase E. Syring, *Hitler: seine politische Utopie*, Berlín, 1994, especialmente págs. 218-237, sobre el interés en el este. <<

[9] *Hitlers politisches Testament. Die Bormann-Diktate vom Februar und April 1945*, Hamburgo, 1981, págs. 1-2. <<

[10] Speer, *Inside the Third Reich*, pág. 165. Speer había expresado estas opiniones por primera vez cuando fue interrogado en Alemania en el verano de 1945: «[…] no creo que Hitler quisiera entonces un conflicto a gran escala. En términos generales, no creo que Hitler quisiera ningún conflicto con las potencias occidentales». Véase R. J. Overy, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945*, Londres, 2001, pág. 331 [trad, esp.: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria 31, Barcelona, 2001, pág. 352]. <<

[11] Below, *At Hitler's Side*, pág. 32. <<

[12] P. J. Buchanan, *Churchill, Hitler and the Unnecessary War: How Britain Lost its Empire and the West Lost the World*, Nueva York, 2008, págs. 266-267, 271, 293. <<

[13] Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, pág. 206, entrada del 31 de agosto de 1914. <<

[14] Documentos de Butler, F80, memorando de Oliver Harvey, 6 de abril de 1939, pág. 10. <<

[15] Documentos de Halifax, A4.410.1/2, discurso en Ashridge, 24 de febrero de 1939, pág. 24d. <<

[16] Documentos de Halifax, A4.410.1/4, notas para un discurso en Leeds, 20 de enero de 1940, pág. 1. <<

[17] Sheridan (ed.), *Wartime Women*, pág. 46. <<

[18] Documentos de Butler, G10, duque de Buccleuch a Butler, 25 de julio de 1939. <<

[19] NA, PREM 1/393, expediente «Anglo-French declaration of War Aims», noviembre de 1939. <<

[20] Maurois, *Memoirs*, pág. 209. <<

[21] Speer, *Inside the Third Reich*, pág. 164-165. <<

[22] Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, tomo 7, págs. 74, 78, entradas del 23 y 26 de agosto. <<

[23] Dilks (ed.), *Diaries of Sir Alexander Cadogan*, págs. 205-206, entradas del 30 y 31 de agosto. <<

[24] Self (ed.), *Neville Chamberlain Diary Letters*, vol. 4, páginas 440-441, carta de Neville Chamberlain a Hilda Chamberlain, 27 de agosto de 1939. <<

[25] NA, PREM 1/312, Lord Chatfield a Chamberlain, 30 de agosto de 1939.
<<

[26] Documentos de Butler, G10, notas «Position of British Policy» (finales de agosto de 1939). <<

[27] *Parliamentary Debates*, vol. 351, col. 283, 2 de septiembre de 1939. <<

[28] Reynaud, *La France a sauvé l'Europe*, vol. 1, pág. 590. <<

[29] Documentos de Phipps, PHPP I 1/23, carta de Phipps a Halifax, 25 de septiembre de 1939. <<

Document Outline

- Cubierta
- Al borde del abismo
- Agradecimientos
- Prefacio
- Prólogo. Polonia, Alemania y las potencias occidentales
- Se acaba el tiempo
- Polonia en medio
- ¿Una guerra local o una guerra mundial?
- El fracaso de la paz
- Conclusión. ¿Por qué la guerra?
- Sobre el autor
- Notas